



LA EXTENSIÓN RURAL DESDE LA COMUNICACIÓN

Los extensionistas del Programa ProFeder del INTA
en Misiones frente a sus prácticas de comunicación
con agricultores

Francisco Pascual



Editorial CEA ► Colección Tesis



cea-sociales
centro de estudios
avanzados



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

La extensión rural desde la comunicación.
Los extensionistas del Programa ProFeder del INTA
en Misiones frente a sus prácticas de comunicación
con agricultores

Francisco Pascual

Colección Tesis

La extensión rural desde la comunicación.
Los extensionistas del Programa ProFeder del INTA
en Misiones frente a sus prácticas de comunicación
con agricultores

Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea

Francisco Pascual

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales,

Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

M. Mónica Ghirardi

Daniela Monje

Alicia Servetto

Alicia Vaggione

Juan José Vagni

Coordinador Académico del CEA-FCS: Enrique Shaw

Coordinador de Investigación del CEA-FCS: Marcelo Casarin

Asesora externa: Pampa Arán

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diagramación de Colección: Lorena Díaz

Diagramación de este libro: Silvia Pérez

Responsable de contenido web: Diego Solís

© Centro de Estudios Avanzados, 2019

Pascual, Francisco

La extensión rural desde la comunicación: los extensionistas del Programa ProFeder del INTA en Misiones frente a sus prácticas de comunicación con agricultores / Francisco Pascual. - 1a ed. - Córdoba: Centro de Estudios Avanzados. Centro de Estudios Avanzados, 2019.

Libro digital, PDF - (Tesis)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1751-78-5

1. Comunicación. 2. Actividad Agropecuaria. 3. Extensión en Medio Rural.

I. Título.

CDD 307.72



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5. Argentina

A la memoria de Jorge Huergo

Agradecimientos

A mis compañeros del INTA, especialmente los de la Agencia de Puerto Rico por su gran apoyo y por enseñarme la pasión por el trabajo extensionista y la posibilidad de que la alegría y la seriedad para trabajar pueden ir de la mano en forma cotidiana.

A todos los extensionistas de Misiones que fueron entrevistados y generosamente brindaron su tiempo y expusieron sus ideas con honestidad y pasión.

A las familias agricultoras misioneras, quienes con su esfuerzo diario constituyen no solo la base fundamental sobre la cual toman sentido las reflexiones presentes en este trabajo, sino también la esperanza de que un mundo más sano y en mayor armonía con el ambiente es posible.

A Bettina García Laval. La partida de Jorge Huergo dejó un gran vacío que, entre otras cosas, modificó la posibilidad de haber seguido trabajando juntos en esta tesis; sin embargo su apoyo y sus lecturas a los borradores de este informe han resultado un valioso aporte desde lo conceptual y un fuerte estímulo desde lo emocional (siempre necesarios en estos procesos tan racionales).

A Magdalena Doyle, muy especialmente. Ha sido un privilegio el contar con su estímulo para encarar la elaboración de este informe, además de su paciente, lúcido y comprometido acompañamiento a lo largo de toda la elaboración del mismo.

A Elena Maidana, quien aceptó el desafío de dirigir esta tesis cuando ya estaba a mitad de camino y con generosidad y una humildad acorde a su grandeza me brindó su apoyo y valiosos aportes para poder finalizar este informe.

A Malena, mi alegre y linda compañera por todo su amor, apoyo y aguante cotidiano ante las metamorfosis deshumanizantes que llegan a provocar los “procesos de tesis”.

A mis amigos, hermanos y compañeros de El Soberbio que siempre alentaron con su estímulo.

A Patricia, por su traducción al inglés del resumen de esta tesis.

A mis padres, siempre, por todo.

Índice

Índice de siglas	17
Introducción	21
Pensar y debatir la extensión rural desde la comunicación	23
Eje problemático y objetivo de esta investigación	25
Estrategia metodológica	26
Organización y estructura de este informe	28

Primera parte. La extensión rural estatal como campo de estudio de la comunicación social. Construcción y contextualización de nuestro estudio	31
---	-----------

Capítulo I. El abordaje a la extensión rural desde la comunicación social	33
1. Perspectiva epistemológica: la problemática de la racionalidad en ciencias sociales y el abordaje de la acción social	34
1.1. Concepto de racionalidad y tipos de acción racional	34
1.2. La sociedad industrial y el dominio de la racionalidad instrumental	35
2. Las políticas públicas como espacio de disputa. El lugar de la investigación social	36
2.1. Los conceptos de política y de hegemonía	37
2.2. El trabajo intelectual crítico en el actual contexto latinoamericano	40
3. El espacio rural argentino y el desarrollo rural como horizonte político de intervención	41

3.1. El sector rural argentino	41
3.2. Las políticas de desarrollo rural. Perspectiva histórica	44
4. Comunicación para el desarrollo: trayectoria histórica de la articulación entre extensión rural y comunicación.	
Perspectiva de nuestro estudio	51
4.1. Introducción al campo de la Comunicación para el desarrollo	51
4.2. La perspectiva basada en la racionalidad instrumental	52
4.3. Enfoques desde la racionalidad del diálogo o el reconocimiento	56
4.4. Una perspectiva compleja para este estudio	60
Capítulo II. La extensión rural pública argentina.	
Conceptualización y trayectoria histórica	65
1. La extensión rural: conceptualización y enfoques teóricos	65
1.1. Definición conceptual de extensión rural	65
1.2. Enfoques de extensión rural: perspectivas convencionales y alternativas	66
2. Perspectiva histórica de la extensión rural en Argentina	70
2.1. La circulación de conocimiento agrario en los pueblos originarios	71
2.2. La construcción de la Argentina agroexportadora: 1850-1930	72
2.3. Crisis del capitalismo mundial y la construcción de la Argentina industrial: 1930-1955	75
2.4. El desarrollismo y el nacimiento del INTA: 1956-1976	76
2.5. La extensión emancipadora de los años 70	78
2.6. Dictadura y neoliberalismo: 1976-2002	80
2.7. Del 2003 al 2015	85
Capítulo III. La extensión rural del INTA en Misiones y los ProFeder	91
1. El espacio rural misionero	91
1.1. Una historia milenaria	92
1.2. El proceso de colonización moderno	93
1.3. La actualidad del espacio rural misionero	95
2. El sistema de extensión rural del INTA en Misiones	97
3. Los programas de extensión del INTA en Misiones	100

3.1. El Prohuerta	100
3.2. Cambio Rural I y II	102
3.3. El ProFeder	103
3.4. Alcance poblacional directo de los programas de extensión	104
4. Tipo y alcance de los objetivos de los proyectos ProFeder	104
4.1. Proyectos con objetivo económico-productivo	105
4.2. Proyectos con objetivo socio-organizativo	106
4.3. Proyectos con objetivo ambiental-productivo	107
4.4. Comparación de los proyectos de acuerdo a su eje principal	107

Segunda parte

Los extensionistas y la comunicación con los agricultores	111
--	------------

Capítulo IV. Los extensionistas y el reconocimiento cultural de los agricultores	113
1. Tres enfoques sobre extensión rural en vigencia	114
1.1. El enfoque de la “agricultura participativa” o de “desarrollo territorial”	114
1.2. El enfoque de la “modernización agraria”	115
1.3. El enfoque de la “extensión rural reivindicativa”	116
2. Los perfiles de los extensionistas	117
2.1. El extensionista como categoría social	118
2.2. Los extensionistas del ProFeder en Misiones	119
2.2.1. Los extensionistas de la agricultura participativa	119
2.2.2. Los extensionistas de la modernización agraria	120
2.2.3. Los extensionistas del enfoque reivindicativo	120
3. Identificaciones, interpelaciones y reconocimiento a los saberes de los agricultores	121
3.1. “Ser uno más del grupo”: los agricultores desde la visión de la agricultura participativa	122
3.2. “Pensar como el productor para saber convencerlo”: los agricultores vistos desde el enfoque de la modernización agraria	126
3.3. Reconocer las diferencias pero pensar en el productor como un “compañero”: los agricultores desde la extensión reivindicativa	129
4. El reconocimiento cultural de los agricultores en los relatos extensionistas	131

Capítulo V. Los extensionistas y los horizontes políticos de sus prácticas	135
1. El desarrollo rural en la visión de los extensionistas	136
1.1. “El desarrollo posible”: el enfoque de la agricultura participativa	136
1.2. El desarrollo rural desde una visión pragmática: el enfoque de la modernización agraria	139
1.3. El desarrollo como transformación estructural: el enfoque de la extensión reivindicativa	140
2. El rol de la propia intervención como extensionistas	141
2.1. El rol del extensionista desde la agricultura participativa	142
2.2. El rol del extensionista visto desde la modernización agrícola	144
2.3. El rol del extensionista desde el enfoque reivindicativo	145
3. Articulaciones institucionales y organizacionales en el trabajo extensionista	148
3.1. Las articulaciones desde la agricultura participativa	148
3.2. Las articulaciones desde la modernización agrícola	150
3.3. Las articulaciones desde el enfoque reivindicativo	151
4. Las representaciones de la dimensión política en torno al trabajo extensionista	153
Capítulo VI. Los extensionistas y las instancias de trabajo con agricultores desde una perspectiva instrumental	157
1. Una perspectiva instrumental de la comunicación: acciones, interacciones y comunicaciones	158
2. Las acciones	161
2.1. La producción de cartillas y materiales impresos	161
2.2. La utilización de la radio	163
2.3. El uso y la utilización de los medios audiovisuales	164
3. Las interacciones	166
3.1. Visitas a la chacra	166
3.2. Capacitaciones	169
3.3. Reuniones grupales	171
3.4. Visitas a experiencias demostrativas	173
4. Las comunicaciones	174
4.1. La gestión de financiamiento y acompañamiento en su ejecución	175
4.2. La realización de obras comunitarias o prediales conjuntas	178

5. Los extensionistas y las instancias de trabajo con agricultores	179
Consideraciones finales. La extensión rural estatal y la necesidad de debatir su orientación futura	183
1. Aportes al campo de la Comunicación para el desarrollo para interrogar de manera crítica la extensión rural pública	183
2. Los extensionistas y la comunicación con agricultores: una cuestión de enfoques e involucramientos	187
3. Algunas líneas de continuidad para este estudio...	191
Bibliografía	193

Índice de siglas

AACREA	Asociación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola
AER	Agencia de Extensión Rural
CADIF	Centro Andino de Desarrollo, Investigación y Formación
CEPAL	Centro de Estudios Para América Latina
CONICET	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
CNA	Censo Nacional Agropecuario
CNEA	Comisión Nacional de Energía Atómica
CR	Centro Regional
CREA	Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola
CRYM	Comisión Reguladora de la Yerba Mate
DNI	Documento Nacional de Identidad
EEA	Estación Experimental Agropecuaria
FAA	Federación Agraria Argentina
FAO	Food and Agricultural Organization (Organización para la Alimentación y la Agricultura)
FUNDAPAZ	Fundación para el Desarrollo en Justicia y Paz
INCUPO	Instituto de Cultura Popular
INDEC	Instituto Nacional de Estadísticas y Censos
INDES	Instituto de Desarrollo Social y Promoción Humana
INTA	Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria
INTI	Instituto Nacional de Tecnología Industrial
INYM	Instituto Nacional de la Yerba Mate
MAM	Movimiento Agrario Misionero
MOCASE	Movimiento Campesino de Santiago del Estero

NEA	Noreste Argentino
OGM	Organismo Genéticamente Modificado
OIT	Oficina de Información Técnica
ONG	Organización No Gubernamental
ONU	Organización de Naciones Unidas
PBI	Producto Bruto Interno
PEA	Plan Estratégico Agroalimentario
PEI	Plan Estratégico Institucional
PNADT	Programa Nacional de Apoyo al Desarrollo Territorial
PROFAM	Programa para Productores Familiares
ProFeder	Programa Federal de Apoyo al Desarrollo Sustentable
Pymes	Pequeñas y Medianas Empresas
SRA	Sociedad Rural Argentina

*Cuando se reconfigura el paisaje de lo perceptible y de lo pensable
se modifica el territorio de lo posible.*

Jacques Rancière

Introducción

Uno de los aportes planteados por los estudios sociales, y los de comunicación dentro de ellos, tiene que ver con el reconocimiento de que ningún texto es ajeno a condiciones y reglas que al tiempo que lo limitan también lo hacen posible (Foucault, 2006). Estos condicionamientos, en su mayoría, operan sin que lleguemos a ser conscientes de ellos. No obstante hay otros que sí tenemos la posibilidad de reconocer, y algunos de ellos quisiéramos explicitar en esta introducción en la que buscamos presentar al informe en su conjunto.

Esta investigación se produce en el marco de una beca de prácticas profesionales y posgrado otorgada por el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en la provincia de Misiones. Tiene como finalidad última aportar al cuerpo de conocimientos sobre la extensión rural misionera con agricultores familiares y servir al debate respecto al rol y la inserción social de la misma en las actuales condiciones históricas. Busca clarificar ciertos sentidos en disputa de actuales políticas y prácticas de extensión rural desde aportes del campo de estudios de la comunicación y desde la perspectiva de los técnicos extensionistas.

Creemos que el sector de la agricultura familiar, en sostenido proceso de retroceso en cuanto a ocupación de la tierra en los últimos 40 años, constituye, junto con el de los pueblos indígenas, la base social fundamental para la producción de alimentos, el cuidado medioambiental y la posibilidad de recuperar y actualizar el legado de conocimientos ancestrales, por lo general desvalorizados por el avance de la moderna sociedad industrial capitalista (AAVV, 2006; Alemany, 2012; Sevilla Guzmán, 2013). En tiempos de una acelerada pérdida de diversidad biológica y cultural en nuestro país, la situación de deterioro a la que la sociedad en su conjunto y el Estado someten a estos sectores

creemos que debería hacer un fuerte llamado de atención a las ciencias sociales y sus agendas de investigación.

Pese al ritmo con que se expande el actual modelo de acumulación y desarrollo socioeconómico, también existe la posibilidad de pensar, cada vez con más fuerza, en la construcción de alternativas a lo que busca presentarse como destino inexorable. En este sentido creemos que puede comprenderse, por un lado, la preocupación creciente de distintos sectores sociales rurales y urbanos por las consecuencias ambientales, sociales y culturales respecto al avance de la “industrialización de la naturaleza” sostenida en el modelo de agronegocios empresariales (Sevilla Guzmán, 2013). Por otra parte, el proceso de recuperación de la intervención del Estado y el fortalecimiento de las distintas políticas públicas a partir del año 2002 vienen permitiendo la “repolitización” de distintas áreas de la vida social y económica que, tras 35 años de neoliberalismo, se habían logrado imponer bajo la lógica del fatalismo inexorable del mercado frente al que nada se podía. Son, básicamente, estas dos condiciones –y convicciones– las que creemos que justifican el abordaje y el debate sobre el rol y los sentidos que hoy están puestos en juego en las prácticas de extensión rural públicas en la actualidad.

Como parte del proceso de recuperación de instituciones públicas pueden destacarse en el plano de lo que son los organismos de ciencia y tecnología en nuestro país los casos del CONICET y el INTA. Ambas instituciones surgieron al calor de las políticas desarrollistas de la década del 50 en Argentina¹, vivieron vaivenes presupuestarios –que en los años 90 los llevaron prácticamente a su desaparición– y cobraron progresiva fuerza a partir del año 2003.

Para el caso del INTA entre el 2003 y el 2015 la institución incrementó en un 2.500% su presupuesto (algo que sobrepasa ampliamente cualquier cálculo de inflación para este período) con una fuerte inversión en infraestructura, ampliación de funciones e incorporación de profesionales jóvenes. Esto último queda evidenciado en el hecho de que la edad promedio del personal profesional pasó de 54 a 43,8 años en estos 12 años. Por despliegue territorial, plantel profesional, presupuesto y trayectoria histórica el INTA constituye el principal instrumento de las políticas públicas de investigación y extensión rural en la Argentina (Alemany, 2003, 2012).

Como plantearemos con mayor detalle a lo largo de este informe, la extensión rural estatal² refiere a una compleja área de acción guber-

namental con una larga trayectoria en la Argentina moderna. De manera general con la noción de *extensión rural estatal* hacemos referencia a un campo de prácticas tendientes a transformar un estado de la realidad del mundo rural a partir de una intervención planificada desde organismos públicos. Esta intervención para acompañar o lograr una transformación de la realidad se inscribe en un determinado proyecto social y en una concepción de “desarrollo” que actúa como finalidad que sitúa y justifica la necesidad de dicha intervención.

Existe cierta correspondencia entre los paradigmas y períodos que marcan la extensión rural pública y los proyectos macropolíticos que se han sucedido a nivel país. En virtud de ello la orientación de las políticas de extensión rural han podido ser interpretadas en función de los proyectos políticos amplios que ha encarnado el Estado (Alemany, 2003, 2011, 2012), aunque su comprensión requiera de una lectura bastante más compleja que la de una vinculación lineal con esos contextos.

Pensar y debatir la extensión rural desde la comunicación

Tal como desarrollaremos, para nosotros abordar la extensión rural desde la comunicación abre la posibilidad de reflexionar sobre este campo de prácticas sociales haciendo foco en uno de sus ejes constitutivos y más problemáticos: *las relaciones que se construyen entre los técnicos extensionistas y los agricultores*. El subcampo de la *Comunicación para el desarrollo* ha planteado, en este sentido, dos grandes tipos de enfoques desde los cuales pensar esa vinculación. En forma esquemática los mismos pueden presentarse en una primera instancia como “difusionismo” o “concientización” (Hegedüs, Cimadevilla y Thorton, 2008)³. No obstante ello, se debe tener en cuenta que esta clasificación se da, en principio, a los fines teórico-analíticos; en el campo de la práctica suele dominar el terreno de los grises, no exento de tensiones, contradicciones y amalgamamientos (Cimadevilla, 2008a).

Cada uno de estos enfoques, como veremos, se corresponde con distintos tipos de racionalidad e implican, consecuentemente, diferentes formas de comprender la práctica extensionista. En este sentido, la perspectiva difusionista ha estado vinculada a la racionalidad instrumental; mientras que la concientización apela a un tipo de racionalidad que puede denominarse como dialógica, comunicativa o del reconocimiento. Como tal, cada perspectiva se encuentra atravesada por las ten-

siones y disputas relativas a todo el pensamiento social y las distintas orientaciones de acción que se desprenden del mismo.

Ambos enfoques, con sus versiones y sus matices, han estado presentes en la historia de la extensión rural pública en nuestro país. No obstante, resulta claro que la visión difusionista ha sido hegemónica en este campo, como veremos en el segundo capítulo cuando repasemos la historia de la extensión rural pública en Argentina. Es que, más allá de los intentos de los movimientos críticos de enfrentar a las lógicas instrumentales –y su funcionalidad a la consolidación de las estructuras de poder (y opresión) existentes– su vigencia, entendemos desde este trabajo, obedece en buena medida a su mayor capacidad de adecuación a las exigencias del sistema económico-productivo capitalista en que se inserta la práctica extensionista.

Por su parte, debe considerarse que cada una de estas perspectivas han sido planteadas por lo general desde un sentido normativo; es decir, prescribiendo cómo debería llevarse adelante la práctica extensionista y, puntualmente, cómo se debe realizar en términos ideales la vinculación entre técnicos y agricultores. Asimismo, también es posible plantear dos formas distintas de abordar e investigar este campo de prácticas de acuerdo a una orientación u otra con sus respectivos presupuestos epistemológicos.

Nuestro trabajo se propone pensar en la extensión rural estatal básicamente desde una perspectiva crítica cercana al enfoque de la “concientización”, no obstante lo cual tendremos en cuenta también contribuciones del enfoque instrumental. El aporte de cada una de estas perspectivas lo ubicamos principalmente en el tipo de preguntas fundamentales desde las cuales interpelar a las prácticas sociales de extensión rural. En este sentido, la recuperación que hacemos de la perspectiva de la “concientización”, como veremos con mayor profundidad en nuestro marco teórico planteado en el primer capítulo, se basa fundamentalmente en aportes del campo de la educación popular, la comunicación popular y también de la comunicación/cultura latinoamericana. Tales planteos colocan la cuestión del poder presente en toda relación social en un lugar central a la cual tanto la intervención como la investigación deben contribuir a desnaturalizar. En este marco, es fundamental trabajar dos dimensiones: por un lado, lo que hace a los tipos de “*reconocimiento cultural del otro*” que están presentes en toda relación social. Por el otro, también cobran centralidad las preguntas respecto al “*sen-*

tido” que tienen las prácticas para los propios actores involucrados y el “*horizonte político*” en el que las mismas se inscriben.

Por su parte, desde la perspectiva “difusionista”, las relaciones de poder y la finalidad última o el sentido político de las prácticas no aparecen problematizadas. En general, en línea con la ideología del progreso y la modernización, se asume, para el caso de la extensión rural, a la innovación tecnológica como un fin deseable en sí mismo y universalmente válido. El aporte desde la comunicación es hacer más eficiente esta tarea para lograr mayores niveles de adopción tecnológica por parte de los agricultores. En función de ello se ha tendido a pensar en cómo aportar “recetas” para las prácticas⁴. Los interrogantes fundamentales que aporta esta perspectiva apuntan a los medios, los modos y las estrategias que se utilizan en las prácticas sociales. A partir de su recuperación podremos tomar en consideración cuáles son y cómo son pensadas desde su instrumentalidad las distintas *instancias de encuentro* entre técnicos y agricultores en el marco del trabajo extensionista en el ProFeder en Misiones; y también cómo se vinculan las mismas con los enfoques respecto al reconocimiento cultural y los horizontes políticos planteados anteriormente.

De esta manera, sostenemos que el desarrollo de esta investigación en su conjunto guarda coherencia con el supuesto que organiza el proceso de formación teórico y metodológico de la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea, según el cual “la comprensión de la cultura contemporánea requiere articular sistemáticamente el análisis de los procesos históricos donde emergen y se desarrollan las técnicas y prácticas comunicativas, con el análisis de las nociones provenientes de diferentes áreas del conocimiento que posibilitaron dicha emergencia”⁵.

Eje problemático y objetivo de esta investigación

A partir de la revisión de las dos grandes líneas teóricas de la Comunicación para el desarrollo que hemos señalado, abordamos como eje problemático guía de toda esta investigación, cuáles son las perspectivas que están presentes en los discursos de los técnicos extensionistas del programa ProFeder (Programa Federal de Apoyo al Desarrollo Sustentable) del INTA en Misiones, respecto a sus prácticas de comunicación con agricultores. El objetivo que buscamos, en este sentido, es poder aproximarnos por un lado, a los distintos *horizontes* políticos que los

extensionistas plantean para sus prácticas de intervención; identificando y analizando también los tipos de *reconocimiento del otro* (los agricultores en este caso) que plantean en sus discursos. Asimismo, nos proponemos caracterizar cuál es la percepción que los mismos tienen respecto a las instancias de encuentro con los agricultores: sus características, posibilidades y limitaciones para la realización de su trabajo extensionista. Antes de referir la estrategia metodológica que hemos seguido vamos a introducirnos muy brevemente en lo que es el programa ProFeder, y realizar nuestra justificación respecto al recorte de nuestro abordaje sólo en la perspectiva de los técnicos extensionistas.

El programa ProFeder constituye una de las principales herramientas programáticas que tiene el INTA para llevar adelante su actividad de extensión rural. El mismo se encuentra en marcha desde el año 2003 –coincidente con el nuevo período que se abre en la institución y en las políticas públicas a nivel nacional– y tiene como principal objetivo “fortalecer el desarrollo con inclusión social, integrar las economías regionales y locales a mercados internos e internacionales y generar empleos e ingresos” (ProFeder, 2012: 6). Como quedará manifiesto a lo largo del informe, se trata de un programa con una gran flexibilidad, pero también indefinición, en tanto que orientación para las prácticas extensionistas.

Por su parte, son diversas las razones por las cuales este trabajo se recorta exclusivamente sobre la perspectiva de los extensionistas en relación con estos encuentros entre técnicos y agricultores. La principal tiene que ver con lo que ya hemos señalado: esta tesis de maestría se inscribe en una beca otorgada por el INTA cuyas limitaciones de tiempo hicieron inviable realizar un estudio que pudiera abarcar las mismas. En virtud de ello, resulta claro que lo que planteamos en este trabajo constituye un aporte parcial a la comprensión de este campo de prácticas que necesariamente debe ser contrastado y puesto en diálogo con la perspectiva de otros actores involucrados en este proceso, especialmente de los agricultores.

Estrategia metodológica

Para realizar nuestro estudio nos hemos valido de la siguiente estrategia metodológica: en primer lugar hemos realizado un relevamiento bibliográfico respecto al campo de los estudios de extensión rural, y específicamente de Comunicación para el desarrollo. A partir del mismo hemos

generado fichas bibliográficas sintetizando conceptos y enfoques vinculados a la temática de esta investigación.

Posteriormente hemos realizado una recolección y análisis de distintos documentos: planes institucionales del INTA, documentación vinculada con la política institucional de extensión rural y del programa ProFeder, así como de los 14 proyectos que están aprobados, cuentan con recursos operativos y se encuentran en marcha en la provincia de Misiones. A partir de ellos y complementando la información con consultas a informantes calificados en la temática hemos indagado en la estructura institucional del INTA en Misiones, su sistema de extensión, la cartera de proyectos sobre las que se monta la misma y el conjunto de los proyectos tal como son planificados a nivel institucional.

En forma paralela hemos realizado entrevistas en profundidad a los técnicos extensionistas que llevan adelante los proyectos ProFeder en Misiones. Las mismas han resultado una vía central para acceder a la perspectiva de los actores estudiados respecto a sus propias prácticas en relación con los agricultores. Para el análisis de las entrevistas hemos utilizado el método de “comparación constante” (Glaser y Strauss, 1967). Este método propone ir realizando en forma simultánea procesos de codificación y análisis de los datos en forma constante, incorporando categorías que resultan emergentes del mismo proceso analítico abierto. A través de ellos hemos podido incorporar distintas categorías en el análisis que no estuvieron presentes a la hora de formular el proyecto de investigación. La ventaja de este método radica en la posibilidad de trabajar en la construcción de categorías teóricas que guardan una mayor correspondencia con los datos obtenidos (Inciarte, 2011).

A través del proceso de codificación abierta hemos intentando descomponer los datos en distintas partes conceptuales, comparando a las mismas en la búsqueda de similitudes y diferencias (Strauss y Corbin, 2002: 112). Esta tarea nos ha servido para distinguir y agrupar las distintas perspectivas presentes en los relatos de los técnicos en relación a temáticas comunes.

Para la selección de los informantes de las entrevistas recuperamos también aportes de la propuesta de Glaser y Strauss respecto al “muestreo teórico” en la cual la realización de las entrevistas se va articulando con su análisis. A partir de ello se define el siguiente informante y las categorías sobre las cuales indagar, siendo por ello el análisis el que orienta la recolección de los datos (Inciarte, 2011: 18). Así luego de la

lectura de los proyectos y la codificación de los mismos seleccionamos los primeros dos informantes para las entrevistas. Luego de transcribir las grabaciones de las mismas y analizar su contenido fuimos seleccionando los siguientes casos, como así también adaptando la guía de la entrevista. En total realizamos nueve entrevistas en profundidad a técnicos extensionistas que trabajan todos en distintas unidades de extensión en la provincia de Misiones.

Un aspecto importante que atraviesa todo este proceso de investigación, involucrando con ello las etapas de recolección y análisis de los datos, tiene que ver con nuestra propia ubicación en relación con la extensión rural del INTA en Misiones. Desde el año 2008 realizamos tareas con base en la Agencia de Extensión Rural de Puerto Rico. Esta posición ofrece grandes ventajas que en este trabajo intentamos capitalizar, así como desventajas que hemos intentado atenuar. Con respecto a las primeras podemos destacar tanto lo que hace al conocimiento del (complejo) sistema institucional de extensión rural del INTA, como en el acceso a los informantes. Dentro de las segundas destacamos la dificultad de interpretar los datos en forma sesgada a partir de la propia experiencia construida. Ante ello, además de ampliar los esfuerzos de vigilancia frente a nuestros propios prejuicios y preconceitos formados, hemos buscado poner en diálogo constante nuestras propias interpretaciones con las de colegas y técnicos vinculados a la actividad de extensión rural. Asimismo, estos datos también han sido puestos en vinculación con contactos posteriores con los extensionistas entrevistados y también con otros informantes calificados⁶ para clarificar algunas de las zonas donde nos surgieron distintas dudas.

Organización y estructura de este informe

En virtud de todo lo expuesto anteriormente, el recorrido planteado para este informe es el siguiente: en el primer capítulo, a partir del relevamiento bibliográfico realizado, planteamos la construcción teórico-epistemológica de nuestro objeto de estudio. Allí desplegamos las premisas epistemológicas sobre las que se funda la comprensión de la acción social y a partir de ello la posibilidad de estudiarla. Sobre esa base nos introducimos en el debate respecto a las ciencias sociales en el actual contexto histórico, poniendo especial atención a lo que son las políticas públicas como espacio de disputa intelectual, y el concepto de Desarrollo

llo Rural como horizonte político. Ubicados allí nos adentramos en el campo de la Comunicación para el desarrollo, caracterizando las dos grandes perspectivas que ya hemos adelantado.

Desde el encuadre de nuestro trabajo asumimos que todo fenómeno social y todo campo de prácticas sociales, debe ser enmarcado en el proceso histórico del que forma parte. Es por ello que en el segundo capítulo, a partir del análisis bibliográfico y el relevamiento de documentos institucionales, nos proponemos realizar una reconstrucción histórica de la extensión rural en Argentina, que tiene al INTA como actor central en las últimas seis décadas. Para ello nos hemos valido de estudios específicos realizados sobre este objeto, así como también de otros análisis históricos que nos han podido aportar datos al respecto. En este capítulo también explicitamos la definición conceptual de extensión rural con la que trabajamos y los distintos enfoques teóricos con que la misma ha sido pensada de acuerdo a la clasificación que realiza Sevilla Guzmán (2013).

Así como es necesaria la perspectiva histórica para la comprensión de los fenómenos sociales, también consideramos necesaria la comprensión del contexto local en el cual los mismos están insertos. Es por ello que en el tercer capítulo nos adentramos, por un lado, en lo que es el espacio rural misionero, su historia y algunas de sus características relevantes actuales, y por el otro en lo que es el sistema de extensión del INTA en la provincia de Misiones. Dentro de este último hacemos una breve caracterización de lo que son los programas de extensión que se encuentran en estado operativo, destacando dentro de ellos al programa ProFeder.

Con el cuarto capítulo se abre la segunda parte de este informe en el que desarrollamos el análisis de los datos obtenidos en nuestro trabajo de campo. Buscamos allí, en primer término, realizar una introducción a los proyectos ProFeder analizados y una aproximación a los perfiles de los extensionistas que los llevan adelante. Luego de ello nos acercamos a la cuestión del reconocimiento cultural que plantean los extensionistas respecto a los agricultores. Lo hacemos analizando tres cuestiones interrelacionadas: las *representaciones* de los agricultores con los que trabajan, los lugares desde los cuales se postula la *interpelación* a los mismos, y el lugar desde el cual se plantea el reconocimiento y la *recuperación de los saberes* de estos.

En el quinto capítulo, continuando con aportes de la perspectiva de la concientización, analizamos lo que son los “horizontes” de trabajo en los cuales los extensionistas inscriben sus propias prácticas de inter-

vención con agricultores. Para hacerlo abordamos tres dimensiones: las visiones respecto al *desarrollo rural*; el *rol* que se asigna a la propia intervención como extensionistas en la construcción de ese desarrollo; y el papel asignado a las *articulaciones institucionales u organizacionales* en tanto elemento constitutivo de lo que hace a la “organicidad” del trabajo extensionista.

Finalmente, en el sexto capítulo planteamos una enumeración y caracterización de las distintas instancias, y sus modalidades, a través de los cuales los extensionistas entran en contacto con los agricultores. Lo hacemos teniendo como base de análisis la clasificación propuesta por Gustavo Cimadevilla (2004a) y realizamos una caracterización de esta siguiendo la perspectiva de los propios técnicos. A lo largo de la misma intentamos establecer vinculaciones —las cuales no siempre aparecen en forma clara— con los distintos enfoques extensionistas trazados en los capítulos previos.

Notas

1 EL INTA se creó el 4 de diciembre de 1956, 14 meses antes que el CONICET que tiene como fecha fundacional el 5 de febrero de 1958. Cabe destacar que en ese breve período también se creó el INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial) y la CNEA (Comisión Nacional de Energía Atómica) instituciones que mantienen su vigencia y han sido revitalizadas también en estos últimos años, aunque sin alcanzar el peso que tienen las dos primeras.

2 Utilizaremos los términos extensión rural estatal y extensión rural pública como sinónimos.

3 Los autores señalan que son básicamente dos los paradigmas teóricos presentes en las instituciones extensionistas del Cono Sur. A los mismos los identifican como “difusión de innovaciones”, por un lado, y “educación libertaria” por el otro. Denominamos “concientización” al segundo paradigma, por ser otra de las apelaciones comunes al mismo y remitir en forma directa a la obra de Paulo Freire (1973) *¿Extensión o comunicación? la concientización en el medio rural*, la cual tuvo una amplia influencia en los movimientos sociales críticos que pensaron la extensión rural en Latinoamérica.

4 Independientemente del carácter más abarcativo que adquiere este planteo con su revisión desde la “complejidad” y desde perspectivas “estratégicas” (Massoni, 2011) donde se necesita recuperar los intereses del otro para definir las orientaciones propias.

5 Plan de estudio de la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea, pág. 2.

6 Entre ellos podemos señalar a los coordinadores provinciales de los programas de extensión y docentes e investigadores universitarios vinculados a la temática de extensión rural.

Primera parte

La extensión rural estatal como campo de estudio de la comunicación social.

Construcción y contextualización de nuestro estudio

Capítulo I. El abordaje a la extensión rural desde la comunicación social

A lo largo de este primer capítulo desarrollaremos el mapa teórico sobre el cual se despliega nuestro abordaje al trabajo en extensión rural. Para realizar nuestro recorrido comenzaremos planteando las premisas epistemológicas sobre las que se funda y pretende tener alcance este estudio. En este sentido analizaremos en primer lugar la problemática de la racionalidad en las ciencias sociales por ubicarse esta no solo en la base de cualquier acción social, sino también por ser aquello a partir de la cual toda acción social puede ser comprensible por un otro (1). Situados en este plano pasaremos al reconocimiento que hacemos de la labor de investigación social, ubicando nuestro propio estudio en este marco y señalando la potencial vinculación de la misma con los debates sociales en relación con las políticas públicas. En este punto introduciremos el concepto de política con el que abordaremos las prácticas sociales. Consecuente con ello también intentaremos hacer explícitos nuestros propios intereses y el carácter político en el cual buscamos enmarcar la realización de esta investigación (2). Sobre esa base, pasaremos a plantear la lectura en términos conceptuales que hacemos del espacio rural argentino y las políticas de desarrollo rural que en relación al mismo se han planteado. Para hacerlo nos valdremos de una perspectiva histórica, exponiendo las distintas etapas y los distintos paradigmas hegemónicos que han orientado a las mismas (3). Llegados a este punto nos ubicaremos en forma específica en lo que es el sub-campo de la Comunicación para el desarrollo en Latinoamérica. Consecuentemente con lo expuesto, lo haremos desde una perspectiva que aborde las grandes corrientes teóricas a partir de los tipos de racionalidad desde los cuales los mismos se han edificado. Desde allí plantearemos el enfoque propio de este trabajo (4).

1. Perspectiva epistemológica: la problemática de la racionalidad en ciencias sociales y el abordaje de la acción social

1.1. Concepto de racionalidad y tipos de acción racional

En principio recuperamos el concepto de *racionalidad* que plantea Jürgen Habermas (1999a). Para este autor el carácter racional de una emisión o manifestación está dado por la vinculación de la misma a una pretensión de validez susceptible de crítica por parte de otros miembros de la comunidad en la cual esta tiene lugar. Estas pretensiones de validez varían según los contextos de acción, lo que implica que el concepto de racionalidad no puede ser tomado en un sentido individualista, ahistórico o universal sino que precisa de “una consideración de tipo sociológico” (Habermas, 1999a: 70). Esto equivale a plantear que no puede evaluarse una argumentación si no se comprende el sentido de la empresa a cuyo servicio está en cada caso la argumentación, así como el contexto social en el que la misma tiene lugar.

Habermas distingue cuatro tipos de acciones racionales. Cada una de ellas presupone distintas relaciones del sujeto con el mundo y estas relaciones marcan la racionalidad de la interpretación por parte de un intérprete (Habermas, 1999a: 147). En forma sintética estos tipos de acción son:

a) *Acción teleológica o acción con arreglo a fines*: cuando el sujeto realiza la acción buscando un fin determinado, o hace que se produzca un estado de cosas deseado eligiendo en una situación dada los medios más congruentes. El concepto se amplía y se convierte en “*acción estratégica*” cuando en el cálculo que hace el agente para alcanzar el fin deseado intervienen también las expectativas de acción o decisiones que puede realizar al menos otro agente que también actúa con vistas a realizar sus propios fines. El mundo con el que se vincula el agente es el mundo objetivo o más bien, convendría plantearlo como el mundo material, el mundo de las “cosas”. El criterio de validez que marca la racionalidad y orienta la acción o manifestación en este caso es el *éxito*, que se mide por la eficacia entre el fin buscado y el fin alcanzado.

b) *Acción normativa*, o *acción regulada por normas*: con ella el actor orienta su acción a partir del reconocimiento de una norma o regla existente en un grupo social. El agente se vincula aquí con el mundo social.

El criterio de validez racional intersubjetiva en este caso es la “*rectitud moral*”.

c) *Acción expresiva*, o *acción dramaturgica*: tiene que ver con la autotopresentación que el agente hace de sí mismo ante los demás. La vinculación aquí del agente está dada con su propia subjetividad. El criterio de validez racional será la “*veracidad*” o también podríamos decir la “*autenticidad*”.

d) *Acción comunicativa*: refiere a la relación que entablan dos o más agentes entre sí capaces de lenguaje en la cual buscan coordinar acciones de común acuerdo teniendo al lenguaje como principal capacidad disponible. El criterio de validez aquí lo marca la posibilidad de ‘*entendimiento*’. Aquí la finalidad de la acción no se construye al margen de la interacción ni puede ser impuesto por alguno de los agentes.

1.2. La sociedad industrial y el dominio de la racionalidad instrumental

Desde distintas corrientes, pero con fuerte peso académico desde la teoría crítica, se ha hecho hincapié en que las sociedades modernas fomentan un tipo particular de racionalidad: la acción teleológica (o con arreglo a fines) centrada en aspectos cognitivos-instrumentales. En virtud de ello se denomina a esta como *racionalidad instrumental*. Este tipo particular de racionalidad se encuentra en la base del despliegue de la economía capitalista y la sociedad industrial-moderna y está en el centro de la crisis civilizatoria socioambiental de nuestro tiempo.

Una de sus principales particularidades históricas reside en que la orientación al éxito y la eficiencia están guiadas por el cálculo técnico. Por técnica se entiende a “toda regla o conjunto de reglas que permita la reproducción fiable de una acción” (Habermas, 1999a: 229). En este sentido la Modernidad puede ser comprendida, de acuerdo a lo señalado por Max Weber, como el proceso creciente por el cual emergen y se consolidan la economía capitalista y el Estado moderno. El núcleo organizativo que institucionaliza a la primera es la empresa capitalista organizada en torno al cálculo económico y la maximización de la rentabilidad. Por su parte, el segundo encuentra su núcleo en el Instituto Estatal Moderno cuya administración se organiza en forma burocrática por medio de funcionarios especializados que a partir de la planificación dotan de previsibilidad a su accionar¹.

Si bien la acción social puede ser enjuiciada en virtud de estas cuatro pretensiones, la acción racional en la relación con “un otro” —sea individual o colectivo—, que es de la que nos ocuparemos en esta investigación, puede reducirse en definitiva a dos grandes orientaciones: el éxito o el entendimiento. En la primera se plantea la cosificación de las relaciones sociales donde el/los otro/s es/son interpelado/s como una “cosa”. El segundo necesariamente debe abrirse al reconocimiento, y allí aventurarse en el terreno de lo imprevisible tal como lo planteaba Paulo Freire para su pedagogía basada en el diálogo. De acuerdo con ello hablaremos de dos tipos de racionalidad fundamental: racionalidad instrumental y racionalidad comunicativa; a esta última en este trabajo la denominaremos para evitar confusiones en torno al concepto de comunicación, como racionalidad del reconocimiento, por ser este su elemento central en cuanto a la relación con un otro.

La racionalidad instrumental, cabe destacar, ha marcado tanto el devenir organizativo de instituciones estatales y su accionar, como parte del campo disciplinar del estudio de lo social y puntualmente de la comunicación social. La cristalización clara de esta perspectiva se encuentra en el *modelo matemático de la comunicación* o *modelo informativo* como veremos más adelante². Como contraparte, distintos movimientos críticos han cuestionado el carácter “cosificador” de las relaciones sociales tal como son definidas desde estas lógicas de acción. Dentro de las ciencias sociales y la comunicación se ha desarrollado una importante experiencia dentro de Latinoamérica en lo que han sido las experiencias de educación popular y comunicación popular centradas en una visión “dialógica” de la comunicación, en un sentido cercano —aunque no sin contradicciones— a la racionalidad comunicativa señalada por Habermas³.

Ambos tipos de racionalidades están presentes en los dos enfoques desde los que pensamos la comunicación. Antes de detenernos en ellos, primero vamos a ubicar el marco de las políticas públicas y la intervención estatal en el cual el abordaje de la extensión rural estatal cobra sentido desde nuestra perspectiva.

2. Las políticas públicas como espacio de disputa. El lugar de la investigación social

Las políticas públicas refieren al complejo ámbito que es objeto de intervención estatal y llevan como marca de nacimiento el tipo de racio-

nalidad instrumental que señalábamos anteriormente. Dentro de ellas se encuentran las políticas de extensión rural.

El actual contexto marca ciertas particularidades en torno al rol del Estado y las políticas públicas que quisiéramos referir. Con el comienzo del nuevo siglo en Argentina —y en buena parte de Sudamérica— comenzó una progresiva ampliación y recuperación de áreas de intervención del Estado en la sociedad. Tras tres décadas y media de achicamiento y pérdida de protagonismo a manos del mercado, el sector público inició un proceso de recuperación de antiguas funciones abandonadas —como el control de empresas públicas que se habían privatizado—, una incorporación de nuevas funciones —como ciertas coberturas en salud o en beneficios sociales— y una progresiva revigorización y resignificación de antiguas funciones que habían sido debilitadas durante los años del achique estatal. En estas últimas se encuentran las políticas de extensión rural de las que nos ocuparemos en el punto siguiente.

El achique estatal había comenzado en la década del 70 guiado por las ideas del llamado *Consenso de Washington* e introducido e impuesto a través de la dictadura militar en nuestro país. Este ciclo se cierra en Argentina con el estallido social del diciembre de 2001 que condujo a un estado de fuerte movilización popular en el año 2002 y una “recomposición hegemónica”⁴ a partir del año 2003 en la figura del nuevo gobierno. Independientemente de la lectura y valoración que pueda hacerse del período que allí se abrió, lo que aparece como fenómeno social que nos interesa destacar aquí es lo que denominaremos como la *recuperación parcial* de la política por buena parte de la sociedad. Para que esta afirmación tenga validez es conveniente que hagamos algunas precisiones en torno a los conceptos de “política” y de “hegemonía”.

2.1. Los conceptos de política y de hegemonía

Por un lado se puede señalar que la política siempre está allí donde los individuos entran en relación y surge un espacio entre ellos que los involucra y a la vez los trasciende. Es de alguna manera lo que señala Hannah Arendt cuando indica que la política es aquello que nace “entre” los hombres, aquello que se preocupa por el mundo, no por el individuo, y da prueba “de que los hombres son capaces de producir algo que no son ellos mismos” (Arendt, 2007: 58). De acuerdo con este planteo no hay una substancia propiamente política puesto que se trata

de aquello que se constituye *como relación* (Arendt, 2007: 46). La política trata, entonces, del estar juntos. Aquí el problema de “lo futuro” juega un rol decisivo puesto que la política aparece en ese estar juntos también como destino común y por lo tanto tiende a devenir en torno a un horizonte, a un proyecto, a algo que todavía no es.

No obstante, aunque pueda parecer contradictorio, no siempre hay política, la hay cuando los hombres en comunidad pueden reconocer que son ellos mismos quienes construyen ese destino común y asumen la conflictividad y su responsabilidad en esa construcción. Cuando el destino lo fija el reino de Dios, o la pura naturaleza, o alguna fuerza externa frente a la que los hombres nada pueden, no hay política.

Esta es la base del planteo de Jacques Rancière: “Hay política simplemente porque ningún orden social se funda en la naturaleza, ninguna ley divina ordena las sociedades humanas” y agrega:

hay política porque el orden natural de los reyes pastores, de los señores de la guerra o de los poseedores es interrumpido por una libertad que viene a actualizar la actualidad última sobre la que descansa todo orden social (...) Hay orden en la sociedad porque unos mandan y otros obedecen. Pero para obedecer una orden se requieren al menos dos cosas: hay que comprenderla y hay que comprender que hay que obedecerla. Y para hacer eso ya es preciso ser igual a quien nos manda. Es esta igualdad la que carcome todo orden natural (...) en última instancia, la desigualdad sólo es posible por la igualdad. Hay política cuando la lógica supuestamente natural de la dominación es atravesada por el efecto de esta igualdad. Esto quiere decir que no siempre hay política. Incluso la hay pocas y raras veces (Rancière, 1996: 31).

Cuando se recupera la política emerge lo imprevisible. Es lo que sucedió parcialmente en nuestro continente en estos últimos años. Frente a los imperativos del mercado ante los cuales el Estado no debía intervenir —porque si no el capital, las “inversiones”, huirían espantadas dejando el caos del quiebre económico—, en el marco de las luchas sociales emprendidas por distintos sectores y movimientos, irrumpieron distintos gobiernos con fuerte respaldo popular que comenzaron procesos de recuperación progresiva de la intervención estatal en diversos ámbitos de la vida económica y social.

Rancière (2010: 51) señala que cuando se reconfigura el paisaje de lo perceptible y de lo pensable se modifica el territorio de lo posible.

Preguntarnos por los distintos núcleos que contienen las nuevas formas de subjetivación política se nos presenta como un interrogante clave para mirar estos procesos. Creemos que uno de ellos tiene una particular trascendencia: la posibilidad de poder pensarnos desde Latinoamérica —territorio que carga con cinco siglos de colonialismo y dependencia— como sujetos capaces de tejer un destino propio.

La recuperación de la política, entonces, implica la posibilidad de salir del fatalismo —sea del tipo que sea— y asumir la posibilidad de construcción y transformación del propio destino colectivo por parte de los agentes sociales. Es en virtud de esta concepción que hablamos de recuperación *parcial* de la política puesto que un núcleo duro del modelo de desarrollo, expansión capitalista y mercantilización de los recursos naturales sigue siendo considerado como un imperativo de estos tiempos frente al cual nada se puede y al que inevitablemente estamos condenados como sociedad.

Un concepto importante para comprender la construcción de horizontes políticos comunes en las sociedades modernas es el de *hegemonía*. De acuerdo con los planteos iniciados por Antonio Gramsci, las formas de dominación política pasan fundamentalmente no solo por métodos de coerción física (como en tiempos de la esclavitud por ejemplo), sino por la construcción de consensos colectivos basados en la identificación de intereses particulares como intereses universales. En este sentido, la hegemonía “tiene por condición que una fuerza social asuma la representación de una totalidad que es inconmensurable con ella” (Laclau y Mouffe, 2011: 10). Para lograr esta representación es necesario que las distintas identidades de los agentes sociales sean *articuladas* en términos políticos. Esto implica comprender a las identidades no a partir de una esencia subyacente sino como constructos relacionales. La práctica que permite articular las diferencias en el marco de una totalidad es el “discurso” (Laclau y Mouffe, 2011: 142-143).

En términos estrictos, la realidad social no puede constituirse al margen de la condición discursiva que marca su emergencia⁵. En este contexto, la centralidad de la lucha política, redefinida como hegemonía, se ubica en la disputa por la construcción de sentido en torno a las luchas. El carácter que asuman las mismas será definido por su articulación en el campo del discurso.

En este marco, el estudio desde una perspectiva cultural implica no un acercamiento a un campo estable donde se expresa una diversidad

armónica de significados, sino más bien nos confronta con un campo de disputa por el sentido de la realidad y las posibles orientaciones de acción dentro de ella. Aquí es importante, para evitar caer en la trampa del culturalismo, no perder de vista que la cultura, en tanto trama de significados, se encuentra atravesada por las relaciones de poder de cada sociedad, constituyendo, a su vez, el espacio central del ejercicio del poder y las relaciones de dominación. A través del concepto de hegemonía la cuestión política de las sociedades modernas puede pensarse, de manera central, en el plano de la cultura (Laclau y Mouffe, 2011)⁶.

2.2. El trabajo intelectual crítico en el actual contexto latinoamericano

En este marco se pone de relieve la importancia del trabajo intelectual y de la investigación social con sentido crítico. El gran desafío socioambiental de nuestro tiempo trata de repolitizar –en el sentido señalado– áreas que hacen al destino común entre los hombres que se han naturalizado sirviendo a formas de dominación o subordinación. El pensamiento crítico debe buscar, entonces, restituir el conflicto negado; o, en términos ligados al pensamiento de Walter Benjamin: desnaturalizar el relato de los vencedores por el cual, entre otras cosas, su historia particular se proyecta como “La Historia” en sentido universal (Benjamin, 1979).

En este sentido cobran validez las alertas señaladas por el manifiesto de intelectuales latinoamericanos publicado bajo el título “Por una nueva imaginación social y política en América Latina”. Adherimos a sus postulados, en el cual también se ubica el sentido de la praxis de investigación social:

... Urge contribuir a edificar nuevas formas de la imaginación porque nuestras economías y nuestras políticas son una encarnación de las coacciones que aceptamos como límites de nuestros pensamientos y aspiraciones.

El conocimiento no sólo es situado sino que es terreno de innumerables disputas y tiene efectos constitutivos en el mundo.

El capitalismo sigue siendo un sistema que genera desigualdad y explotación social, que no respeta nada ni a nadie en su voluntad de expandirse, se alimenta de la violencia y el exterminio de gentes y entornos naturales, instalando subjetividades frívolas basadas en el consumo y en simulacros de todo tipo. Sin embargo, hoy el capita-

lismo se legitima con la máxima de que la producción y el extractivismo a gran escala son los únicos medios para mejorar la distribución. Es peligroso observar cómo dicho precepto está llegando a naturalizarse. Las miserias cotidianas en América Latina contribuyen paradójicamente a hacer permeable toda épica productivista y extractivista. Es evidente que dicha narrativa es de un cortoplacismo pasmoso. Es cierto que el aumento de los productos exportables puede arrojar algunos beneficios desiguales en las sociedades. Incluso es cierto que si perspectivas neodesarrollistas acentúan políticas redistributivas efectivas los beneficios inmediatos para muchas familias pueden ser significativos. Sin embargo, negar que el productivismo y el extractivismo, con su invisibilización de los efectos ambientales, sociales y culturales, constituyen una nefasta ideología implica resignarse o celebrar los límites de la imaginación política contemporánea⁷.

Abrir los límites de la imaginación a partir de cuestionar los sentidos comunes y ponerlos en perspectiva histórica será una línea directriz en este sentido. Asimismo, se trata de restituir el conflicto negado, abandonando la noción del sistema democrático como “el terreno de los consensos”. Se trata más bien de pensar la democracia como el espacio donde es posible canalizar la conflictividad que se da al interior de lo social. Es decir, asumirla como el espacio del desacuerdo y la posibilidad de su expresión.

El período abierto desde comienzos de siglo en nuestra región representa, entonces, un desafío en términos de lo que se ha habilitado a partir de la recuperación del Estado y las políticas públicas y también de lo que continúa cerrado todavía a la disputa hegemónica: los pilares centrales que sostienen el modelo civilizatorio de desarrollo capitalista. Para abordar particularmente las políticas de extensión rural vamos a introducirnos en los proyectos de Desarrollo que actúan de marco para las mismas.

3. El espacio rural argentino y el desarrollo rural como horizonte político de intervención

3.1. El sector rural argentino

Desde los tiempos de la explotación colonial, el sector rural constituye el pilar central de la integración de lo que hoy es Argentina al sistema

económico mundial (Ferrer, 1999). Las formas de explotación económica y de organización de la sociedad de carácter rural han ido variando: las explotaciones basadas en el trabajo forzado junto con grupos y organizaciones de tipo campesino indígenas, con el paso del tiempo, y especialmente después del proceso independentista, dieron lugar a un gradual desarrollo de las fuerzas productivas y de consolidación de las relaciones sociales capitalistas en el medio rural. En gran medida la intensidad con que se ha expandido el capitalismo en cada región ha guardado relación directa con el interés que los mercados internacionales han tenido sobre cada una de ellas.

Dotados, en muchos casos, de un potencial productivo extraordinario se ha desarrollado en los territorios rurales argentinos un modelo agropecuario dominado por la concentración de los medios de producción en pocas manos, y una creciente dependencia de insumos tecnológicos industriales. Esto último ha impulsado notablemente los niveles de producción agrícola exportable, al tiempo que viene acarreado graves perjuicios para buena parte de las poblaciones rurales y los ecosistemas naturales. Esta combinación de concentración de los medios de producción y aplicación de paquetes tecnológicos cada vez más complejos y costosos constituyen los pilares de la expansión del capitalismo agrario a través de un modelo de producción a gran escala de cultivos exportables.

La situación social que se desprende de esta expansión a nivel agropecuario construye simultáneamente riqueza y pobreza como señala Francisco Caporal (1998). El agronegocio a gran escala abre la posibilidad de consolidación de grupos locales dominantes, las burguesías urbanas, vinculados a los negocios agroexportadores. Asimismo, pero dependiendo del modelo de Estado presente, el agronegocio significa la inyección de un importante financiamiento a las arcas públicas que se vuelcan fundamentalmente al mundo urbano, en gran medida para contener la llamada “población sobrante” del sistema económico, quienes a su vez forman parte de las migraciones rurales originadas en gran medida por este modelo de acumulación.

A esta situación social se suma la problemática ambiental. Como ya señalamos, en Argentina el capitalismo agrario se expande sobre la base de un modelo de producción de monocultivos para exportación a gran escala; el llamado modelo de los agronegocios. Este sistema de monocultivo implica de forma concatenada una destrucción acelerada de

ecosistemas naturales, pérdida de biodiversidad, desertificación de suelos, incremento de la toxicidad ambiental y alteraciones climáticas.

Decíamos que el desarrollo capitalista se ha dado de una manera desigual en las distintas regiones del país. En la región pampeana, aquella que mayores ventajas ofrece para la explotación agroalimentaria a gran escala, el desarrollo de las fuerzas productivas se encuentra muy avanzado. La población del tipo “campesina” es prácticamente inexistente y la población rural tiende a reducirse cada vez más dada la sustitución de mano de obra que permite realizar la tecnología.

Este escenario, dominado por empresas transnacionales, empresarios agrícolas locales, burguesías rentistas y contratistas, no puede ser extrapolado de manera directa a otras regiones del país. En muchas de ellas el interés capitalista ha estado ausente hasta hace poco tiempo, situación que se viene modificando rápidamente con los cambios climáticos y las innovaciones tecnológicas⁸.

Un aspecto fundamental para entender lo que ha sucedido en las últimas décadas en el espacio rural tiene que ver con el reordenamiento internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. Entre otros factores se dio, a partir de la década del 40, un importante salto tecnológico en la producción agrícola que se denominó posteriormente “revolución verde”.

La revolución verde se basó, inicialmente, en la introducción de variedades modificadas genéticamente de maíz y trigo, implantadas en modelos de producción de monocultivos. Las mismas requieren, además de estos Organismos Genéticamente Modificados (OGM), “paquetes tecnológicos” basados en la aplicación controlada de agua, fertilizantes y plaguicidas. Esta introducción llevó a un salto productivo que, sumado a una gran ampliación de las tierras cultivadas, incrementó la producción global de granos en un 250% entre 1950 y 1984⁹. El incremento productivo tuvo como contrapartida el avance de un modelo de producción agraria que ha llevado a una fuerte pérdida de biodiversidad, un acelerado proceso de concentración de los medios de producción agrarios y un sistema productivo dependiente de las empresas proveedoras de los insumos tecnológicos. Asimismo, este modelo de producción conllevó una necesidad creciente de escala productiva para obtener rentabilidad con la consecuente expulsión de población campesina que aceleró su migración de manera ininterrumpida hacia los centros urbanos.

Ha sido precisamente en la década del 50 cuando surgieron como

tales las políticas públicas de desarrollo rural tendientes, fundamentalmente, a modernizar y “sacar del atraso” a los sectores rurales latinoamericanos. De manera general esos proyectos apuntaron, por un lado, a la investigación en tecnologías agrícolas, y por el otro, a la difusión de esas tecnologías para que fuesen adoptadas por la población rural.

3.2. Las políticas de desarrollo rural. Perspectiva histórica

A nivel global, es posible que los antecedentes de las políticas de desarrollo rural puedan rastrearse en los orígenes mismos de la revolución industrial, que modificó sustancialmente la relación campo-ciudad. Sin embargo, como señalamos, recién a mediados de la década del 50 surgieron en Latinoamérica las instituciones de planificación del desarrollo donde se otorgó un papel fundamental a la generación y difusión del conocimiento técnico por parte del Estado a fin de lograr cambios sociales (Schiavonni, De Micco, 2008: 15).

Como señalan Lattuada y otros, formular e implementar políticas es la esencia de la actividad del Estado. “De este modo, el carácter de esas políticas, las temáticas que jerarquicen y los actores que participan de su elaboración estarán dando cuenta de un tipo de Estado” (2012: 11). En virtud de ello vamos a repasar los trazos, a nuestro juicio centrales, que constituyen las políticas de desarrollo rural de las últimas seis décadas en nuestro país.

Los proyectos políticos estatales en la etapa reciente de la Modernidad, fundamentalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, han sido pensados en términos de desarrollo¹⁰. Esta categoría, como veremos, tendrá una importancia central a la hora de pensar los proyectos en disputa en la Extensión Rural y las modalidades de intervención que se comprenden bajo ella. El desarrollo, en tanto horizonte político, implica siempre una tesis sobre el devenir, un preanuncio del futuro (Cimadevilla, 2004a: 27). El “progreso” primero y el “desarrollo” después han sido los conceptos centrales que han guiado los proyectos macropolíticos de la Modernidad en el marco de una sociedad capitalista, es decir, aquella que es constituida formalmente a través del Estado, pero basa su lógica de reproducción social a través del mercado capitalista, teniendo a la propiedad privada como eje central de su economía. Ambos conceptos, más allá de sus diferencias, comparten la confianza en la ciencia y la técnica (Beltrán, 2007).

De acuerdo con la caracterización de Gustavo Cima-devilla (2004a: 63) no puede pensarse el esquema de intervención derivado del *desarrollismo* de los años 50 y 60 sin acudir a los pensamientos del *difusionismo* que les dio argumento, el *evolucionismo* que contextualizó sus bases y la *economía de mercado* que estimuló su aplicación. En este esquema, la cultura local es vista como un obstáculo para el desarrollo. La visión de la intervención en el trabajo con las poblaciones rurales estaba orientada, en este sentido, a “resolver” la cuestión cultural para lograr el cambio de mentalidades vía educación y persuasión. Se emprenden, en este sentido, “cruzadas educativas” en el área rural en esa etapa desarrollista (Alemany, 2003: 143), no sólo desde el Estado, sino también desde movimientos religiosos como el Movimiento Rural de Acción Católica en un primer momento.

Por otra parte, se planteó una especie de homologación entre la idea de desarrollo y la de “modernización”, la cual llegó a instalarse como sentido común. De manera análoga, los tiempos neoliberales homologaron la idea de desarrollo con crecimiento macroeconómico.

De acuerdo con Jorge Huergo (2005) el concepto de “desarrollo” y su correlativo: “subdesarrollo” provienen de la economía; el supuesto general es que los países económicamente avanzados (de acuerdo con este discurso, “desarrollados”) tienen un nivel de prosperidad y un nivel de vida superiores a los de los otros (los “subdesarrollados”). Se plantea en este marco una idea de “modernización” bajo una concepción *etapista* de la cultura, planteando el pasaje de una sociedad tradicional a una moderna. En el contexto de irrupción del desarrollismo y del difusionismo desarrollista, los problemas políticos fueron presentados como obstáculos a ser superados por resoluciones tecnológicas, donde las innovaciones se convertían en estadios del desarrollo. Ello implicaba una perspectiva evolucionista y lineal de la sociedad (Huergo, 2005: 140).

Cabe destacar que la irrupción de estas categorías no es azarosa en relación con el contexto internacional:

El concepto moderno de desarrollo apareció, pues en unas determinadas condiciones históricas que significaron un cambio en las relaciones internacionales y la emergencia de un nuevo orden mundial: el declive del colonialismo y la consolidación de los estados-nación, la emergencia de la guerra fría, la necesidad del capitalismo de encontrar nuevos mercados, y la confianza en las posibilidades de la aplica-

ción de la ciencia para abordar los problemas de cada una de las sociedades mediante la ingeniería social (Monreal y Gimeno, 2002: 5).

En ese marco es importante destacar la influencia del Departamento de Estado norteamericano en Latinoamérica. El interés central, en este sentido, estaba puesto en controlar el espacio rural latinoamericano, en tanto se lo veía como un espacio de insurgencia revolucionaria que necesitaba ser contenido. Para ello se promovió un tipo de reforma agraria apuntalada en una mayor tecnificación e incorporación de los campesinos al mercado capitalista (Huerdo, 2005)¹¹. Todo esto nos marca la necesidad de contemplar un conjunto de factores —entre ellos la injerencia externa y el posicionamiento político del Estado frente a ella— para pensar la vigencia de los paradigmas de desarrollo rural en nuestro país.

Ahora bien, dentro de la categoría de *desarrollo* es posible diferenciar proyectos de futuro bien distintos, que son consecuentes con distintos paradigmas respecto al cambio social deseado. En lo que hace a los enfoques respecto al mundo rural, a comienzos de los 70 es cuando han madurado paradigmas alternativos en el trabajo rural, concebidos al calor de los movimientos sociales reivindicativos que surgieron en Latinoamérica en los años 60 y 70. En ese contexto se planteó desde distintas corrientes en Argentina una redefinición de la idea de desarrollo rural, mucho más allá de las innovaciones tecnológicas o el aumento de la productividad. En un escenario rural dominado por los contrastes, la explotación y condiciones de despojo y miseria extrema, para gran parte del campesinado y los trabajadores rurales, la “transferencia tecnológica” no resolvía, ni mucho menos, los problemas de pobreza rural tal como era pregonado por el desarrollismo.

En consonancia con ello, la idea de desarrollo fue reelaborada en términos más integrales que la visión tecnológica inicial. Se destacó en este marco la evolución del trabajo de misioneros de la propia Acción Católica, quienes en un comienzo fueron a trabajar a las áreas rurales con un objetivo estrictamente educativo y evangelizador. La puesta en práctica de un modelo de intervención participativo hizo madurar este enfoque educativo inicialmente limitado¹², sirviendo esta experiencia de soporte importante para la creación de las ligas agrarias en el noreste argentino, el mayor movimiento reivindicativo campesino de la historia del país. Más allá del desmantelamiento sufrido por la represión y per-

secución sufrida luego en la dictadura, estos movimientos tuvieron el gran mérito de colocar por primera vez al campesinado como actor político protagónico en el país (Ferrara, 2007; Alemany, 2012).

La dictadura que se inició en 1976 marcó a sangre y fuego todas estas experiencias reivindicativas que postulaban un desarrollo centrado en las familias agricultoras y su arraigo. Las organizaciones sociales fueron reprimidas y perseguidas, y organismos como el INTA fueron intervenidos militarmente, como veremos en el próximo capítulo. Al servicio de la internacionalización de la economía con hegemonía en el capital transnacional, la cuestión en relación al agro se centró exclusivamente en el incremento de la productividad vía adopción de “paquetes tecnológicos”. Es la época del gran avance de la revolución verde en nuestro país. Desde la política pública planificada se aborda al medio rural como algo uniforme, cuya modernización queda sujeta a la adopción o no de estos sistemas de cultivo y los paquetes tecnológicos. Se concreta así un proceso de expulsión de productores minifundistas “por no ser viables” para este modelo basado en la necesidad de alta escala productiva y disponibilidad de capital de inversión. Las políticas de desarrollo se concentraron en generar y transferir tecnología bajo el modelo de una agricultura empresarial¹³. El sujeto destinatario de la extensión pública pasó a ser el mediano y gran productor de tipo empresario.

Como proyecto político en sentido amplio, la dictadura señalará el comienzo de las políticas neoliberales en la Argentina, aplicadas bajo “la doctrina del shock” como señala Naomi Klein (2008), teniendo como principales beneficiados al capital concentrado y las empresas transnacionales. Con las políticas de desarrollo rural se buscó que la iniciativa privada sustituya al Estado como agente constructor de hegemonía.

Con la vuelta de la democracia en los años 80, se planteó desde la política gubernamental un conjunto de apelaciones a la cultura para la recuperación del espacio público. En el plano rural se planteó también la recuperación de líneas de trabajo con productores minifundistas, especialmente en regiones extrapampeanas. No obstante, la profunda crisis política y económica de fines de década dio paso a la realización, desde comienzos de los 90, de ajustes estructurales en el funcionamiento del Estado y en la (des)regulación de los mercados. En el marco de un neoliberalismo particularmente radicalizado, la intervención y regulación estatal pasó a ser definida como la principal causa de los males de la economía nacional.

Analizando el período 1991-2011, Lattuada, Nogueira y Urcola señalan que pueden observarse “dos modelos de Estado y de políticas públicas, cuyo punto de inflexión corresponde al año 2002, ya desmantelado el escenario provisto por la convertibilidad vigente desde 1991” (2012: 11). Puntualmente en lo que hace al desarrollo rural, estos autores plantean un punto de inflexión hacia finales de los años 90, cuando el Banco Mundial publicó un documento que fue un “divisor de aguas en cuanto al rol del Estado en los procesos de desarrollo”. Allí se señalaba por un lado, acomodar la función del Estado a su capacidad para intervenir, y por el otro, aumentar la capacidad del mismo, revitalizando las instituciones públicas.

Para estos autores, si se considera la relación “Estado/mercado/sociedad” hay aspectos que marcan una evidente y fuerte ruptura: “Frente a un desplazamiento casi absoluto del rol del Estado como proveedor de bienes y servicios en la década de 1990, este complejo institucional aparece hoy con un alcance cada vez más extendido en la vida de los ciudadanos” (Lattuada, Nogueira y Urcola, 2012: 28).

Ese viraje, se reflejó en las políticas públicas. En lo que hace específicamente a la “institucionalidad pública estatal orientada al medio rural” se produjeron cambios e innovaciones relevantes como la creación del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (año 2009), que cuenta bajo su tutela con distintos organismos descentralizados como el propio INTA. De acuerdo con los autores señalados:

la gestión del desarrollo rural ha cambiado en esta última década. Las iniciativas insulares, compensatorias y asistenciales de la década de 1990, en función de la concepción de un mercado omnipresente y un Estado subsidiario, mínimo, han sido desplazadas por una estrategia progresivamente institucionalizada donde el Estado nacional, ampliado, manifiesta su rol directriz, sin dejar de habilitar por ello espacios para una participación sustantiva de los actores involucrados (Lattuada, Nogueira y Urcola, 2012: 34).

Desde un enfoque diferente al planteado por estos autores, el geógrafo brasileiro Jorge Montenegro Gómez (2007) se refiere en forma crítica a los paradigmas vigentes en el marco de las políticas de Desarrollo Rural en los países de América Latina que se corresponden también con la situación argentina. En efecto, el paradigma de desarrollo rural dominante en las políticas institucionales en casi toda América Latina se

ha impuesto bajo el rótulo de “desarrollo territorial”. Con él se busca avanzar sobre aspectos anteriormente no contemplados a partir de lo que sería una especie de crítica culturalista a las concepciones desarrollistas, tomando como unidad de planificación y trabajo al “territorio”. Se postula así contemplar aspectos tales como la identidad, las costumbres, las tradiciones. Un pilar señalado como clave en la legitimidad de este paradigma radica en la idea de “participación”. Se plantea, también, la necesidad de conformar equipos interdisciplinarios, el trabajo en redes, la concertación público-privada, etc. También se postula tener una visión más sustentable con el medioambiente en el impulso tecnológico.

La idea de territorio aparece como una categoría compleja. Como concepto vinculado al desarrollo rural es importado desde Europa. Allí se lo postula como un espacio que se delimita no tanto por cuestiones espaciales, sino más bien por la trama de relaciones que tejen los actores sociales. El punto central del paradigma territorial es su orientación hacia consensos entre los diferentes actores que conforman una trama clave para la definición de la orientación (del desarrollo) del territorio compartido.

Esta idea de desarrollo territorial se presenta, siguiendo a Montenegro Gómez (2007), en consonancia con muchas de las políticas llevadas adelante por los gobiernos latinoamericanos en esta década, como una especie de “tercera vía” para el medio rural que intenta consensuar el libre mercado con las políticas sociales, o en otro plano el consenso entre un modelo basado en el agronegocio y un modelo basado en las reivindicaciones de los movimientos sociales campesinos. Esta versión conciliadora se proclama y encuadra de esta manera en el marco de lo políticamente correcto, pero se revela problemática especialmente en lo que hace a dar sustentabilidad a la conservación del medio ambiente y a favorecer la equidad social en el espacio rural. La participación y el consenso que aparecen como los bálsamos, junto con la innovación tecnológica, que permitirían alcanzar un desarrollo equitativo, sustentable y competitivo, aparecen, en principio, como insuficientes para lograr dicho cometido; más bien tienden a revelarse —paradójicamente— como sus contrarios. La contradicción está en la base misma de la formulación: las normas de funcionamiento del capitalismo no reconocen otro valor más que la rentabilidad y muestran una tendencia creciente hacia la concentración de los medios de producción. Como señala Rodrigues Lopes (2013), se revela en este esquema la contradicción de buscar la

igualdad a través de la competencia de los desiguales. En este sentido se plantea que la búsqueda de mayor competitividad en el marco de las reglas del mercado capitalista se traduce en un proceso de creciente concentración, lo que se contradice con la idea de equidad social. Asimismo la búsqueda incesante y creciente de lucro se contrapone con una vinculación sustentable con el medio ambiente.

Desde tal enfoque esas contradicciones, presentes en los objetivos mismos del paradigma de desarrollo territorial, tienen muy poco de ingenuidad. El planteo apunta a señalar que esta idea ha sido impulsada por los mismos organismos internacionales que vienen acuñando recetas para el desarrollo en Latinoamérica desde hace más de 50 años. Mientras tanto, la extracción de recursos naturales y la explotación laboral latinoamericana han seguido apuntalando durante este tiempo la división internacional del trabajo beneficiosa para los países centrales.

La novedad de la propuesta territorial tiene que ver sobre todo con los aspectos metodológicos: buscar participación, consensos, respeto a las diferencias, pero la vía para salir de la pobreza es sólo una: la integración de los territorios a mercados dinámicos, es decir, promoviendo mayor capitalismo.

El problema que se desprende de la crítica tanto de Montenegro Gómez como de Rodrigues Gomes es que si no se reconoce la existencia de intereses en pugna y de reglas de funcionamiento que hacen que los intereses en juego entren en contradicción, la búsqueda del consenso se traduce en una apuesta por fortalecer y legitimar la hegemonía existente.

Las dos perspectivas planteadas respecto a las políticas de desarrollo rural en los primeros años de este siglo difieren fuertemente en cuanto a la ponderación que hacen de las mismas; sin embargo, a nuestro juicio, no son necesariamente contradictorias; más bien las dos encierran, desde una perspectiva crítica, elementos significativos que conviene tener presentes a la hora de pensar las tensiones del actual período histórico para el mundo rural. Estos, a nuestro juicio, se sintetizan en la idea de “recuperación parcial de la política” a la que hemos aludido anteriormente. La perspectiva de Lattuada y otros estaría poniendo el foco en todo aquello que se ha recuperado del 2002 a esta parte en términos de políticas públicas. Por otro lado, la de Montenegro Gómez enfocaría en aquello que todavía no puede ser politizado: el avance de las relaciones capitalistas como únicas relaciones posibles para pensar el horizonte de transformación e intervención en los espacios rurales.

En el capítulo siguiente, al analizar la trayectoria de las políticas de extensión rural, profundizaremos respecto a las visiones de desarrollo rural que estuvieron presentes en las distintas etapas. Antes de ello, abordaremos los enfoques centrales desde los cuales la extensión rural ha sido pensada en términos de comunicación y que marcan la plataforma teórica desde la cual planteamos el enfoque de este estudio.

4. Comunicación para el desarrollo: trayectoria histórica de la articulación entre extensión rural y comunicación. Perspectiva de nuestro estudio

4.1. Introducción al campo de la Comunicación para el desarrollo

Existe en Latinoamérica un acumulado importante de experiencias y reflexiones que han abordado la extensión rural teniendo como eje central la cuestión de la comunicación entre técnicos y agricultores. En relación con ello y en términos generales se puede trazar una primera gran división de acuerdo con los tipos de racionalidad desde los cuales se ha concebido la acción extensionista.

En principio podemos señalar que la racionalidad instrumental ha marcado profundamente tanto el campo disciplinar de los estudios de comunicación social como los distintos modos desde los cuales se ha pensado y analizado la extensión rural, llegando a instalarse en ambos casos como sentido común.

En comunicación, la cristalización de la perspectiva instrumental se encuentra en el *modelo informativo*. Según el mismo la comunicación es un proceso lineal por el que un emisor transmite un mensaje codificado a un receptor a través de un canal en el marco de un contexto. Por su parte la extensión rural –como hemos visto y profundizaremos en el siguiente capítulo– se ha concebido desde esta misma racionalidad como una intervención en el medio rural realizado por agentes con estudios académicos que a través de la asistencia técnica planificada difunden –expanden– innovaciones y conocimientos a la población rural.

En virtud de ello los aportes que han dominado “la demanda hacia” y “la oferta desde” los estudios de comunicación en relación con las políticas de desarrollo rural han planteado a la comunicación como un en-

granaje más del mecanismo instrumental bajo el que se concibió e institucionalizó la extensión rural.

Sin embargo, y esto marca el potencial de un abordaje a la extensión desde este campo, en nuestro país y continente se ha dado una importante experiencia alternativa más ligada a la racionalidad del reconocimiento y a una perspectiva crítica respecto al avance de las relaciones capitalistas en el sector rural. Este tipo de racionalidad está presente en lo que Alemany caracteriza como *extensión alternativa* en la Argentina en relación con lo que fueron los movimientos vinculados con la educación y la comunicación popular (Alemany, 2012: 345).

La distinción entre dos racionalidades presentes es señalada también por Hegedüs, Cimadevilla y Thorton:

los paradigmas teóricos de mayor presencia en las instituciones extensionistas de nuestros países son básicamente dos: Difusión de Innovaciones (E. Rogers, 1962) y Educación Libertaria (P. Freire, 1974; y J. Bosco Pinto, 1973; entre otros). De éstos se derivan enfoques de intervención directa que recogen en mayor o menor grado sus postulados (2008: 111).

Se trata de dos perspectivas cuyo enfoque comunicacional de las prácticas es constitutiva de la idea de extensión rural y expresan de modo paradigmático los dos tipos de racionalidades que venimos planteando. Vamos a caracterizar a cada una de ellas.

4.2. La perspectiva basada en la racionalidad instrumental

Esta perspectiva se corresponde con el paradigma que ha sido dominante en el campo de la Comunicación para el desarrollo cuyo énfasis ha estado en los “modelos de cambio de comportamiento” (Waisbord, 2002: 1). En virtud de la racionalidad instrumental o teleológica, el objetivo central en este paradigma apuntó a hacer exitosa la persuasión y el suministro de información técnica para lograr cambios en los comportamientos campesinos.

De acuerdo a la revisión realizada por Luis Ramiro Beltrán (2007: 152), Daniel Lerner en 1958 fue el primero en el plano teórico en vincular la comunicación social con el paso evolutivo de la sociedad tradicional a la modernización. Este paso, de acuerdo a esa visión, se daba a

través de distintas “etapas” de maduración de las sociedades, siendo la comunicación la inductora e indicadora del cambio social¹⁴.

La cristalización de la racionalidad instrumental aplicada a la comunicación humana se encuentra en lo que se ha denominado *Teoría Matemática de la Comunicación*, planteada en 1949 por Claude Elwood Shannon. Refiriéndose a ella Mattelart plantea que la misma se basa en una concepción de la información

estrictamente física, cuantitativa, estadística. Se refiere sobre todo a ‘cantidades de información’ (...) el problema planteado guarda relación con el cálculo de probabilidades: encontrar la codificación más eficaz (velocidad y costo) de un mensaje telegráfico de un emisor para llegar a un destinatario. Este modelo mecánico, que sólo se interesa por el ‘tubo’, remite a un concepto behaviorista (estímulo-respuesta) de la sociedad, perfectamente coherente con el de progreso indefinido que se difunde desde el polo central hacia las periferias. En este concepto la idea de comunicación queda separada de la idea de cultura y de la construcción de sentido, quedando la información reducida a la idea de dato cuantificable (2002: 64-65).

La comunicación, en esta línea, está concebida fundamentalmente en torno al modelo matemático de la información elaborado en base a la cibernética por Shannon y Weaver a mediados del siglo XX para la compañía telefónica Bell de Estados Unidos. El modelo, como veíamos, busca mejorar la eficacia en la transmisión de la información, independientemente de todo significado. “En consecuencia se identificó la comunicación para el desarrollo con la introducción masiva de tecnologías de información y comunicación para promover la modernización” (Waisbord, 2002: 4).

La teoría de mayor influencia en este marco fue “Difusión de Innovaciones” elaborada por Everett Rogers, de la Universidad de Ohio¹⁵, en 1962 y reformulada (ampliada y matizada) por el mismo autor en 1983. Como señala Caporal (1998: 185), la misma “ha sido la más persistente y duradera base teórica del extensionismo a escala mundial”. Sus antecedentes de acuerdo con este investigador brasileiro, se encuentran en los trabajos realizados en los años 40 sobre la difusión del maíz híbrido elaborado por Monsanto en dos comunidades de Iowa, Estados Unidos; el foco desde entonces estuvo puesto en desentrañar los mecanismos por los cuales se puede estimular la adopción de tecnologías en

la población. La teoría de la Difusión de Innovaciones tiene un carácter multidisciplinar (intervienen elementos de la economía, la psicología, la comunicación, la antropología, entre otros) y apunta a lograr el cambio social a partir de la difusión de nuevas ideas y tecnologías, dando por sentado que la adopción de nuevas ideas y las innovaciones tecnológicas son fines universalmente deseables.

De acuerdo con Jorge Huergo (2005), básicamente la Difusión de Innovaciones se centra en la transmisión de los datos, las ideas, de la modernización a la vez que busca persuadir a los receptores/usuarios de los beneficios de esos datos. Para el autor, esto implica la univocidad de la concepción de desarrollo, ya que esta significa una modernización automática por la vía de la adopción y uso de innovaciones, en especial tecnológicas. En virtud de ello “las estrategias difusionistas, por lo general, se han confundido con las estrategias de marketing” (Huergo, 2005).

En esta visión subyace la idea de que el campesinado es un residuo anacrónico de la evolución de las relaciones de producción (compartida por ciertos enfoques del materialismo dialéctico) y para que avance la modernización en la agricultura se debe transformar el comportamiento de este sujeto social. De acuerdo con Alemany y Sevilla Guzmán (2007: 74) “desde el etnocentrismo de esta teoría occidental el campesinado debe ser sacrificado en aras de la modernización”¹⁶.

Según Huergo (2004), esta concepción original con la que se pensó la práctica comunicativa en la extensión rural trabaja sobre la distinción entre la cultura de los expertos y la cultura de los públicos; el fin de la misma sería el transmitir informaciones o saberes a sectores que se consideran carentes de los mismos.

Huergo hace notar que con el tiempo, interpelado también por los movimientos sociales críticos como veremos a continuación, el desarrollismo atemperó muchas de sus posiciones; en especial aquellas que revelaban sus propósitos de imposición cultural bajo la denominación de “modernización” y lo evidenciaban como un gigantesco proyecto de neocolonización, fruto de nuevos mecanismos de concentración económica y de poder. Esta moderación y modificación respondía a lo que se presentaba como evidencia tras varias décadas: las concepciones cuantitativas del desarrollo, así como sus estrategias comunicacionales habían conseguido desequilibrar aún más las estructuras sociales periféricas (Huergo, 2005).

La participación aparece construida desde estos marcos como un elemento más de tipo formal que real; donde lo que se busca es la legitimación de un tipo de extensión cuyos principios y rumbos ya han sido pre-fijados con anterioridad a la intervención: “se ve a la participación como el medio de conseguir que la gente trabaje en el proyecto, entonces ellos tienen la idea de que están participando” (Díaz Bordenave, 2007: 12). Estas formas de participación están lejos de una democratización radical de estos procesos de intervención en las áreas rurales.

Desde la postulación de aquel modelo matemático de la comunicación mucho se ha avanzado en las perspectivas funcionalistas y críticas. En general la perspectiva instrumental como tal no goza de legitimidad académica y por ello es difícil encontrar discursos teóricos o perspectivas en comunicación para el desarrollo que reconozcan para sí mismas la denominación de “comunicación instrumental”. Sin embargo, la fuerza que tomó el modelo de la Difusión de Innovaciones cristalizado en la obra de Rogers (1962) en el ámbito de la extensión rural, nos señala que pese al abandono en el ámbito académico de esta perspectiva su presencia es aun fuerte en el campo de la práctica. Como señalan Cismadevilla y Thorton:

la cotidianeidad muestra la fuerza y vigencia que puede tener su aplicación y lo vivo que Rogers –como intelectual de fuste dentro del enfoque– está en los análisis del campo, aun cuando no se lo nombre. Si la evolución “natural” del ciclo de vida de todo paradigma debería presuponer la defunción del modelo –que en este caso lleva cinco décadas– éste todavía se manifiesta con buena salud (2010: 19).

Independientemente de la concepción que surge de la extensión rural desde el pensamiento instrumental y toda la crítica que, como hemos visto, puede hacerse a la misma, desde esta perspectiva se habilitan en primer término interrogantes específicos para abordar las prácticas. Estos interrogantes conducen a pensar los encuentros entre los técnicos y los agricultores desde las instancias concretas en que los mismos son producidos. En este sentido cabe preguntarse: cómo se producen estos encuentros, en qué instancias, en qué espacios, apoyados en qué tecnologías, etc.

A partir de las posibilidades de realizar una reapropiación crítica de la perspectiva instrumental para interrogar las prácticas (en este caso las

representaciones sobre la misma) recuperamos en este trabajo los aportes de Gustavo Cima-devilla (2004a: 230). Este autor postula un modelo para pensar las instancias de encuentro o contacto entre técnico y agricultores que se da en la extensión rural a partir de una clasificación de las mismas de acuerdo con las “expectativas de reciprocidad” con que son encaradas¹⁷. Para analizarlas plantea tres tipos diferentes de prácticas a las que denomina: acciones, interacciones y comunicaciones. Las primeras representan actuaciones “uniorientadas” por el agente hacia destinatarios anónimos o conjeturales, con escasa posibilidad de obtener retroalimentación (el ejemplo típico es la comunicación mediática). Las segundas, por su parte, son actuaciones bi-orientadas, donde hay contacto interpersonal y hay posibilidades intermedias de obtener retroalimentación. Finalmente las “comunicaciones” en este caso se corresponden con actuaciones donde las distintas partes asumen compromisos de cooperación en el proceso de intercambio.

4.3. Enfoques desde la racionalidad del diálogo o el reconocimiento

Nos detendremos a continuación en las corrientes alternativas para pensar la intervención en las áreas rurales. Una de las complejidades a tener en cuenta a la hora de rastrear las huellas de abordajes centrados en este tipo de racionalidad en este campo, es que el mismo surgió primero de la práctica, con las complejidades y tensiones que ello implica, y bastante después llegó la teoría (Beltrán, 2007: 150). Distintas experiencias vinculadas con *radio-escuelas* campesinas, radios mineras o educación sanitaria fueron precursoras del trabajo que luego se denominaría como “Comunicación para el desarrollo”. Sus orígenes no están en el terreno académico y su filiación teórica con el modelo del difusionismo desarrollista que hegemonizó los planes de intervención a partir de los años 50 no era tan claro en un primer momento. Lo que buscaban estas experiencias estaba vinculado con la mejora en las calidades de vida de la población (Barranquero, 2009). En este sentido conviene comenzar recuperando el contexto de situación más amplio, el que se da en la reflexión en torno a la “comunicación”.

Enmarcadas en los movimientos sociales críticos que se constituyeron en Latinoamérica para enfrentar el avance del modelo hegemónico de desarrollo, se han desplegado importantes experiencias alternativas

a los enfoques que vimos en el apartado anterior. Con eje en la comunicación, de acuerdo con Bruno y Guerrini (2011) se originaron en ese contexto dos corrientes de investigación y diseño de iniciativas: una de corte macrosocial, y otra de tipo microsocioal. La primera apuntaba a la regulación de medios masivos de comunicación y el sistema de dependencias que se planteaba en esta región en relación con los países centrales. Desde aquí se buscaron impulsar lo que se conoció como Políticas Nacionales de Comunicación (PNC)¹⁸. La perspectiva de tipo microsocioal apuntó al trabajo requerido para estimular la participación política de las comunidades. A esta perspectiva se la denomina, por lo general, como “comunicación popular”.

Precisamente en nuestros países latinoamericanos se desarrolló una importante experiencia en comunicación popular vinculada con muchas experiencias de intervención en el área rural. Si bien el eje central en estas experiencias estuvo en la restitución de la palabra negada a los sectores subalternos, uno de los grandes aportes de las experiencias y estudios en comunicación popular en Latinoamérica tuvo que ver con poner la dimensión política, y las relaciones de poder, de toda comunicación en el centro de escena. Esta consideración es particularmente importante para pensar la extensión rural, puesto que ha habido una matriz de pensamiento que ha “naturalizado” a la misma como una intervención técnica “neutral”, carente de consideraciones políticas. Reflexionando sobre este campo, Jorge Huergo (2004) plantea que las acciones de extensión rural se inscriben siempre en el marco de un horizonte político, puesto que buscan transformaciones ya sea de prácticas, saberes, relaciones o modos de producción.

En la misma línea, reflexionando sobre las experiencias en comunicación popular, María Cristina Mata (2011: 6) plantea que una dimensión constitutiva de este tipo de comunicación tiene que ver con que se asume que el habla popular encierra un conflicto de naturaleza política, lo que marca su “*politicidad*”. La misma está presente en dos sentidos: por un lado, se reconoce y se asume la conflictividad social y se plantea un posicionamiento en ella, al asumir que esta es derivada de la estructura social y, como tal, puede modificarse; por el otro, se plantea que estas prácticas de comunicación y el trabajo con medios de comunicación deben estar insertos en movimientos sociales: “Inserción y organicidad fueron los rasgos decisivos de la politicidad de la comunicación popular como lugar de expresión del conflicto y de bús-

queda de articulaciones capaces de construir espacios de poder” (Mata, 2011: 8). Sin embargo, pese a esta búsqueda la autora señala que en general primó una concepción del poder reduccionista que tendió al rechazo por todo lo que fuera masivo, estatal o de un carácter amplio. Esto condujo a una situación de marginalidad y autonomía que acabó debilitando fuertemente la proyección de estas experiencias en cuanto transformación de la realidad. En virtud de ello el principal desafío para este tipo de comunicación se plantea en tanto necesidad de romper con la lógica de la fragmentación y la marginalidad.

Uno de los grandes críticos a los enfoques que hegemonizaron las prácticas de extensión rural —y tal vez puede considerarse el principal teórico de la racionalidad del reconocimiento en Latinoamérica— fue el brasileño Paulo Freire. En su obra *¿Extensión o comunicación?* publicada en 1973, partiendo del planteo sobre la necesidad de discutir interdisciplinariamente la asistencia al hombre rural, cuestiona la propia denominación de “extensión” por el carácter de donación y mesianismo que implica (propio del pensamiento occidental), en el cual un centro que posee el conocimiento lo “extiende” hacia una periferia que lo ignora. En esta visión —propia de la razón instrumental, como veíamos— se transforma al agricultor en una “cosa” que se debe persuadir para que cambie. Se trata, para Freire, de una visión anti-dialógica que niega al hombre, y puntualmente al campesino, como sujeto de transformación del mundo. En esta perspectiva de invasión cultural se vuelve necesario que el invasor quite (o directamente niegue) significado a la cultura invadida (Freire, 2007: 45).

El eje que plantea Freire para pensar de manera crítica la tarea pedagógica se plantea en términos comunicativos y tiene que ver con la dialogicidad o antialogicidad con la que la misma es llevada adelante (Freire, 2007: 43). Una de las características que tiene la concepción antialogica es la “invasión cultural”, que niega significado a la cultura del otro, reduciendo a los hombres a meros objetos de su acción. Es la educación para el hombre como objeto que tiende a su “domesticación” (Freire, 2010: 28). Esta domesticación es funcional a la reproducción de la ideología dominante, puesto que tiende a la anulación de la política, de acuerdo a la definición que hace Rancière (1996) de la misma, que hemos señalado más arriba.

La distinción entre, podríamos decir siguiendo a Freire, una perspectiva “invasiva” o una perspectiva “dialógica” se vuelve un elemento

constitutivo en términos políticos para pensar la relación con el “otro” que plantea necesariamente la intervención rural. Para que la perspectiva dialógica pueda tener lugar es necesario que se plantee entre los actores involucrados un *reconocimiento del mundo cultural del otro*¹⁹, es decir, un reconocimiento al lugar desde el cual el otro carga de significado y da sentido a su experiencia.

Este enfoque se complejiza y enriquece si se recupera la articulación comunicación/cultura como dimensión de análisis fundamental para las prácticas sociales, tal como se viene planteando en parte de los estudios sobre comunicación en las ciencias sociales latinoamericanas desde comienzos de la década de 1980. Dicha articulación fue planteada de manera fundacional por Héctor Schmucler de la siguiente forma:

Un proyecto de comunicación/cultura no podría continuar sin asumir esta lacerante conciencia. Para empezar deberíamos establecer, conceptualmente una barra entre los dos términos (comunicación, cultura) que ahora articulan y destacan sus diferencias con una cópula. La barra (comunicación/cultura) genera una fusión tensa entre elementos distintos de un mismo campo semántico. El cambio entre la cópula y la barra no es insignificante. La cópula al imponer la relación, afirma la lejanía. La barra acepta la distinción, pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado (1984: 7).

Desde allí se ha buscado pensar a la comunicación no como un objeto en sí, sino como una dimensión estratégica (Martin Barbero 1987, 1992, 2002) que atraviesa las relaciones sociales y a partir de la cual se pueden problematizar los modos en que los órdenes (y los des-órdenes) sociales se vuelven significantes. Desde esta óptica el proceso comunicacional no se reduce a una cuestión de medios, sino que involucra de manera integral el proceso de producción social de sentidos. Esto marca su articulación fundamental con la dimensión cultural. Desde este lugar pensar en la comunicación conduce a pensar en los fenómenos sociales desde su dimensión significativa o de sentido.

Barranquero (2009) denomina a este enfoque de la comunicación en los procesos de intervención social como “paradigma participativo”. Dado el uso y abuso que se ha realizado de la idea de participación a los que hicimos mención cuando hablamos de las políticas de desarrollo rural, consideramos conveniente en este trabajo hablar de una visión basada en el “reconocimiento”²⁰. El mismo solo puede tener lugar a par-

tir de la consideración de la cultura como una matriz de significación inseparable de toda reflexión comunicativa.

4.4. Una perspectiva compleja para este estudio

Hemos planteado, en forma esquemática, las distintas perspectivas que han primado en el campo de los estudios de Comunicación para el desarrollo. Al anclar esta clasificación en tipos de racionalidad, las mismas se corresponden con distinciones más generales que atraviesan todo el pensamiento social y no solo este campo específico. Debemos tener en cuenta que la exposición la hemos realizado en términos dicotómicos, lo que ha llevado en muchos casos a *forzar* de alguna manera lo que han sido muchas posiciones intermedias, o de confluencia entre ambas. Especialmente el campo de la praxis extensionista, como señala Gustavo Cimadevilla (2008a), ha sido dominado por los grises, consecuente con un terreno donde la realidad se revela, generalmente, mucho más compleja de lo que puede expresar un planteo teórico.

En este estudio asumimos una posición crítica, en el sentido expuesto, para pensar las relaciones sociales y el lugar de la investigación social frente a las mismas. No obstante planteamos la necesidad de una revisión y recuperación de elementos e interrogantes teóricos de ambas perspectivas.

En este sentido, en los dos capítulos siguientes trabajaremos lo que hace a una caracterización general del campo de la extensión rural, donde se inserta la praxis cuyas representaciones estudiaremos. Con ese marco histórico e institucional ya trazado avanzaremos con nuestro abordaje específico de campo: las perspectivas de los extensionista respecto a sus prácticas de comunicación con agricultores en el marco programa ProFeder del INTA en la provincia de Misiones. Cabe destacar que nuestro trabajo no aborda las prácticas en sí, sino las representaciones sobre las mismas.

De acuerdo con Roger Chartier (1998) la construcción de las representaciones comporta necesariamente un carácter colectivo, que trasciende al individuo que las produce. Su importancia es que a través de ella podemos interpretar los modos en que se expresan maneras colectivas de percibir y clasificar la realidad y por ello mismo pueden ser comprendidas como la base desde las cuales se producen las orientaciones prácticas en cada individuo²¹. El individuo, a su vez, construye las representaciones

desde marcos colectivos pero realizando una apropiación particular de los mismos en la cual intervienen con fuerza condicionantes de su propia trayectoria sociocultural a la que también debemos prestar atención.

Desde las potencialidades y limitaciones de un enfoque basado en las representaciones nos preguntaremos por el modo en que los extensionistas construyen sentido en torno a sus prácticas de comunicación con los agricultores. A partir de los interrogantes que nos han aportado las líneas teóricas basadas en una racionalidad del reconocimiento, interrogaremos por las dos dimensiones constitutivas con las que se ha pensado la práctica comunicativa desde aquí: i) ¿en qué términos se plantea el reconocimiento cultural de los otros?, ii) ¿cuáles son los sentidos políticos con los que se asume la propia práctica en relación con los otros?

A la cuestión del reconocimiento cultural, ligada fundamentalmente a los planteos de Freire como veíamos, vamos a rastrearla a través de tres vías: a) el modo en que se construye la representación de quién es ese otro (cómo se lo caracteriza en sus rasgos identitarios); b) el lugar desde el cual se “interpela” al otro, es decir se construye en el discurso el tipo de vínculo que une y distancia a los técnicos con los agricultores; c) y el modo en que se representan los saberes que tienen los otros y que están presentes en el proceso de intervención. Se trata de tres vías o momentos interdependientes que solo pueden ser vistos en momentos diferentes a los fines analíticos, pero que claramente en la práctica se vinculan como un todo.

Por su parte, para abordar la cuestión de los sentidos políticos —o la politicidad— que se construye en torno a la propia práctica extensionista en relación con los agricultores también proponemos tres vías de indagación: a) los tipos de enfoques en que se concibe el desarrollo rural, en tanto horizonte futuro deseado para el medio rural; b) el rol que se asigna a la práctica de extensión rural en la construcción de ese horizonte futuro; y c) los significados respecto a las articulaciones y vinculaciones con otros actores institucionales y políticos que se plantean para llevar adelante la propia práctica extensionista (lo que señala la organicidad del trabajo extensionista).

Finalmente, una vez desplegada la mirada sobre las dimensiones de los sentidos políticos y del reconocimiento cultural del otro vamos a recuperar los interrogantes hacia las prácticas de comunicación desde una perspectiva instrumental. Con ellos buscamos pensar en los modos y los medios en que se produce la comunicación entre los técnicos y los

agricultores. Para hacerlo nos valdremos de un análisis de las representaciones de las prácticas por parte de los extensionistas a partir de las “categorías intermedias” (Saur, 2008) planteadas por Gustavo Cima-de-villa: acciones, interacciones y comunicaciones.

Notas

1 Cabe destacar que en el marco del Estado Moderno la planificación adquiere un rol clave, y dentro de la misma el uso del conocimiento será visto como un eje central para lograr el cambio social. La visión del desarrollo en este marco va estrechamente unida a la idea de planificación y ‘expansión’ del conocimiento. En este marco la participación de académicos en la gestión estatal del desarrollo constituye uno de los rasgos distintivos de las instituciones de planificación nacional (Schiaivonni y De Micco, 2008: 15).

2 Esta racionalidad está en la base de la sociedad industrial moderna que tanto impacto tendrá en la agricultura y la vida rural como veremos más adelante. Como plantea Armand Mattelart para referirse a este proceso “la alianza entre industriales y sabios positivos instaura un modo inédito de gestión, orientado no ya hacia el ‘gobierno de los hombres’ sino hacia la ‘administración de las cosas’” (Mattelart, 2002: 36).

3 Aunque, como veremos más adelante a partir de los planteos de Paulo Freire, lo trasciende puesto que va más allá que el mero encuentro entre sujetos racionales, reconociendo la conflictividad y asimetrías en las que se asientan las relaciones sociales.

4 Señalamos esto siguiendo los planteos de Alejandro Grimson cuando afirma que en ciencias sociales en Latinoamérica suele apelarse al concepto de crisis de una manera que impide ver que las crisis se abren y también se cierran, a partir de lo que el autor señala como “recomposiciones hegemónicas”. Así, la crisis cultural es definida como “el período en el cual se produce una sensación colectiva de liminalidad, de que algo ha llegado a su fin, o de que un sentido crucial se ha tornado obsoleto, y no se impone otro régimen de significación que pueda otorgar certidumbres mínimas a la sociedad” (Grimson, 2011: 14-15). Y más adelante el autor advierte: “en los períodos no críticos las personas habitan los sentidos comunes instituidos en una configuración y actúan en función de ellos” (Grimson, 2011: 33). Es en este sentido como planteamos el 2001-2002 como un período de “crisis” y el período abierto a partir del año 2003 como una recomposición hegemónica, fundamentalmente en lo que hace al reconocimiento colectivo en torno a la figura del Estado.

5 Laclau y Mouffe aclaran que esto no implica situarse en una posición idealista respecto a la realidad, más bien buscan no reducir lo discursivo a lo lingüístico y comprender que lo discursivo está anudado de manera fundamental e inseparable con la existencia material de la realidad.

6 Respecto de ello, Alejandro Grimson señala: “si en toda relación social hay circulación de poder, en toda configuración el poder adquiere las particularidades de la hegemonía; esto es, de la producción de sentidos comunes y subalternizaciones naturalizadas. Una hegemonía no es la anulación del conflicto, sino, más bien, el establecimiento de un len-

guaje y un campo de posibilidad para el conflicto (Grimson, 2011: 46). Es por ello que abordar la realidad social, implica confrontar con relaciones de poder, formas de dominación construidas históricamente que aparecen muchas veces desdibujadas como tales bajo la forma de un orden social “natural” o “lógico”, al cual desde el pensamiento crítico se puede contribuir a poner en debate, y por ello “politizar”.

7 Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140507114442/Cuaderno-CLACSO-N11-SegEpoca.pdf>

8 Es el caso de lo que está sucediendo en la región chaqueña, donde buena parte de su población rural se aproxima más al tradicional modelo campesino y a causa del avance de las fronteras sojera y ganadera se viene sucediendo un acelerado proceso de expulsión, desmontes y desalojos tanto de indígenas como de campesinos. Algo semejante a lo ocurrido también en la provincia de Santiago del Estero y que se encuentra en la base de la formación del Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero (MOCASE) durante la década del 90; quizás el movimiento de tipo “campesino” más grande de la Argentina desde la recuperación democrática. Durante generaciones y generaciones sobre esas tierras vivieron familias que practicaron una economía doméstica de subsistencia –sin acumulación de capital–. Por la escasez de agua y la distancia con los grandes centros urbanos y puertos, gran parte de estas tierras no eran atractivas para el despliegue de sistemas productivos integrados a la exportación. En las últimas décadas, a raíz de los cambios climáticos y los avances tecnológicos (como veremos en el próximo capítulo) esas extensas regiones se volvieron relativamente aptas para obtener rentabilidad sobre la base de monocultivos para exportación. Así, los campesinos e indígenas que habitaron esos lugares desde tiempos ancestrales comenzaron a ser despojados violentamente de sus tierras por no tener los títulos de propiedad legal (hasta entonces innecesarios). En su mayoría los títulos de esas tierras fueron comprados a precio vil por abogados, funcionarios y empresarios agrícolas de la región pampeana que volcaban allí sus excedentes de capital agropecuario.

9 Datos de la Organización para la Agricultura y la Alimentación de las Naciones Unidas (FAO). Disponible en <http://www.fao.org/docrep/003/w2612s/w2612s06.htm>

10 La noción misma de desarrollo reconoce su adopción internacional a partir del discurso de toma del poder del presidente norteamericano Harry Truman en 1949, cuando introdujo el término “sub-desarrollado” para referirse a los países del hemisferio sur (los países periféricos). De esta manera se recicla el mito evolucionista de un progreso –un desarrollo– lineal, que tiene a las civilizaciones de los países centrales como la vanguardia a la que deben aspirar los países periféricos. Así se deja al margen la cuestión central de que el “desarrollo” de los países centrales se hace a costa de la explotación de los países (desde entonces denominados de manera hegemónica como) sub-desarrollados. La era del desarrollo planteada por Truman corresponde al desenfrenado avance del capitalismo y estímulo al consumo a nivel planetario que se impulsa desde los países centrales, con Estados Unidos a la cabeza (Huerco, 2005).

11 Refiriéndose a esto Jorge Huerco señalará también que las ideas del difusionismo desarrollista servirán de marco para llevar adelante el plan diseñado por Estados Unidos para América Latina, conocido como Alianza para el Progreso. El mismo, de acuerdo con este autor “fue un plan de asistencia financiera y técnica que tuvo tres áreas de aplicación: la familia, la educación y el ámbito rural. De allí se derivaron tres tipos de políticas: las de planificación familiar, alfabetización masiva a través de los medios de comunicación y modernización de la vida rural” (Huerco, 2004: 9).

12 Se plantea la maduración en el sentido de que fueron los propios misioneros católicos quienes, a partir de la praxis y el contacto con la realidad campesina, advirtieron las limitaciones para superar la pobreza rural que planteaban a partir de la sola alfabetización o la transmisión de conocimientos tecnológicos, puesto que la misma se asentaba en la explotación más que en la ignorancia de las tecnologías productivas modernas; esto dio paso a la necesidad de la organización política como vía para disputar el reconocimiento y cumplimiento de los derechos sociales básicos.

13 En este marco de producciones de monocultivo, la investigación se centró en ‘productos’ y no en sistemas productivos.

14 En efecto, en una primera etapa los estudios de comunicación para el desarrollo estuvieron dominados por la Teoría de la Modernización (Beltrán, 2007: 152). Desde una perspectiva crítica Francisco Caporal caracterizará a la misma como un proceso de transformación capitalista de la base técnica de la producción agrícola, “que no sólo implica la subordinación de la actividad agrícola a sectores industriales, sino que también resulta de la pérdida de conocimientos tradicionales y elementos de la cultura de individuos y grupos sociales involucrados en el proceso y persuadidos de cambiar su modo de pensar y actuar frente a los desafíos y riesgos cotidianos que les impone el hecho de ser agricultores (Caporal, 1998: 117).

15 Luego de la primera publicación de esta obra el autor pasó a desempeñarse en la Universidad de Stanford.

16 Idéntica lógica desplegó la Conquista de América en primer lugar y la instauración del Estado Moderno argentino posteriormente con su respectivo proceso de ocupación territorial, su lengua, su religión y su sistema educativo. En estos casos la principal víctima del progreso serían los pueblos indígenas, también atacados por este impulso modernizador.

17 Esta clasificación de las “actuaciones comunicativas” que plantea el autor son independientes y no guardan relación con el sentido político o reconocimiento cultural que pueden dar los actores a sus propias actuaciones (aspectos centrales desde la racionalidad del reconocimiento como veremos a continuación).

18 Cabe destacar que en esta perspectiva de corte macro, si bien desde una posición política diferente a la señalada anteriormente, primó en muchos casos un tipo de racionalidad instrumental para pensar en propuestas de comunicación alternativa que en su concepción siguieron postulados del modelo matemático de la información.

19 En el plano pedagógico el reconocimiento del universo vocabular del otro se revela como un elemento clave en este sentido, por ser el habla un espacio privilegiado para la observación de significados.

20 La ausencia del reconocimiento del mundo cultural del otro es uno de los principales elementos cosificadores e invasivos –en los términos culturales señalados por Freire– para el enfoque difusionista de la comunicación extensionista.

21 Como recuperábamos de los planteos de Laclau y Mouffe (1985), asignar este rol a las representaciones no implica asumir una posición “idealista” de la realidad, sino comprender que la existencia material de la realidad está, para la experiencia humana, indisolublemente asociada con la construcción de representaciones de tipo simbólicas.

Capítulo II. La extensión rural pública argentina. Conceptualización y trayectoria histórica

Una de las cuestiones centrales en el proceso de construcción de nuestro objeto tiene que ver con lo señalado por Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2009: 39) respecto a la necesidad del “rechazo de todos los intentos por definir la verdad de un fenómeno cultural independientemente del sistema de relaciones históricas y sociales del cual es parte”. Se trata, en definitiva, de aportar al objetivo básico del trabajo intelectual de acuerdo con lo planteado por Martin Barbero

luchar contra el acoso del inmediateismo y el fetiche de la actualidad poniendo contexto histórico, “profundidad” y una distancia crítica que le permita comprender y hacer comprender a los demás el sentido y el valor de las transformaciones que estamos viviendo (2011: 28).

Es por ello que planteamos en este capítulo una reconstrucción de los enfoques teóricos que han guiado las prácticas de extensión rural, así como también un repaso a su trayectoria histórica en nuestro país. Esta base nos servirá para una mejor construcción de interpretaciones en los capítulos siguientes.

1. La extensión rural: conceptualización y enfoques teóricos

1.1. Definición conceptual de extensión rural

Utilizamos el concepto de extensión rural para hablar de “un tipo de actividad, en este caso caracterizado como servicio público, realizado por entidades del Estado y dirigido a enfrentar problemas generales del desarrollo en un espacio geográfico específico identificado como medio

rural” (Caporal, 1998: 39). Cualquiera sea la acepción que se tome para este concepto, no está libre de condicionantes de tipo histórico, políticos y culturales en sentido amplio.

Como tal, nos interesa enfocar en lo que hace a la “práctica extensionista” es decir el campo de acción en el que esta intervención efectivamente sucede. Entendemos a la práctica extensionista como

el conjunto de actividades prácticas y teóricas que desarrollan los extensionistas para impulsar tareas, acciones, estrategias y propuestas de acción locales y regionales en función de determinados fines construidos por los enfoques de extensión, sus propias visiones y las condiciones concretas de trabajo determinadas por los contextos histórico-sociales donde desarrollan sus experiencias (Alemany, 2012: 151).

Este concepto nos es de utilidad para este trabajo por distintas cuestiones. En principio recupera la necesidad de pensar la realidad en tanto que unidad indisociable entre reflexión y acción o, dicho de otro modo, entre representación y práctica. Además plantea la necesidad de un abordaje que contemple al menos tres dimensiones para contextualizar la praxis extensionista: en primer lugar los enfoques sobre la extensión rural vigentes en un tiempo histórico las cuales están íntimamente ligadas a la visión del “desarrollo” en tanto horizonte político como vimos anteriormente y profundizaremos a continuación. Por otra parte, el autor plantea las “condiciones concretas” lo que implica desde nuestra perspectiva recuperar por un lado el marco institucional de esta práctica laboral, así como el contexto socio-territorial donde tiene lugar el trabajo extensionista¹. Finalmente está la necesidad de abordar la visión del propio extensionista –atravesada por racionalidades que lo trascienden– respecto a su práctica la cual, agregamos, puede comprenderse mejor recuperando la trayectoria cultural del mismo.

1.2. Enfoques de extensión rural: perspectivas convencionales y alternativas

Vamos ahora a recuperar lo que han sido los principales “*enfoques de extensión rural*”, en tanto perspectivas teóricas que han logrado mayor influencia en este campo de acción. En este sentido, Sevilla Guzmán (2013) distingue, como marcos conceptuales, dos grandes ramas vincu-

ladas al pensamiento social agrario: una convencional y otra alternativa. Desde nuestra perspectiva podemos decir que la primera tiene una vinculación más directa con una matriz de pensamiento instrumental; mientras que la segunda va más en línea con lo que venimos planteando como racionalidad del reconocimiento. Consecuentemente, la primera ubica en el centro a la ciencia y los objetivos que se trazan desde los centros políticos urbanos con respecto al destino que debe seguir el mundo rural; en tanto que la segunda recupera, de distinta manera, un enfoque de los espacios rurales en tanto que territorios habitados por actores dotados de una racionalidad que no debe ser sacrificada en pos del “progreso”².

Siguiendo a este investigador español se puede señalar que el origen de las perspectivas convencionales se remonta a la primera institucionalización de los servicios extensionistas en Estados Unidos. Ahí se encuentra la génesis misma del término “extensión”, que si bien ha sido fuertemente criticado luego por el carácter invasivo que presupone, nunca habrá de abandonarse hasta la actualidad. El mismo proviene del modelo americano “*land grant University*”, que significa llevar la universidad “tierras adentro” o bien “expandir” el conocimiento desde un centro de aprendizaje hacia aquellos que lo necesitan pero se encuentran alejados de dichos centros (Schiavonni y De Micco, 2008: 17).

Haciendo una síntesis de los planteos de Sevilla Guzmán (2013) podemos señalar las siguientes perspectivas teóricas en el marco del pensamiento agrario “convencional”:

a) La *Sociología de la vida rural*, de fuerte influencia en las décadas del 50 y 60 en Latinoamérica. Es una de las vertientes que confluyó en la creación y organización de los sistemas de extensión rural públicos en nuestro continente, entre ellos el INTA; el acento de la extensión se pone básicamente en una asistencia técnica que apunta fundamentalmente a la familia rural; se asume la necesidad de ‘llevar la ciencia al campo’ asumiendo la superioridad cultural del mundo urbano por sobre el mundo rural.

b) La *Modernización Agraria y el Cambio Social Rural Planificado*. Esta es una de las vertientes que mayor influencia alcanzó en los servicios de extensión rural públicos en Latinoamérica a partir de la década del 70, llegando a instalarse como “sentido común” en muchos casos para pensar la tarea y la metodología de la extensión rural. Con una fuerte visión en la comunicación difusionista apunta aquí a “sacar del atraso” a los pobladores rurales o campesinos a partir del cambio de lo que se

considera como la mentalidad atrasada de los mismos, convenciéndolos de la adopción de innovaciones y tecnologías modernas; se identifica a los rasgos culturales campesinos que se alejen del *homo economicus* como un obstáculo que debe ser superado con el progreso científico.

c) La *Sociología de la Agricultura*, introduce matices importantes en relación con la visión anterior, asumiendo la posibilidad de que coexistan ciertas formas de manejo campesino con la agricultura industrial e introduce críticas al manejo industrial de la producción de alimentos desde un punto de vista sociológico.

d) El *Desarrollo Rural del Farming System Research* y la *Agricultura Participativa*. Esta perspectiva, más reciente en términos históricos, recoge gran parte de las críticas desde enfoques sociales y medioambientales a los encuadres anteriores y pone un mayor acento en la necesidad de participación de la población rural en el diseño y ejecución de los proyectos extensionistas. Han sido las perspectivas hegemónicas de las agencias internacionales de desarrollo, perdiendo muchas veces el potencial transformador desde el cual surgieron las visiones críticas que nutren a estos enfoques en nuevos mecanismos de dependencia. Se introduce cierta variable de la participación, sobre todo desde aspectos metodológico-formales, pero sin abandonar el eje en el productivismo como fin básico del desarrollo rural.

Todas estas perspectivas comparten una visión de la tecnología que ha conducido al actual “manejo industrial de los recursos naturales”. En este proceso:

la agricultura, la ganadería y la forestería han ido quedando relegadas a meras ramas de la industria; el conocimiento local; campesino y/o indígena (generador por siglos de la sustentabilidad ecológica del planeta) ha sido sustituido por el conocimiento científico y consecuentemente, el resto de los proyectos civilizatorios existentes en las demás identidades socioculturales han ido paulatinamente plegándose a la *Modernidad* etnocéntrica, impuesta por este tipo de expansión europea; ideológica y sobre todo material, de coerción económica y bélica (cuando falla la primera), en un proceso de reproducción y disolución de todo lo ajeno a su capitalismo devorador; aunque siempre maquillado bajo liberales y democráticos mecanismos de dominación (Servilla Guzmán, 2013: 87).

Si bien no ha llegado a gozar nunca de la aceptación del sistema de

expertos, dentro del pensamiento social agrario existen importantes corrientes alternativas con sus respectivas trayectorias históricas. Las mismas también reconocen, en general, sus orígenes hacia finales del siglo XIX y primera mitad del XX. A estas corrientes el autor las agrupa del siguiente modo:

a) *Neonarodnismo* (populismos rusos) y *marxismo heterodoxo*. Incluyen perspectivas que enfocan en el espacio rural planteando que este se rige históricamente por lógicas que no pueden ser comprendidas desde la perspectiva capitalista del lucro, y que las mismas no son “residuos anacrónicos” condenadas a desaparecer con el avance del capitalismo. Rescata entre otros el fuerte plano moral en el que se mueve el campesinado y las ideas de propiedad comunal. Merecen citarse al respecto los trabajos de Kautsky y Chayanov que analizan la situación del campesinado ruso, como los de Juan Carlos Mariátegui y su planteo sobre la economía comunitaria indígena, que reivindica la vigencia de un manejo agrícola desde la cosmovisión andina.

b) Las *Teorías de la Dependencia y el Subdesarrollo*. Cuestionan la posibilidad de alcanzar el “desarrollo” de los países centrales al plantear que justamente los beneficios materiales de los que gozan se asientan en la explotación y subordinación de las economías periféricas a las que plantean como “subdesarrolladas”. Se plantea la necesidad de un desarrollo alternativo que no siga los patrones de los países centrales occidentales. Hay también una fuerte crítica al evolucionismo unilineal planteado desde occidente.

c) Los *Estudios Campesinos*. Recuperan elementos de la primera de estas corrientes, se plantea una reivindicación del manejo ecológico de los recursos naturales planteados por las sociedades tradicionales que en su gran heterogeneidad mantienen una propuesta de manejo medioambiental sustentable. Se ubica muchas veces dentro de esta orientación teórica una visión del campesinado como un sujeto con posibilidades de transformarse en agente revolucionario capaz de hacer frente al capitalismo. Se realiza también una fuerte reivindicación a los conocimientos campesinos tradicionales.

d) La *Agroecología*. Busca recuperar elementos de las corrientes alternativas en una propuesta interdisciplinaria, intentando trascender las fronteras entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. En principio se parte de una economía ecológica que realiza una crítica al funcionamiento económico global. Entre sus particularidades se destaca la asig-

nación de un fuerte rol a la intervención del Estado para poder hacer frente a la hostilidad del neoliberalismo a la que son sometidas las experiencias de producción agroecológicas. Se hace también una fuerte defensa del desarrollo endógeno local a partir de una agricultura participativa. La dimensión ecológica apunta más al proceso agrícola productivo, en tanto que las dimensiones socioeconómica y cultural se centran en el proceso de circulación y en una resignificación de las relaciones entre productores y consumidores. La dimensión política considera fundamental consolidar estructuras organizativas capaces de disputar el Estado y las políticas públicas para hacer frente al sistema de dominación política en que se encuentran las experiencias productivas en la actualidad.

Se trata en todos los casos de breves síntesis respecto a perspectivas paradigmáticas que nos sirven, como hemos señalado, para organizar nuestras interpretaciones respecto a las representaciones en torno a las prácticas de extensión y su relación con el desarrollo rural. Vamos a pasar, ahora sí, a una revisión del proceso histórico en el que se fue conformando la extensión rural en Argentina.

2. Perspectiva histórica de la extensión rural en Argentina

La distinción entre las dos grandes ramas de enfoques —convencional y alternativo— sobre el pensamiento agrario se corresponde con el trazado de las dos grandes trayectorias históricas desplegadas por la extensión rural en la Argentina que realiza Carlos Alemany (2012). De acuerdo con el autor, la primera ha sido la hegemónica y ha estado vinculada a fuerzas económicas, políticas y militares que impulsaron procesos neocoloniales de dependencia, concentración y expulsión; por su parte la segunda se ha vinculado a las fuerzas sociales y políticas que los enfrentaron y enfrentan con propuestas alternativas más autónomas e inclusivas. Entre ambas posiciones, al igual que con las perspectivas comunicacionales, pueden reconocerse situaciones de distinto tipo y sin duda la dicotomía planteada en estos términos no se condice con muchas de las experiencias, las cuales más bien conviene ubicar en zonas grises. No obstante, el poder dicotómico de la clasificación viene dado por su utilidad analítica en tanto que tipologías ideales en el sentido planteado por Max Weber.

Para esta recuperación histórica que a continuación presentamos, vamos a tomar como material de referencia la tesis doctoral de Carlos

Alemaný, *Elementos para el estudio de la dinámica y la evolución de la extensión rural en Argentina* (2012). Se trata quizás de la obra más completa y documentada en relación con este tema. Asimismo buscaremos enriquecer y reapropiarnos de esa perspectiva con aportes de la tesis doctoral de Francisco Caporal sobre la extensión rural en Rio Grande do Sul, Brasil (1998), la *Historia del Agro Argentino* escrita por Osvaldo Barsky y Jorge Gelman (2009) y algunos otros textos de historia argentina.

2.1. La circulación de conocimiento agrario en los pueblos originarios

En el sentido estricto, la expresión *extensión rural* queda acotada a una “invención” institucional moderna. No obstante, es posible interpretarla en un sentido amplio en tanto una construcción colectiva de circulación de saberes para facilitar los procesos de aprendizaje respecto a los conocimientos e innovaciones para el buen vivir en las sociedades rurales (Alemaný, 2008).

De acuerdo a los hallazgos arqueológicos con los que se cuenta se calcula que hace 30.000 años comenzó el poblamiento de América a través del Estrecho de Bering. A la Argentina los primeros grupos humanos habrían llegado entre 13.000 y 10.000 años atrás (Barsky y Gelman, 2009: 24). El poblamiento de las distintas regiones se fue dando en distintas épocas y con características diferentes, motivado en gran medida por la gran diversidad ecosistémica con la que cuenta el territorio argentino.

Independientemente de su diversidad, se señala que los pueblos originarios plantean un paradigma común simbolizado en el “buen vivir” (Alemaný, 2012: 192). A diferencia de la sociedad occidental, “para los pueblos originarios la naturaleza no es solo un medio extractivo, ni siquiera es simplemente el espacio primordial para la agricultura o la caza” (Alemaný, 2012: 193), más bien es el lugar de lo sagrado y lo vital. Desde una comprensión espiritual allí habita la memoria mítica, ancestral, de la cual el pueblo obtiene su significado vital. “Aún cuando cada una de estas sociedades tuvo una cosmovisión particular respecto al ambiente en que habitaron, en todas ellas el cuidado de los bienes naturales y comunales ocupa un importante lugar dentro de los valores indígenas” (Alemaný, 2012: 193). Dentro de esta cosmovisión, el ser humano es un elemento más entre todo lo creado y está a su mismo nivel.

Una de las características para pensar los procesos de aprendizaje tiene que ver con la vinculación de este con un sentido ético. El plano sagrado y el plano físico no operan en “esferas separadas”³, de igual modo que cuerpo y espíritu son una sola unidad. En este marco la pedagogía comunitaria se encuentra ligada fuertemente a la experiencia, a la acción, a la práctica. “El proceso de aprendizaje se daba, al igual que en las sociedades modernas por alguna de estas posibilidades: imitación/sugestión y ensayo/error” (Alemany, 2012: 203).

Para Alemany, en los procesos de innovación y circulación de conocimiento para la vida rural que hoy denominamos como “extensión rural”⁴, el elemento central lo constituye la “*endogeneidad*”, siendo cada grupo comunitario el que organiza su propio sistema de construcción y circulación de conocimientos agrarios. Allí la utilización de los recursos naturales se encuentra en correspondencia con la cosmovisión general del plano sagrado, donde es la propia comunidad la que a través del diálogo generacional facilita la circulación de los conocimientos para el buen vivir.

2.2. La construcción de la Argentina agroexportadora: 1850-1930

La Conquista introdujo cambios de enorme significación en la vida de los pueblos indígenas y el futuro de los ecosistemas nativos. Estos cambios

tienen que ver con diversos procesos que incluyen la destrucción que genera la guerra y el cambio de valores culturales de las sociedades locales, la expropiación de los recursos acumulados durante generaciones por algunas de estas sociedades, la ocupación de sus tierras y la imposición de formas de esclavitud inicial de la población indígena (Barsky y Gelman, 2009: 39).

Solo muy lentamente en algunas regiones pampeanas a través de la extraordinaria proliferación que tuvo el ganado traído (y abandonado) en la primera fundación de Buenos Aires por la gran expedición al mando de Pedro de Mendoza en la primera mitad del siglo XVI (Busaniche, 2006) se fueron organizando sistemas agrarios alrededor de pequeños poblados, al igual que en zonas del litoral con el avance de las misiones jesuitas.

Durante el período colonial, las producciones agropecuarias fueron principalmente de subsistencia, destacándose la producción de mulas para Potosí en la zona de Córdoba y el ganado lanar y vacuno en la pampa bonaerense; la elite de Buenos Aires se componía fundamentalmente de funcionarios y comerciantes ligados al puerto. No obstante, hacia el final del período colonial habían crecido bastante las estancias ganaderas de la mano de la introducción de los saladeros. Más allá de la notable expansión ganadera que se dio en las praderas pampeanas, ha sido hacia mediados de siglo XIX cuando el país, luego de la batalla de Caseros, entró en su proceso de organización política moderno conformando su perfil agroexportador que habría de acompañarnos hasta nuestros días.

En sentido estricto se plantea que los antecedentes de la moderna extensión rural, en tanto difusión de conocimientos técnicos en el ámbito de la producción rural, pueden encontrarse en lo que fue el sistema de extensión rural de la elite terrateniente argentina del siglo XIX. Este grupo, vinculado al puerto de Buenos Aires “necesitó desarrollar un sistema de información y conocimiento que le permitiera obtener los nuevos saberes científicos y técnicos para realizar los ajustes y cambios tanto en el tipo de producciones, como en la modalidad de llevarlas a cabo” (Alemany, 2012: 228). Las dos estructuras institucionales fundamentales de esta elite terrateniente fueron “la Sociedad Rural Argentina y el Club del Progreso, precursor del Jockey Club (...) desde esta institucionalidad, su dominio de la economía era más completo. Tenían en sus manos todos los hilos de la actividad nacional” (Alemany, 2012: 229).

Los frecuentes viajes a Europa de sus miembros servían al objetivo de traer de aquellos lugares las nuevas técnicas productivas, así como información de los mercados internacionales adonde se orientó desde un primer momento la producción agropecuaria nacional a gran escala. “La utilización de la ciencia y la técnica, estaban así restringidas a la naciente oligarquía que incorporaba la dimensión tecnológica a su proyecto de poder” (Alemany, 2012: 236). La difusión de los avances científico-tecnológicos se materializaba de tres formas: a) trayendo expertos europeos que dictaban conferencias (muchas veces veterinarios dado el peso de la ganadería en este esquema productivo); b) mediante reuniones; y c) a través del periódico *Anales de la Sociedad Rural Argentina*. Todos ellos brindaban información especializada para los socios ganaderos de la entidad. De acuerdo con Alemany, la plataforma de di-

fusión horizontal que significó la publicación de *Anales* donde se daba el intercambio de experiencias tuvo una enorme eficacia.

Se debe considerar el peso que tuvo la expansión agrícola-ganadera en la economía argentina entre 1880-1914 que determinó el mayor crecimiento de PBI per cápita del mundo (sostenido sobre una brutal desigualdad distributiva), y un aumento exponencial de exportación de materias primas. Para el caso de la ganadería, que fue la base productiva de la elite terrateniente y de la SRA (Sociedad Rural Argentina), el volumen físico para exportación entre esos años aumentó 18,8 veces. Un crecimiento que tuvo su base de sustento en la incorporación de nuevas tierras productivas⁵ y en los procesos de innovación tecnológica que tuvieron lugar por entonces (Barsky y Gelman, 2009: 180-181). La importancia de la difusión tecnológica en este sector y su incidencia en el crecimiento agroexportador se refleja en las publicaciones orientadas a la ganadería que traían abundante información técnica. Luego de *Anales*, surgieron en este período “publicaciones como *La Agricultura*, *El Campo y el Sport*, *La Semana Rural*, la *Revista de Ganadería*, *La Campaña*, *La Granja Nacional*, el *Noticiero Agrícola*, que difunden masivamente la oferta disponible de tecnología agropecuaria nacional e internacional” (Barsky y Gelman, 2009: 184).

En el marco de esta Argentina agroexportadora de la segunda mitad del siglo XIX y de la consolidación de una oligarquía terrateniente como clase dominante tuvo lugar otro enfoque de extensión agrícola orientado a los agricultores inmigrantes. Esto se dio cuando el grueso de la expansión agropecuaria de la región pampeana ya se había realizado. En 1872 se constituyó el Departamento de Agricultura y en 1898 se creó el Ministerio de Agricultura que para 1903 alcanzaba un presupuesto que iba del 2 al 3% del presupuesto nacional (Alemany, 2012: 221). Por entonces el interés central estuvo puesto en la región pampeana y en este contexto surgieron las carreras de Agronomía y Veterinaria en La Plata y Buenos Aires, con cuerpos de docentes en gran medida extranjeros. La agenda de investigación se orientó a las demandas urgentes del sector de los grandes ganaderos (Alemany, 2012: 248).

Cuando hacia 1910 se frena el proceso de expansión horizontal de la agricultura en la región pampeana con la incorporación de tierras, comienzan las preocupaciones para incrementar los volúmenes de producción. Surge allí el sistema estatal de enseñanza agrícola. El mismo se orientó en base a dos niveles educativos con objetivos distintos: por

un lado estaban las “escuelas especiales”, destinadas a preparar profesionales con conocimientos científicos para organizar y administrar un establecimiento agropecuario con un espíritu comercial. Por otra parte estaban las “escuelas prácticas” destinadas a la masa general de la juventud rural compuesta por hijos de agricultores y de inmigrantes; en las cuales se prescindía totalmente de las materias teóricas, basándose puramente en el entrenamiento en prácticas de las labores agrícolas-ganaderas (Alemany, 2012: 253).

2.3. Crisis del capitalismo mundial y la construcción de la Argentina industrial: 1930-1955

La crisis del capitalismo mundial en los años 30 tuvo fuertes consecuencias en la trayectoria política y económica de Argentina: “el colapso del orden mundial que había encuadrado el crecimiento fundado en las exportaciones de productos primarios reveló la inviabilidad del sistema primario exportador” (Ferrer, 1999: 66). El modelo agroexportador había perdido su base de sustentación externa. Comenzó un proceso de transición económica con un notable incremento de la desocupación. A mediados de la década comienza a darse la aparición de las industrias, más como respuesta a la falta de divisas para comprar los productos importados que como producto de un plan de industrialización (Alemany, 2012: 270).

Uno de los fenómenos que irrumpen en la Argentina de ese entonces es el crecimiento urbano:

por primera vez la población rural total del país desciende en números absolutos entre 1930 y 1938, bajando de 3.580.000 a 3.320.000 personas, y en términos porcentuales cae del 32 al 26%. La población urbana representa ahora el 74% del total, y dentro de ella se destacaba el conglomerado urbano de Buenos Aires, que con 3.500.000 habitantes se ubicaba en el segundo lugar de América después de Nueva York (Barsky y Gelman, 2009: 343).

Por su parte, la Segunda Guerra Mundial hizo que se sostuviera la demanda mundial de carne pero que se dificultaran muchas de las importaciones. Comenzó en ese contexto una disputa entre dos sectores de la elite conservadora: la oligarquía terrateniente tradicional y la oli-

garquía terrateniente con enfoque agroindustrial. Asimismo, la progresiva industrialización generó ocupación en los centros urbanos lo que motivó una fuerte migración del campo a la ciudad y la expansión de la clase obrera argentina. En ese marco social surgió el peronismo⁶.

Durante el peronismo, el sector agrario en gran medida fue el proveedor de recursos financieros externos para el desarrollo de la industria nacional. No obstante hubo un cambio de orientación de acuerdo al contexto internacional macroeconómico. En un principio las prioridades apuntaban a lograr una reforma agraria atacando el latifundio, en ese primer período se sanciona el Estatuto del Peón Rural y se da la titularización de numerosas propiedades de pequeños productores, también hay expropiación de algunos grandes latifundios. Es una época de fuerte expansión y ocupación de las economías “extrapampeanas”. No obstante, la necesidad de divisas externas provocó una importante reorientación en ese sentido hacia el año 1949 y fuertemente a partir de 1952; se postergó la realización de una Reforma Agraria y se apuntó nuevamente al fortalecimiento de la gran explotación agropecuaria por ser la estrategia más dinámica y efectiva en el corto plazo para el ingreso de divisas internacionales.

En Ciencia y Tecnología hubo un fuerte desarrollo en todo lo que hace al desarrollo industrial, pero no ocurrió lo mismo en relación con la agricultura. Si hay un elemento singular que atraviesa todo el proceso productivo hasta fines de la década del 50, de acuerdo con Barsky y Gelman (2009: 373), “es el bajísimo interés mostrado por los distintos sectores que se turnaron en el poder político para construir una estructura estatal apta para generar y difundir tecnología agraria”⁷. En este sentido Alemany señala que el esquema institucional extensionista en este período fue débil; aunque a partir de 1952 comenzaron experiencias piloto que tomaron como perspectiva teórica el paradigma educativo de la sociología rural norteamericana⁸, con estrategias diferenciadas para las mujeres, los jóvenes y los hombres adultos (Alemany, 2012: 314).

2.4. El desarrollismo y el nacimiento del INTA: 1956-1976

En diciembre del año 1956 se crea el INTA, institución estatal que a partir de allí se encarga también de gran parte de la investigación científico-tecnológica en torno a la producción agraria y el mundo rural. Desde entonces este instituto ha sido el principal instrumento de las

políticas públicas de extensión rural. Su concepción inicial apunta a contribuir a la modernización del agro argentino con la finalidad de que aporte las divisas necesarias para la maduración y competitividad del sector industrial. Entre las causas que se indican para explicar el nacimiento de la institución se encuentra la fuerte influencia que en el pensamiento desarrollista de la época tuvo la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Creada en 1948 como organismo dependiente de la Organización de Naciones Unidas (ONU) esta institución nucleó a un conjunto de economistas liderados por el argentino Raúl Prebisch de cuyas recomendaciones al gobierno argentino se tomó la necesidad de fundar un organismo estatal como el INTA.

En términos de política pública significó un giro respecto al período anterior:

contando con generosos recursos estatales, la institución agrupó ciertos recursos humanos y materiales existentes en la esfera del Ministerio de Agricultura y Ganadería (...) El INTA jugó un papel relevante como el gran convertidor de la oferta tecnológica disponible en el nivel internacional para la agricultura de clima templado, y esto supuso construir una planta propia de investigadores y el desarrollo de distintas variedades locales que reflejaron los avances obtenidos en los centros internacionales (Barsky y Gelman, 2009: 395-396).

En efecto, se destaca el rápido crecimiento de su estructura institucional. El INTA pronto incorporó distintas unidades y logró alcanzar una cobertura nacional, empleando a 2.848 personas para el año 1959 con una reglamentación que limitaba al 5% el total de gastos que la institución podía realizar en la Capital Federal. La principal vertiente teórica que orientó la extensión rural del INTA fue la sociología rural norteamericana que ubicaba en el “tradicionalismo” rural la responsabilidad de los bajos niveles de producción agraria. Esta visión era funcional al rol asignado para el agro por parte del modelo de desarrollo nacional de sustitución de importaciones que se dio durante los años 50 y 60. La unidad familiar fue la base sobre la cual el proyecto extensionista del INTA implementó su propuesta educativa (Alemany, 2012: 336)⁹.

El INTA, al igual que otros organismos similares que surgieron en aquellos años en Latinoamérica bajo el modelo norteamericano, incluyó la función de extensión e investigación bajo un mismo paraguas institucional; no obstante “a diferencia del modelo de Estados Unidos, no

toman en cuenta dos actores principales: las universidades y centros de formación técnica (como los liceos agrícolas) desde donde debería surgir un extensionista preparado” (Aguirre, 2012: 9).

En forma casi paralela al surgimiento de la extensión rural del INTA –orientada, en una especie de cruzada modernizadora, al grueso de las familias del sector rural– surgió en el año 1957 el movimiento CREA (Consortios Regionales de Experimentación Agrícola) con una extensión rural de tipo empresarial. De acuerdo a Alemany la visión de estos grupos apunta a construir una nueva elite agropecuaria, selecta, de “punta”, inteligente e innovadora y con condiciones para liderar procesos de cambio autónomos del Estado. La metodología consiste en formar grupos de 8 a 12 productores que se reúnen mensualmente y son asistidos por un asesor técnico “de excelencia” con ingresos muy por encima de los técnicos de otros programas o instituciones.

2.5. La extensión emancipadora de los años 70

La extensión rural ha sido llevada adelante con otros enfoques, en correspondencia con otros paradigmas de conocimiento y otros sentidos de construcción política. Precisamente un tipo de extensión diferente es la que Alemany denomina como “extensión crítica emancipadora”. Se trata de la experiencia que irrumpió en los años 60 y 70 en Argentina con lo que fue inicialmente el Movimiento Rural de Acción Católica que posteriormente, en el noreste argentino, derivó en la conformación de las Ligas Agrarias (Ferrara, 2007).

En su origen fue la Acción Católica la que habilitó un espacio para que un gran número de jóvenes comenzaran a trabajar en el área rural como misioneros, realizando tareas de evangelización y de promoción humana a través de la educación. Sin embargo, la propia praxis llevó a que estos jóvenes avanzaran más allá de los límites trazados por la iglesia católica para esta actividad. A partir de una práctica participativa simple basada en el método de “ver-juzgar-actuar” sobre la propia experiencia, la práctica educativa fue conduciendo a realizar un compromiso más allá de la mera transmisión de conocimientos y la tarea evangelizadora por medio de la cual, como se señalaba, se lograría que los campesinos se pusieran en igualdad de condiciones con el resto de la sociedad.

Como marcos conceptuales de estas experiencias se puede señalar la influencia de la Teología de la Liberación y las Teorías de la Depen-

dencia, la comprensión en términos dialécticos de la periferia y la pobreza rural, así como la emergencia de las teorías de Paulo Freire para el trabajo pedagógico planteado a partir de la capacidad humana de interpretar y transformar el propio mundo. Esto derivó en un trabajo con las comunidades rurales que maduró hacia organizaciones de carácter reivindicativo que contribuyó a la emergencia del campesinado argentino como actor relevante en la disputa política.

En relación con la práctica extensionista se manifiesta en esta experiencia el proceso que comienza a desencadenarse cuando se abre un proceso de intervención participativo con sectores populares. Y cómo, a partir del mismo, comienza a producirse un proceso de transformación tanto de la comunidad que puede tomar la palabra y tomar conciencia de manera colectiva de su propia situación¹⁰, como así también de los propios extensionistas que se involucran en este proceso. De alguna manera, este proceso que se inició como evangelizador y transmisor de conocimientos fue movilizado por convicciones que lo desplazaron más allá de sus propios límites, produciendo un quiebre transformador que derivó en conciencia y praxis política. Dirá en este sentido Paulo Freire (2008: 49), que es “la naturaleza misma de la práctica educativa la que conduce al educador a ser político”, y esto sucede porque se trata de una práctica realizada por sujetos, que ponen en juego sus valores, su ética.

La dictadura del 76 destruyó estas organizaciones reivindicativas y persiguió ferozmente las experiencias de luchas sociales, imponiendo una cultura del miedo cuyas huellas es posible reconocer al día de hoy en el sector rural. No obstante, muchas de estas experiencias continuaron y resistieron con una práctica subterránea que luego, al recuperarse la democracia, volvió a emerger, aunque sin la intensidad y la capacidad de movilizar a poblaciones campesinas como entonces.

El abandono que produce el Estado en el campo del trabajo con la familia rural favoreció el avance del trabajo de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que comenzaron trabajando fundamentalmente en el noreste y el noroeste del país; FUNDAPAZ, INCUPO, INDES y CADIF son algunas que se desarrollaron en este marco y consolidaron su trabajo durante los años 80.

Estas ONG justamente fueron las que permitieron la continuidad de este tipo de extensión rural bajo los años de la dictadura militar y también en el marco de las políticas neoliberales de los años 90.

A pesar de su alcance acotado y de sus limitaciones estructurales permitieron que se reconstruyeran micro-propuestas de extensión rural crítica incorporando al trabajo social con los sectores más afectados por el neoliberalismo, entre ellos los campesinos, productores familiares, huerteros y pueblos originarios, nuevas propuestas de organización y de producción como la economía solidaria y la agroecología (...) El énfasis estuvo puesto siempre en los aspectos vinculados a la sustentabilidad social y ecológica de los sistemas rurales intentando generar las bases teóricas y metodológicas para el desarrollo de racionalidades productivas fundadas en la diversidad cultural, la equidad social y la productividad de la naturaleza (Alemany, 2012: 458).

Cabe destacar que la trayectoria de la extensión rural alternativa ha estado también presente en las prácticas de extensión rural desde organismos del Estado, más allá de los modelos de desarrollo hegemónicos impulsados por el mismo. Esto se debe a que, como señala Caporal (1998: 60):

si ni el Estado, ni tampoco sus aparatos de servicio son monolíticos e inmunes a la influencia de las luchas sociales, también no serán inmunes a los embates entre los agentes de la producción y a las demandas y exigencias de ellos hacia el Estado. Asimismo, los propios agentes del Estado no forman un todo homogéneo e indiferenciado, de manera que, dadas ciertas condiciones, su adherencia a intereses antagónicos a los que están establecidos, puede contribuir a un movimiento en contra al “status quo”, en un esfuerzo de transformación de la práctica de las agencias públicas de extensión.

2.6. Dictadura y neoliberalismo: 1976-2002

A mediados de los años 70 se produjeron cambios internacionales y nacionales de fuerte repercusión en la evolución histórica de la extensión rural argentina. La apropiación del Estado en forma ilegítima por parte de las fuerzas de la oligarquía y el capital financiero internacional marcó a sangre y fuego el futuro del país. Uno de los datos significativos que ilustran el alcance de los retrocesos que sufrieron los sectores populares pueden verse en la evolución regresiva de la distribución del ingreso: mientras que en 1975 la clase trabajadora recibía el 48% de la riqueza generada en el país, en 2001 había caído al 18%.

Es sumamente significativo lo que sucedió con el INTA en ese período

do. A partir del año 1974, luego de la muerte de Perón, la institución fue intervenida, perdiendo por primera vez su autonomía y comenzando las primeras listas de “profesionales prescindibles”, conocidas también como listas negras. El 25 de marzo de 1976, un día después del golpe de Estado, tomó el mando un militar de la Marina quien un mes más tarde dejó el puesto a un civil, el abogado David Arias, miembro de la Sociedad Rural Argentina y ex presidente de AACREA (Asociación Argentina de Consorcios Rurales de Experimentación Agrícola) (Alemany, 2012: 385).

Durante el período de la dictadura cívico-militar se produjeron importantes cambios institucionales, hubo desapariciones y una fuerte persecución ideológica interna que afectó a la extensión rural, especialmente a aquella más comprometida con sectores populares y organizaciones sociales. Se calcula que en los primeros años de la dictadura se produjo el alejamiento del 20% del personal.

Una transformación significativa de acuerdo con Carlos Alemany se dio por el cambio de enfoque del desarrollo tecnológico que hizo la institución “centrando ahora la mirada en forma excluyente en la producción por hectárea, en la obsesión del aumento de los rendimientos escindidos del resto de los componentes que hacían parte de la problemática productiva agropecuaria” (2012: 394). El INTA abandonó el *paradigma educativo* del período anterior que se centraba en la familia rural como el actor central de la extensión para pasar al *paradigma transferencista* centrado en la promoción de paquetes tecnológicos de los cultivos claves de exportación. Se dio un fuerte impulso a las tecnologías de la llamada “revolución verde” y se redefinió el público beneficiario de la extensión concentrándose entonces en los productores medianos y grandes¹¹ por ser estos aquellos que tenían la capacidad para la adopción de estos paquetes tecnológicos altamente demandantes de insumos industriales¹².

Cabe destacar que en ese marco comenzaron a operar los servicios de extensión rural de las empresas privadas, vendedoras de insumos, y en forma paralela también comenzó a desarrollarse un trabajo extensionista a través de distintas cooperativas y también por parte de los gobiernos provinciales.

Con la recuperación del sistema democrático en los años 80 se intentaron algunas reformas que tuvieron escasa incidencia en el avance del perfil productivista y transferencista de paquetes tecnológicos en los que se había centrado la institución. No obstante, se generaron algunos

programas (como “Minifundio”) que apuntaron a volver a trabajar con sectores de pequeños productores; las debilidades políticas de la conducción estatal en ese período impidieron que se revirtiesen los significativos cambios institucionales impuestos en el INTA durante la dictadura.

Durante los años 90 el avance de las políticas neoliberales y de achi-que estatal en el continente se vivió con especial intensidad en la Argentina, llevando a la destrucción del aparato productivo nacional. En lo que hace al sector agropecuario se iniciaron las desregulaciones y regulaciones que en términos generales produjeron “la consolidación del modelo sojero de desarrollo y los agronegocios” (Barri y Wahren, 2009: 4). De este proceso nos interesa rescatar tres transformaciones –todas vinculadas entre sí– cuyas consecuencias se han mantenido y profundizado hasta la actualidad.

Por un lado se produjo un fuerte proceso de concentración de la tierra y los medios de producción, hecho que se evidencia al comparar los Censos Nacionales Agropecuarios de 1988 y 2002¹³, donde hay una pérdida de más de 80.000 explotaciones agropecuarias, casi una cuarta parte de las unidades productivas desaparecieron, o mejor dicho fueron apropiadas por unidades productivas mayores. Consecuente con ello la superficie promedio a nivel nacional aumenta, pasando de 424 hectáreas en 1988 a 524 hectáreas en 2002. No se cuenta con datos confiables respecto a la evolución de la tenencia de la tierra en la Argentina en forma posterior al 2002¹⁴, pero todo parece indicar que la tendencia a la concentración se ha aminorado pero en ninguna región se ha revertido.

Por otra parte, Argentina fue el primer país en autorizar en 1996 la introducción de la soja resistente a glifosato¹⁵, conocida como Soja RR, aun cuando no se contaba con ningún estudio que hubiera evaluado sus riesgos en los ecosistemas o en la salud de la población. Esto llevó a un avance del cultivo transgénico de grandes proporciones llegando a ocupar el 59% de las tierras cultivables del país para el año 2010. También produjo una fuerte concentración en el sector agroindustrial y proveedor de insumos. Cabe destacar que prácticamente toda la soja va para exportación, y que el 96% del volumen comercializado al exterior se concentra en ocho empresas cerealeras¹⁶ (Giancola *et al.*, 2009: 23). Estas empresas por su rol en el mercado de divisas han adquirido un enorme poder de influencia en la política macroeconómica nacional.

Finalmente, a la dimensión social y económica del proceso de soji-

zación debe sumarse la ambiental. Cientos de miles de hectáreas de monte nativo se vienen perdiendo en estos últimos años como consecuencia de la expansión de la frontera agraria lo que ha llevado a que la Argentina registre en estos últimos 20 años una de las tasas de deforestación más altas del mundo. También debe considerarse que

un modelo de desarrollo como el que analizamos, basado en el monocultivo de soja transgénica, no sólo provoca “daños colaterales” en el medio ambiente y los sectores marginales de nuestra sociedad, sino que además implica una pérdida de recursos valiosos para nuestro futuro económico productivo, como el agua y los nutrientes del suelo, que se van de nuestro territorio en magnitudes insospechadas al exportar los millones de toneladas de granos (Barri y Wahren, 2009: 7).

Más allá de la sojización, otra de las consecuencias de las políticas neoliberales fue la eliminación de mercados consignatarios y comisiones reguladoras, lo que tuvo impactos catastróficos en algunas economías regionales. Es lo que sucedió en Misiones con la desaparición de la Comisión Reguladora de la Yerba Mate (CRYM), lo que desreguló completamente la producción yerbatera y llevó a una profunda crisis al sector de la pequeña y mediana producción¹⁷.

En cuanto a la extensión rural, los años 90 se presentan como aquel período donde se produce una profundización en la mercantilización del conocimiento¹⁸. El enfoque neoliberal de las políticas públicas planteó un modelo de privatización de la extensión rural cuyos fundamentos se sintetizan en la idea de “agricultura viable”; es decir aquella mercantilmente rentable, que incorpora una gran cantidad de insumos industriales al proceso productivo agrario (el paquete tecnológico generalmente de origen trasnacional) y dispone de volúmenes de capital medianos o grandes que se administran bajo una lógica empresarial. Para estos productores capitalizados se plantea el acceso a la asistencia técnica privada.

Por su parte, en lo que hace a la extensión con los sectores de la agricultura familiar, algunos definieron la extensión rural pública en esta época como una “extensión ambulatoria” por estar abocada a planes asistenciales que se ocupaban de los heridos y excluidos del sistema. Con respecto a la innovación tecnológica, se desfinanció la actividad de intervención dejando en manos de las empresas de agronegocios la tarea de extensión rural, que se concentró en la región pampeana.

Frente a la ofensiva privatizadora, el INTA impulsó una estrategia defensiva “orientada a mantener y resistir la continuidad de los espacios institucionales ocupados en otros momentos históricos” (Alemany, 2012: 427-429). Para ello se planteó que la institución debía orientar su trabajo hacia cinco “*audiencias diferenciadas*”: sectores carenciados con insuficiencia alimentaria, productores minifundistas, pymes agropecuarias, mediana y gran empresa, agroindustria. Para cada uno de ellos se planteaban estrategias de intervención específicas; la investigación quedaba más ligada a la agroindustria y la mediana y gran empresa a través de una fuerte articulación público-privada¹⁹. Por su parte, la extensión debía enfocarse en el trabajo con pymes agropecuarias, minifundio y la pobreza rural, fundamentalmente a partir de la gestión de programas gubernamentales. En función de esto último se habla también de una “extensión compensatoria”, que en muchos casos funcionaba como muros de contención social. En esta época surge el programa *Prohuerta* (año 1990) que se orientaba hacia la autoproducción de alimentos en los masivos y crecientes sectores de la pobreza rural y periurbana que el modelo económico iba dejando; por su parte para la pequeña empresa rural se creó el programa *Cambio Rural* (año 1993) que busca adecuar a la explotación agropecuaria al mercado a través de la promoción de innovaciones tecnológicas y organizacionales formando grupos de 10 a 15 productores rurales que junto a la institución se hacían cargo de pagar los honorarios del técnico extensionista. El marco de la llamada “extensión compensatoria” se completa con la creación en el año 1993 del *Programa Social Agropecuario (PSA)* dependiente en forma directa de la Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca (SAGPyA) orientado a productores agropecuarios con altos niveles de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Por lo general estos programas se orientaban hacia la “contención” de la pobreza (incrementada en forma alarmante por el modelo económico) y se sostenían con créditos (que engrosaban la deuda externa) fundamentalmente del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID)²⁰.

Se plantean así, podríamos sintetizar, hasta el año 2003 unas políticas de extensión rural bajo un enfoque dual de acuerdo con Alemany: una extensión rural mercantilizada para el agronegocio centrada en los avances de la revolución verde, y una extensión rural compensatoria para los pobres centrada en programas con una lógica asistencial. De alguna manera esta concepción recupera la vieja visión dicotómica de la extensión

rural y la educación en la Argentina agroexportadora conducida por la elite terrateniente de fines del siglo XIX y principios del XX.

2.7. Del 2003 al 2015

El año 2003 sin dudas marca una bisagra en muchas cuestiones de la historia institucional del INTA y del sistema de extensión rural público. Con un proceso de recuperación presupuestaria sostenida, la institución ha ido ganando en cobertura territorial con la apertura de nuevas oficinas de atención y centros de investigación, un mayor plantel profesional, y una fuerte recuperación del área de extensión rural que se encontraba en un proceso agónico hacia el año 2002. El proceso de cambio de política pública en este sentido lo analizamos en el capítulo anterior a partir del trabajo de Mario Lattuada y otros (2012). En el mismo cabe destacar la creación del Ministerio de Agricultura de la Nación (2009), y las secretarías de Agricultura Familiar y Desarrollo Rural. La primera de estas realiza en la actualidad una importante actividad de extensión rural.

Uno de los cambios programáticos dentro del área de extensión rural del INTA tiene que ver con la puesta en marcha en el año 2003 del Programa de Apoyo al Desarrollo Rural Sustentable (ProFeder) el cual se mantiene vigente hasta la actualidad. Este programa busca articular en los territorios de intervención los distintos programas de extensión vigentes: Prohuerta, Cambio Rural, Profam y Minifundio. Estos últimos dos prácticamente han desaparecido de la cartera de proyectos, como contraparte se ha incorporado con fuerza a partir del año 2014 el programa Cambio Rural II, que básicamente se plantea como una reedición del programa destinado a reconvertir e incorporar a mercados dinámicos a grupos de pequeños productores.

Si bien el proceso de recuperación de intervención del Estado en esta área resulta innegable, no aparece tan clara la definición respecto a los enfoques extensionistas y la orientación política en vinculación con el desarrollo rural que cabe para este período. La institución incorpora “oficialmente” el enfoque de desarrollo territorial como línea de trabajo, especialmente en lo que hace a la extensión rural. Este enfoque está basado en la perspectiva teórica de la agricultura participativa y sus postulados presentan algunas contradicciones que han marcado tensiones internas como hemos visto en el primer capítulo cuando nos referimos a la cuestión del desarrollo rural.

En su análisis sobre las visiones sobre extensión rural en la primera década de este siglo en el INTA, Ghisio y Pividori (2010: 83-86) plantean la vigencia –y convivencia– tanto de una *visión “productivista”* centrada en lograr un incremento en la producción y comercialización por parte de los beneficiarios, junto con una *visión de “involucramiento”* que apunta a mejorar la calidad de vida de la población rural recuperando, desde una visión integradora, la realidad, los conocimientos y las vivencias de los productores. En ese mismo análisis señalan que el enfoque productivista mantiene vigente el paradigma de la “difusión de informaciones”; siendo la comunicación un proceso de transmisión de informaciones donde los técnicos prescriben sus conocimientos y prácticas a los productores. Mientras que la visión del involucramiento plantea un enfoque de comunicación que implica necesariamente un reconocimiento “en el marco de un umbral de confianza desde el respeto hacia el otro” (Ghisio y Pividori, 2010: 98).

Por su parte, en sus reflexiones sobre el actual período, Alemany (2012: 464-465) plantea que existirían tres proyectos en pugna para la extensión rural que clasifica como *neoinstitucional*, *neodesarrollista* y *neoemancipador*.

El primero está representado por las fuerzas conservadoras que encarnan la ideología neoliberal en la Argentina actual. Estos sectores, planteando como prioridad la “calidad de las instituciones”, centran su eje político en la alianza entre la oligarquía diversificada –promotora de la sojización y primarización de la economía–, las grandes empresas transnacionales y el capital financiero internacional.

Por su parte el proyecto neodesarrollista se apunala en el sostenimiento del mercado como eje de la economía pero introduciendo al Estado con un rol regulador, incluyendo la asignación de recursos para la reindustrialización del país y el fortalecimiento de una red de contención para los más pobres y excluidos. Promueve el agronegocio y la sojización, pero introduce impuestos que son en gran medida los que financian las políticas redistributivas y de contención social del Estado. El Plan Estratégico Agroalimentario (PEA) elaborado en el año 2011 está en línea con esta visión.

Finalmente, el proyecto neoemancipador plantea que el país debe revisar y fijarse nuevamente metas sociales, ambientales, productivas y económicas con mayor independencia del mundo global y mayor grado

de autonomía en el control de los recursos naturales. Para ello se plantea la necesidad de realizar un fuerte proceso descolonizador de las visiones del desarrollo. En lo agropecuario se abre una confrontación con el modelo del agronegocio, apostando a otras formas de producción vinculadas de manera diferente a los consumidores para acortar las distancias entre la producción y el consumo y fortaleciendo la vinculación entre los productores familiares y campesinos y los consumidores de alimentos del país (Alemany, 2012: 466).

Dentro del INTA se puede señalar, siguiendo esta última clasificación de proyectos en disputa, que ha primado la visión *neodesarrollista* en estos últimos años. Vamos a adentrarnos en el próximo capítulo en las características que hacen a la extensión rural en la provincia de Misiones específicamente.

Notas

1 Ver capítulo III.

2 No obstante, como veremos, se trata de una distinción –también en este caso– de tipo esquemática. Los enfoques agrupados bajo una y otra denominación no tienden a corresponder en forma directa y lineal con la descripción señalada.

3 La separación de la religión, la ciencia y el arte (separación de los valores de lo bueno, lo verdadero y lo bello, antes unidas en forma inescindible en la comprensión mítico-religiosa del mundo) constituye el hecho fundamental de la cultura occidental moderna que permite el despliegue de la racionalidad instrumental tal como lo plantea Max Weber y lo analiza Habermas (1999a, 1999b). Nuestra comprensión ha llegado a tomar como ‘natural’ esta separación. El problema, como señala Alejandro Grimson, es que no existen las esferas: “Habitualmente pensamos «lo económico», «lo político» y «lo cultural» como esferas ontológicas, y las teorías han debatido más de lo necesario acerca de cuál esfera incide sobre otra. El problema crucial es que no hay esferas: no existe naturalmente la cultura como una esfera separada de la economía. La historia epistemológica de Occidente es en parte la historia de la esferización del mundo, de la separación (sobre todo) de la economía como un universo poblado por especialistas y expertos que determina los demás universos secundarios: la política y la cultura. Pero el problema es que la economía no existe sin la cultura” (Grimson, 2011: 39).

4 Cabe destacar que el autor, insistimos, aquí se toma una licencia importante en relación a la denominación “extensión rural”. En sentido estricto la misma no puede pensarse por fuera de la institucionalidad moderna. No obstante, al hacerlo nos permite abrirnos a la consideración de que la base pedagógica de la circulación de los conocimientos agrarios en las sociedades rurales trasciende ampliamente la institucionalidad moderna, con su fuerte marca difusionista como veremos. Asimismo, su recuperación habilita a la “ima-

ginación creadora”, a la cual debemos apelar en nuestros días en el marco de la importante crisis socioambiental en la que nos encontramos, a no cerrarse en los límites de la modernidad occidental frente a la construcción y circulación de conocimiento en relación con la producción rural.

5 A partir de los genocidios indígenas que se dieron entre 1865 y 1880.

6 Intelectualmente la irrupción del peronismo expresa el triunfo del ala industrialista del sector profesional de militares nacionalistas organizados en lo que fue el Grupo de Oficiales Unidos (GOU).

7 De acuerdo con estos autores, para el año 1956 existían solo 70 técnicos del Ministerio de Agricultura ubicados en 47 estaciones y campos experimentales.

8 Ante la falta de divisas internacionales, Alemany señala que “se hizo necesario ejercer una presión mayor sobre la tierra en busca de un crecimiento sostenido de la producción que permitiera mantener la economía nacional” (Alemany, 2012: 289). Esto postergó (en forma indefinida) la idea de una Reforma Agraria y quedó plasmada en el Plan Quinquenal 1953-1957. El enfoque de la sociología rural norteamericana que apuntaba a volver receptivos a la innovación tecnológica a la familia rural (planteando la necesidad de estrategias diferenciadas para los distintos actores de la misma: hombres, mujeres y jóvenes) tuvo su influencia y algún impacto en un sistema institucional muy débil (con algunas excepciones como la Junta Nacional del Algodón), montado en torno al Ministerio de Agricultura.

9 Este enfoque, cuyos elementos Alemany los agrupa bajo la denominación de “paradigma educativo”, se correspondió con el que se dio en la extensión rural pública en Brasil para los años 50 en lo que se conoció como el “Familiar Asistencialismo”. Allí, con un enfoque teórico también basado en la sociología rural norteamericana, la extensión rural pública se planteó una orientación hacia la familia y la comunidad rural en términos generales. “El extensionista, se decía, ejercía una función semejante a la de un sacerdote y era reconocido en las comunidades por el carácter de ayuda a las familias, inherente a su función” (Caporal, 1998: 76).

10 Y desde allí comenzar un proceso de organización política.

11 Es decir, aquellos productores que disponen de medios de producción suficientes para obtener una acumulación de capital al final del ciclo productivo y tienen un manejo de la explotación agropecuaria desde una perspectiva empresarial. Por lo general se trata de propiedades rurales en las que sus propietarios no viven dentro de ellas y para las cuales se contrata mano de obra externa.

12 De manera análoga este proceso se vivió en Brasil en lo que fue el período del “Productivismo Modernizador” según hace notar Caporal. Allí también se produjeron cambios en los enfoques de la extensión rural pública: “la preocupación por el desarrollo de la agricultura pasaría a estar fuertemente sustentado en la teoría de la difusión de innovaciones y los principios de la modernización del agro (...) el desarrollo implicaba un cambio social inducido desde fuera” (Caporal, 1998: 85).

13 Los datos completos pueden consultarse en www.indec.gov.ar/agropecuaria/cna_principal.asp

14 Se realizó un Censo Nacional Agropecuario en el año 2008, en pleno conflicto entre el Gobierno nacional y buena parte del sector mayoritariamente poseedor de las explo-

taciones agropecuarias. En este marco los datos fueron relevados en un clima de fuerte desconfianza y poca colaboración por parte de los encuestados.

15 Uno de los herbicidas más poderosos y efectivos de la industria química.

16 Estas empresas y su respectiva participación en el mercado exportador son: Cargill (20,4%), Noble Argentina SA (13,2%), ADM Argentina (13,1%), Nidera (12,8%), Bunge Argentina (12,8%), Dreyfus (10,5%), Toepfer (7,9%) y ACA (5,8%). Año de referencia: 2007-2008 (Giancola *et al.*, 2009).

17 Además de la disolución de la CRYM la desregulación de los mercados agropecuarios llevó al cierre del Mercado Consignatario de la Yerba Mate, la Junta Nacional de Granos, la Junta Nacional de Carnes, la Corporación Argentina de Productores de Carnes, el Mercado Nacional de Hacienda de Liniers, la Dirección Nacional de Azúcar, el Instituto Forestal Nacional y el Mercado de Concentración Pesquera. Las medidas de desregulación impositiva eliminaron los impuestos y tasas sobre exportaciones –entre ellas la contribución destinada al financiamiento del INTA– y rebajaron los aranceles a la importación de insumos y productos agropecuarios (Barsky y Gelman, 2009: 444).

18 Como señala Edgardo Lander “el neoliberalismo debe ser comprendido como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio, esto es, como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento, y la buena vida” (Lander, 2011: 15).

19 En muchos casos esta articulación funcionaba de la siguiente manera: el Estado cubría los salarios, pero no asignaba presupuesto prácticamente para ningún gasto operativo, de equipamiento o formación; para ello los técnicos debían salir a ‘cazar’ recursos en convenios con fundaciones y/o empresas privadas quienes financiaban aquellas áreas de su propio interés y de esa manera lograron una fuerte influencia en la definición de las agendas investigativas del organismo.

20 El proceso de disminución de la capacidad de intervención de los Estados latinoamericanos trajo diversas consecuencias para el sector rural, aunque sin dudas una de las más notorias fue el abandono de los pequeños agricultores como “actores productivos” (que pasan a ser considerados como “inviables” dentro del sistema), la mayoría de los cuales se encontraba en situación de pobreza (Ghisio y Pividori, 2010: 53).

Capítulo III. La extensión rural del INTA en Misiones y los ProFeder. El espacio rural misionero, el sistema institucional de extensión del INTA en la provincia y los proyectos ProFeder en marcha

Luego de haber repasado la trayectoria histórica de la extensión rural pública en la Argentina nos introduciremos en este capítulo en la situación particular de la extensión rural que lleva adelante el INTA en la provincia de Misiones. Para ello abordaremos en primer lugar las particularidades que presenta el espacio rural misionero, tanto en lo que hace a sus rasgos ambientales, como en lo referente a aspectos socioculturales (1). Luego de ello realizaremos una breve caracterización de la estructura institucional del INTA en la provincia y el funcionamiento de su sistema de extensión rural en la actualidad (2). Sobre esa base describiremos los tres programas que nuclea el grueso de las acciones de extensión que se lleva adelante en la actualidad: Prohuerta, Cambio Rural y ProFeder (3). Llegados a este punto nos introduciremos en una caracterización de los distintos proyectos ProFeder vigentes en Misiones, clasificándolos de acuerdo a su finalidad principal (4).

1. El espacio rural misionero

Misiones se presenta como una provincia con muchas particularidades socioambientales dentro del contexto nacional argentino. Por su nivel de precipitaciones se trata de una de las provincias más húmedas del país, en la que se conservan los últimos remanentes de la selva paranaense¹. Pese a lo reducido de su tamaño (apenas poco más del 1% del territorio nacional), se ubican aquí más del 10% de las explotaciones agropecuarias del país², con casi un 30% de su población viviendo en áreas rurales³. Esto la convierte en la provincia más *ruralizada* de la Argentina. A su vez, con una población cercana al millón doscientos mil

habitantes en 29.801 km², Misiones es la segunda provincia en densidad de población del país después de Tucumán⁴.

De clima subtropical, sin estación seca y con ocurrencia de heladas en invierno, la provincia posee extraordinarias condiciones ambientales y productivas. Las que se asientan en gran medida en el equilibrio que conlleva la existencia de una trama boscosa sobre los suelos ubicados en fuerte pendiente por la sierra central que atraviesa la provincia. Cuando esta cobertura es quitada sobreviene una pronta degradación del suelo y del ambiente en general al sufrir con fuerza la erosión hídrica.

Su historia de poblamiento y colonización ha pasado por distintas etapas como veremos a continuación.

1.1. Una historia milenaria

De acuerdo a Maeder (2004: 14-15) el inicio del poblamiento de Misiones se ha estimado en 12.000 años atrás, existiendo indicios de “una cultura semejante al paleolítico europeo”; no obstante es muy poca la evidencia respecto a la vida en aquellos tiempos. Más cercano a nuestros días, se sabe que entre los años 700 y 1000 de esta era, hubo cambios climáticos de los cuales se conservan rasgos arqueológicos y se tienen datos de que los principales cultivos de la actualidad –yerba mate, porotos, maíz y mandioca– ya se conocían desde el siglo XI. A estas tierras, enmarcadas fundamentalmente por los ríos Paraná al oeste, Iguazú al norte y Uruguay al este, llegaron siguiendo los cursos fluviales los guaraníes. Venían procedentes de la cuenca media del Amazonas, emparentados con los tupíes y los caribes y llegaron a ocupar hasta el Delta del Paraná (Belastegui, 2007: 13). Con ricas tradiciones en el cultivo de plantas alimentarias y medicinales los guaraníes desarrollaron una activa agricultura de selva, con un sistema de ocupación itinerante de la tierra a la que sumaban la caza de grandes predadores con los que complementaban su dieta.

La llegada de los jesuitas en el siglo XVII supuso importantes transformaciones en la vida de los guaraníes que fueron reducidos y forzados al trabajo en las misiones debiendo adoptar grandes cambios en los hábitos cotidianos. En esa época se introducen las vacas, ovejas y cabras, así como las herramientas de hierro que supusieron importantes cambios en la labranza y el trabajo con la tierra, realizada hasta entonces con herramientas de piedra. Durante el período jesuita las tierras de labranza

se dividían en dos: el *abambaé*, propiedad del hombre (con la que se abastecían las familias), y el *tupambaé*, propiedad de Dios (bajo administración de los sacerdotes jesuitas). Los guaraníes dividían sus jornadas de trabajo entre unas y otras (Belastegui, 2007: 21) teniendo siempre como característica, más allá del período jesuita, una forma comunitaria de trabajar la tierra⁵.

Durante el período 1810-1880 “se otorgaron concesiones de los yerbales naturales y obrajes siguiendo un modelo de desarrollo extractivo” (Schiavonni, 1998: 63). En esa etapa las tierras de la actual provincia de Misiones fueron escenario de numerosas contiendas bélicas, estando bajo administración de la provincia de Corrientes. Esto sucedió hasta diciembre de 1881, cuando se constituyó el Territorio Nacional de Misiones, luego de concluida la Guerra de la Triple Alianza.

Puede ubicarse aquí uno de los principales momentos históricos de la conformación de los latifundios:

meses antes de perder las tierras de Misiones, Corrientes decidió venderlas. Así por ley del 22 de junio de 1881 se las vende a 27 personas, algunas de ellas funcionarios de la provincia y otros oficiales del Ejército Nacional (...) se entregaron así 750 leguas castellanas, unas 2.101.936 ha. Sólo se salvaron las serranías de la columna dorsal de Misiones por un error de cálculo (Belastegui, 2007: 29-30).

Estos primeros latifundios a lo largo de los años se fueron disolviendo por ventas, divisiones y sucesiones, pero condicionaron desde un primer momento el proceso colonizador moderno comenzado a partir de entonces.

1.2. El proceso de colonización moderno

Misiones se constituyó formalmente como una provincia argentina en el año 1953. Durante los más de 70 años que duró la etapa como Territorio Nacional (1882-1953), dependiente de la jurisdicción nacional, se consolidó el proceso de colonización del espacio agrario misionero. Intentar poblar el país con inmigrantes europeos fue la política del Estado nacional desde su constitución hacia mediados del siglo XIX y Misiones no fue la excepción; no obstante, aquí se dio una migración particular que la diferencia del resto del territorio argentino.

Esta colonización masiva que comenzó entonces actuó, de acuerdo con Bartolomé (1998: 16), “sobre un espacio que, a pesar del rico pasado aborígen y la notable experiencia jesuítica, había sido despoblado por las vicisitudes de las guerras de la independencia y los conflictos derivados del expansionismo luso-brasileño”.

De acuerdo con Belastegui (2007: 170), las particularidades del proceso colonizador misionero en relación con otras regiones del país consisten en que aquí hubo un mayor protagonismo y apoyo del Estado, y una cantidad significativa de propietarios que conformaron comunidades agrarias con un alto compromiso religioso y social.

Además, los inmigrantes que colonizaron el agro misionero, a diferencia de los que poblaron la pampa húmeda, se caracterizaron por una fuerte diversidad en sus orígenes geográficos y en sus prácticas religiosas. Los primeros europeos en llegar fueron los polacos y los ucranios hacia finales del siglo XIX, pero pronto se fueron incorporando suecos, españoles, italianos, alemanes, austríacos, suizos, eslovenos, rusos, que se sumaron a paraguayos, brasileños y argentinos de otras provincias. En general llegaron atraídos por la posibilidad de acceder a tierras con cierta facilidad. Esto fue configurando un panorama en el territorio misionero sumamente diverso desde el punto de vista étnico y religioso.

Otra particularidad la dio el peso que alcanzaron las empresas privadas de colonización contratadas por el Estado nacional, de fuerte protagonismo en el avance de la frontera agraria. A través de distintas facilidades otorgadas por el Estado se fueron generando las primeras colonias hacia el sur de la provincia, completándose hacia la década de 1930 la conformación de los principales pueblos rurales misioneros como consecuencia del progreso de las colonias.

Cabe destacar también de esta primera gran etapa de la colonización, la aplicación de un sistema de mensuras y entregas de tierra “aplicando el sistema denominado damero” (Belastegui, 2007: 45), con propiedades de 25 hectáreas cada una, que constituyen al día de hoy la referencia respecto al tamaño de una chacra típica del colono misionero. De acuerdo con Schiavonni (1998: 66) la determinación del tamaño de los lotes en esta extensión no se basaba en el cálculo racional de la rentabilidad media, puesto que ello dependía en gran medida de la aptitud de los suelos para los cultivos. Esto explica en buena medida las diferentes formas en que progresaron estas unidades.

El peso de la población rural siempre ha sido relevante en Misiones. De acuerdo con los datos de los Censos Nacionales, en 1895 la población rural era del 79%, en 1914 del 70% y en 1947 del 81%. En 1960 el 96% de las explotaciones agrícolas son familiares (Schiavonni, 1998: 67). Ha sido en las últimas décadas, cuando la provincia comenzó a sufrir una fuerte tendencia hacia la urbanización y el éxodo rural, la cual se profundizó con la implementación de políticas neoliberales. No obstante al día de hoy, como ya señalamos, esta sigue siendo la provincia como mayor porcentaje de población rural del país (Chifarelli, 2010).

Finalmente se puede destacar en todo este proceso el fuerte protagonismo que adquirió el movimiento cooperativista surgido a fines de la década del 20 con el objetivo de “lograr una mejora en los precios de sus principales cultivos a través de una comercialización directa, sin intermediarios” (Belastegui, 2007: 95). No obstante esta finalidad orientada hacia lo productivo, las cooperativas agrícolas se consolidaron y avanzaron sobre distintos aspectos de la vida económica y social de los colonos abarcando áreas de consumo, servicios y créditos. También se destaca el peso que adquirieron organizaciones campesinas o de pequeños productores de carácter reivindicativo, como lo fue el Movimiento Agrario Misionero (MAM) miembro de las Ligas Agrarias, surgido en el año 1972 (Ferrara, 2007).

1.3. La actualidad del espacio rural misionero

Misiones, por su condición de territorio de frontera que ha tenido durante el siglo XX—hasta el agotamiento de tierras fiscales hacia la década del 80—ha atraído de manera continua grandes cantidades de población de diferentes procedencias como recién señalábamos.

De acuerdo con Leopoldo Bartolomé (1998), muchas de las características distintivas de la provincia en lo social, económico y cultural se gestaron en el marco flexible de un ambiente de frontera, que posibilitó la emergencia y subsistencia de un importante sector de pequeños productores de origen multiétnico y multicultural. Este autor introdujo—en términos teóricos—la categoría de ‘*colono*’ para denominar un tipo social agrario particular en la provincia. De acuerdo a la recuperación que realiza Schiavonni (1998: 45-46), el colono es un tipo de productor de una categoría distinta al campesino y al *farmer* capitalista, pero con rasgos de ambos; conserva el trabajo doméstico como el campesino,

pero a diferencia de este al final del ciclo obtiene un excedente que le permite una (variable) acumulación de capital.

Otro aspecto relevante en este sentido tiene que ver con el carácter de frontera que señalábamos para la provincia que posee una sierra central que divide a la misma prácticamente en dos mitades. Por un lado la mitad oeste que tiene como límite la orilla del río Paraná, con fuerte influencia del Paraguay. Por el otro, la región este, que en gran parte tiene como borde al río Uruguay y limita con Brasil; aquí la influencia del país vecino también es notable, donde incluso se habla en general *portuñol* y se advierte un consumo importante de medios de comunicación brasileiros. Para tomar una dimensión de la incidencia de la frontera en Misiones se debe tener en cuenta que el perímetro de la provincia puede calcularse en casi 1.200 km de longitud, de los cuales 1.080 km corresponden a fronteras internacionales:

unos 330 km sobre el Río Paraná con Paraguay y unos 750 km sobre los ríos Uruguay, Pepirí Guazú, San Antonio e Iguazú con Brasil. El límite de Misiones con el resto del territorio nacional, la provincia de Corrientes al suroeste es de 110 km, representando menos de la décima parte de su contorno total (Günther y otros, 2008: 9).

Hablar de agricultores en la actualidad también nos conduce a atender sus diferenciaciones. En virtud de las tipologías sociales agrarias —uno de los temas centrales de la sociología agraria— es posible señalar ciertas particularidades para el mundo rural misionero. En principio hay que tener en cuenta que estamos hablando de la provincia con mayor cantidad de pequeños productores del país; esto se refleja en los siguientes datos: con menos del 2% de la superficie territorial de Argentina, cerca de 3 millones de hectáreas, aquí se encuentran el 10% de las explotaciones agropecuarias, casi 30.000, de las cuales el 87,8% corresponde a unidades productivas de menos de 50 hectáreas y el 96% corresponde a explotaciones que no llegan a las 200 hectáreas⁶. A su vez el 86% de las unidades productivas agropecuarias de la provincia se basan en el uso de mano de obra familiar, lo que marca la fuerte incidencia de la llamada Agricultura Familiar dentro de este contexto (Günther y otros, 2008: 21).

En la actualidad la provincia tiene una economía rural “basada en la actividad agropecuaria tradicional (yerba, té, forestales, tabaco y ga-

nadería) y una creciente concentración de la población en las ciudades” (Günther y otros, 2008: 13).

De acuerdo con Chifarelli (2010: 16-17) a pesar de que la provincia de Misiones es una de las más ruralizadas del país no escapa a la tendencia nacional de concentración de tierras y crisis de la pequeña producción familiar. El modelo sobre el que se desplegó la colonización que permitió a miles de inmigrantes desarrollar la producción agropecuaria a través de explotaciones rentables basadas en el trabajo de toda la familia, se encuentra desde hace varios años atravesando una crisis estructural que impacta en forma desigual en las distintas regiones del agro misionero. Allí donde la colonización es más reciente la explotación familiar está menos amenazada en su supervivencia que en los territorios donde se dio la colonización en forma temprana. Los estudios de Chifarelli concluyen que en Misiones

se observa un crecimiento de la población industrial y comercial a expensas de una disminución de la población agrícola, fenómeno apreciable a nivel mundial. Estos procesos van configurando un escenario de transformación del sector agropecuario, donde las capas más capitalizadas (mediana y gran burguesía) van concentrando la producción, y las capas menos capitalizadas o descapitalizadas van sufriendo un proceso de diferenciación creciente, encontrando condiciones de reproducción cada vez más difíciles que los lleva a vender su fuerza de trabajo para construir un ingreso múltiple que les permita reproducirse (Chifarelli, 2010: 149).

En este difícil y complejo escenario para el sostenimiento de la agricultura familiar –donde se observa un sostenido proceso de concentración de tierras, éxodo rural y, consecuentemente, urbanización creciente– apoyado en el proceso histórico de colonización del espacio rural misionero, se inscribe la actividad de extensión rural que lleva adelante el INTA. Vamos a enfocar a continuación en la estructura institucional que sostiene esa labor.

2. El sistema de extensión rural del INTA en Misiones

Como vimos en el capítulo anterior, el INTA nació en Argentina en diciembre de 1956 y en poco menos de dos años logró consolidar una

amplia red institucional por todo el país. Para hacerlo se valió de absorber y articular numerosos centros e institutos de investigación y enseñanza agrícolas dispersos en el interior de las provincias.

En Misiones, la llegada del INTA se dio con la incorporación bajo su órbita de la Estación de Tabacos Cerro Azul. La que siempre estuvo bajo dependencia del Estado nacional. Fue creada en el año 1931 como Chacra Experimental de Tabacos y pasó a conformarse como Estación Experimental de Tabacos de Cerro Azul en 1933. En 1937 se creó un laboratorio y un invernadero y llegó el primer ingeniero agrónomo, quien durante varios años fue el único personal con que contaba la institución. Entre sus tareas se destaca la temprana elaboración de “folletos sobre las características del cultivo, sus plagas y la cura de la planta” (Be-lastegui, 2007: 53). En 1943 esta Estación pasó a depender del Instituto Nacional del Tabaco, ingresando en el año 1944 a la órbita de la Dirección de Estaciones Experimentales de la Nación con objetivos ampliadados, más allá de ese cultivo específico.

Con su puesta en funcionamiento, el INTA absorbió esta Estación en el año 1957. Esto fue acompañado de un fuerte impulso con la incorporación de equipamiento y profesionales. En el año 1958 se realizó la apertura de las dos primeras Agencias de Extensión Rural misioneras: Apóstoles hacia el sureste, y Montecarlo hacia la zona noroeste, en lo que se conoce como zona del Alto Paraná.

Con el tiempo la estructura institucional y la cobertura territorial fueron progresivamente fortaleciéndose con la apertura de nuevas oficinas de extensión rural y la consolidación del área de experimentación de la Estación de Cerro Azul, especialmente en lo que fue yerba mate y forestación.

En el año 1989 la Agencia de Extensión Rural de Montecarlo pasó a constituirse como una nueva Estación Experimental en cuya órbita se incorporan las agencias de Extensión de Santo Pipó, Puerto Rico, Eldorado y Bernardo de Irigoyen. Por su parte bajo la Estación de Cerro Azul se mantienen las Agencias de Apóstoles, San Javier, San Vicente, Oberá y Aristóbulo del Valle.

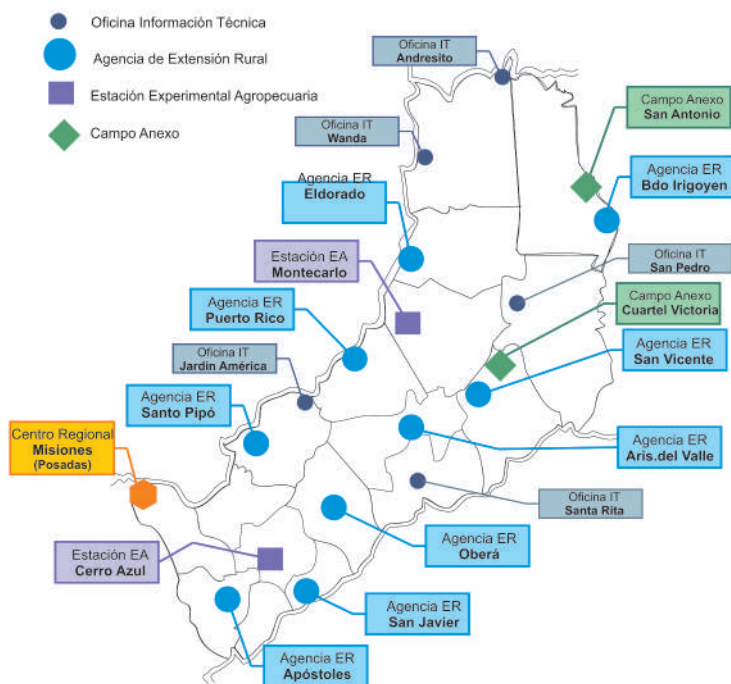
El INTA, como señalamos en el capítulo anterior, tiene como particularidad entre las organizaciones latinoamericanas de ciencia y técnica para el desarrollo rural, el hecho de que vincula dentro de una misma institución a la investigación foresto-agropecuaria y la extensión rural.

La integración entre estas dos áreas no siempre ha sido armoniosa, puesto que muchas veces han tendido a funcionar en forma paralela con muy poca conexión entre sí. No obstante, la concepción desde su primera etapa (INTA, 1968: 25), fue la de vincular investigadores y extensionistas a los fines de que los primeros no pierdan vinculación con las “problemáticas del productor” y que el extensionista se encuentre capacitado y fortalecido en las áreas técnicas y pueda actuar como un nexo entre los productores y la investigación científico técnica. En este esquema los investigadores trabajan en las Estaciones Experimentales Agropecuarias donde se encuentran los laboratorios y campos de experimentación, y los extensionistas en las Agencias de Extensión Rural u Oficinas de Información Técnica⁷.

Luego de un período sumamente crítico durante los años 90, a partir del año 2003, consecuente con el cambio en la orientación de las políticas públicas a nivel nacional, el sistema de extensión del INTA en Misiones comenzó una progresiva recuperación presupuestaria y una ampliación de su plantel profesional. Más allá de que las tareas de extensión rural muchas veces involucran acciones que responden a coyunturas (por ejemplo planes de emergencia o relevamiento ante incidentes como incendios o inundaciones) actualmente los programas que se llevan adelante en esta área desde el INTA en Misiones son básicamente tres: Prohuerta, Cambio Rural y ProFeder.

En la actualidad son 18 las localidades en toda la provincia que cuentan con una unidad del INTA en la que trabaja al menos un extensionista. Esto supone un importante despliegue y cobertura territorial como puede observarse en el siguiente mapa.

Gráfico 1. Mapa con las unidades de extensión del INTA en Misiones



Nota: Se toma como referencia todas las unidades en las que trabaja al menos un extensionista

Fuente: Elaboración propia en base al organigrama oficial institucional (referencia: www.inta.gob.ar).

3. Los programas de extensión del INTA en Misiones

A continuación desplegamos una sintética caracterización de los citados grandes programas de extensión rural de INTA.

3.1. El Pro-Huerta

Este programa es el de mayor alcance en cuanto a población destinataria. Surgió en el año 1990, en el contexto de la Argentina hiperinflacionaria.

A Misiones recién llegó efectivamente en el año 1994. Desde entonces su estructura programática fue teniendo un paulatino crecimiento registrando sus mayores picos de intervención en la época de mayor crisis socioeconómica: años 2001 y 2002. Se trata de un programa que es ejecutado por el INTA, apoyándose en su red institucional, pero cuenta con recursos y financiamiento provistos por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Sus objetivos en la actualidad apuntan a la promoción de prácticas productivas agroecológicas para el autoabastecimiento de alimentos, la educación nutricional y la promoción de ferias y mercados alternativos con una mirada inclusiva de las familias productoras⁸. A su vez incorpora una visión “multidimensional” en la intervención, con un planteo bastante más abarcativo que el original.

El principal instrumento de llegada en forma masiva a la población es un kit de distintas semillas para la huerta familiar, escolar o comunitaria. Las mismas se entregan dos veces al año: para la temporada de otoño-invierno y para primavera-verano. En Misiones el programa tiene registradas a 43.969 familias, 256 escuelas y 182 instituciones u organizaciones recibiendo semillas gratuitas para sus huertas⁹.

Su estructura de trabajo se apoya en gran medida en la figura de los promotores voluntarios; en Misiones son 1.787 personas que se ocupan de distribuir los kits de semillas en su barrio o colonia, encargándose también de llevar adelante los registros de los beneficiarios. Se lleva un seguimiento de datos como la cantidad de miembros de la familia beneficiaria, la ocupación de la persona encargada de la huerta, el destino de la producción de la huerta (si es para autoconsumo o para venta de los excedentes) y la ubicación de la misma (sea rural, periurbana o urbana). Los promotores colaboran de manera voluntaria con el programa y son acompañados por un técnico del programa el cual a su vez se reporta con un coordinador provincial. En Misiones trabajan en este programa en forma directa 23 técnicos, ubicados en las distintas unidades del INTA, en las que además de los seguimientos a la entrega de insumos, brindan capacitaciones, asistencia técnica, gestionan proyectos, eventos, etc. Por lo general se trata de personas sin título universitario, con formación secundaria o terciaria¹⁰.

3.2. Cambio Rural I y II

Se trata de un programa puesto en marcha en el año 1993 y relanzado en el 2013 como Cambio Rural II. Inicialmente su nombre era “Programa Federal de Reconversión Productiva para la Pequeña y Mediana Empresa”. Su estrategia original se basaba “en la promoción de la organización de los productores y de su integración para permitirles generar excedentes para satisfacer el nivel de vida y dejar margen suficiente para la inversión. Para ello desarrolla dos módulos de intervención: asistencia técnica y la vinculación al crédito” (Alemany, 2012: 435). La irrupción del programa significó un cambio importante en el trabajo de extensión del INTA por la incorporación de nuevos profesionales al trabajo, muchos de los cuales se vinculaban sin relación de dependencia con la institución, siendo contratados como técnicos “independientes”. Para esta segunda edición que se está poniendo en marcha en la actualidad el objetivo es llegar a 20.000 productores rurales en todo el país¹¹.

Básicamente opera con grupos de 10 a 15 productores en el marco de un eje o una actividad productiva. El programa contrata un técnico externo al INTA y le paga una retribución mensual, debiendo los miembros del grupo hacer una contribución para completar el ingreso de este técnico¹². El apoyo dura por tres años para cada grupo. Este técnico maneja una agenda de trabajo planificada en la que se llevan adelante tres tipos de intervención: a) visitas individuales a la chacra de cada miembro del grupo; b) reuniones mensuales con todo el grupo que muchas veces funcionan como capacitaciones en alguna temática específica; y c) colaboración en la gestión para el acceso a líneas de financiamiento para los emprendimientos productivos.

El programa se orienta “a grupos de productores de la agricultura familiar capitalizada, productores familiares con posibilidades de capitalizarse y PyMEs que lleven a cabo actividades productivas agrícolas, ganaderas, forestales, frutihortícolas, entre otras, relevantes en las economías regionales”¹³. A su vez cada grupo y su técnico asesor cuentan con el seguimiento de un técnico extensionista del INTA que actúa como vínculo efectivo con la institución.

Para comienzos del año 2015 existen en Misiones 17 grupos correspondientes a lo que es el Cambio Rural I que seguirán hasta que cumplan sus tres años y 14 nuevos grupos ya conformados bajo lo que es Cambio Rural II. Asimismo, existen 27 grupos cuyo proyecto está

en proceso de elaboración o aprobación. Esto da un total de 58 grupos que involucran a alrededor de 580 unidades productivas¹⁴.

3.3. El ProFeder

Este programa, como hemos señalado anteriormente, se puso en práctica en el año 2003. Sus objetivos se han planteado en términos de “contribuir a la promoción de la innovación tecnológica y organizacional, el desarrollo de las capacidades de todos los actores del sistema y el fortalecimiento de la competitividad sistémica regional y nacional, en un ámbito de equidad social y sustentabilidad ambiental” (ProFeder, 2011: 6).

Su emergencia como programa de extensión está vinculada a un nuevo período histórico en las políticas públicas como veíamos en el primer capítulo y fuertemente a la extensión rural pública, la cual estuvo a punto de ser completamente privatizada hacia comienzos de este siglo. Su enfoque se ubica en el marco de la idea de “desarrollo territorial”, el cual a partir de una visión de consenso entre los actores del territorio busca en forma simultánea volver más competitivos, sustentables y equitativos a los territorios.

Hemos señalado las debilidades de esta concepción ambigua, basada en la posibilidad de alcanzar consensos entre actores que ocupan posiciones contradictorias y de conciliar el libre mercado y la competitividad económica con el cuidado del medioambiente y la equidad social. No obstante, la ambigüedad e imprecisión en su definición y orientación de trabajo ofrece como contracara la posibilidad de operar en la práctica como un programa de intervención muy flexible, capaz de ser adaptado y puesto en marcha con objetivos muy diversos como veremos cuando profundicemos en el análisis de estos proyectos más adelante.

Su operatoria puede resumirse de la siguiente manera: básicamente se financian los “gastos operativos” o “gastos corrientes” de un técnico extensionista que debe tener su mayor cantidad de tiempo laboral (al menos un 50%) afectada al proyecto. Cada proyecto define su población beneficiaria¹⁵, señala las problemáticas sobre las que va a trabajar y plantea una estrategia de intervención con una planificación de carácter mensual.

Los proyectos ProFeder tienen en la actualidad una duración de seis años, con una evaluación intermedia –en la que debe participar la población beneficiaria y los distintos actores institucionales involucrados– a los tres años.

Al momento que hemos realizado el corte de nuestro abordaje de campo realizado entre agosto de 2014 y abril de 2015, el ProFeder tiene 19 proyectos en estado operativo en la provincia de Misiones con un alcance de 1.550 productores como beneficiarios. De estos proyectos, cinco se encuentran en la etapa de pre-proyectos¹⁶ y los otros 14 están aprobados, y se encuentran con financiamiento operativo para funcionar. Además, estos últimos disponen de un documento de referencia de trabajo que ha sido evaluado y aprobado para su funcionamiento. Nuestro estudio se centra en los extensionistas que llevan adelante estos 14 proyectos que ya se encuentran en pleno funcionamiento.

3.4. Alcance poblacional directo de los programas de extensión

De acuerdo a datos institucionales, la cobertura poblacional directa de los programas de extensión rural del INTA en Misiones es la siguiente:

Cuadro 1. Alcance en unidades productivas de los programas de extensión rural del INTA en Misiones

Programa	Grupos/Proyectos	Beneficiarios
ProHuerta	1.787	43.969 ¹⁷
Cambio Rural I y II	58	580
ProFeder	19	1.550

Fuente: Elaboración propia en base a la consulta de los documentos institucionales referentes a los proyectos.

4. Tipo y alcance de los objetivos de los proyectos ProFeder

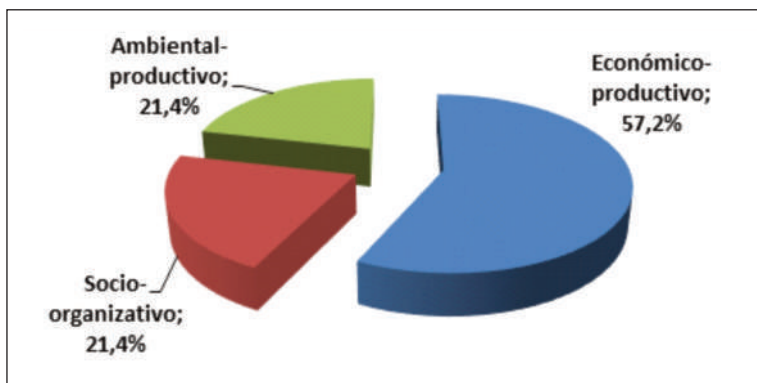
Lo que realizaremos a continuación es una primera aproximación a los proyectos de intervención sobre los que se recorta este estudio. Para organizar su descripción partiremos de una distinción de los mismos de acuerdo al tipo de finalidad central señalada por cada uno de ellos.

Si tomamos en cuenta los ejes centrales planteados por el INTA en su Plan Estratégico Institucional (PEI) 2005-2015 y documentos institucionales orientados a la adopción del enfoque del desarrollo territorial, el trabajo institucional debe contribuir a impulsar la competitividad

económica, la sustentabilidad ambiental y la equidad social de los territorios. De acuerdo a estos tres ejes pueden clasificarse los proyectos analizados según su finalidad principal tenga una orientación centrada en lo económico, lo ambiental o lo social¹⁸.

De los 14 proyectos analizados, todos tienen por meta, de distinta manera, trabajar en relación con la producción agrícola, lo cual resulta afín al perfil histórico de la institución. De ese total, de acuerdo a nuestro relevamiento, ocho de ellos (el 57%) plantean como finalidad central alcanzar mejoras y transformaciones de tipo económicas-productivas; mientras que tres centran el norte de su intervención en aspectos socio-organizativos y los otros tres restantes ubican la finalidad de sus proyectos en un eje ambiental-productivo. Vamos a caracterizar en forma sintética el perfil de cada uno de estos grupos de proyectos.

Gráfico 2: Proyectos ProFeder en Misiones según su finalidad principal



Fuente: Elaboración propia.

4.1. Proyectos con objetivo económico-productivo

Como ya hemos señalado, en este eje se enmarcan la mayoría de los proyectos analizados. Se trata de ocho proyectos distintos, en los que es posible encontrar varios rasgos que habilitan una caracterización común. En principio lo central aparece en su orientación hacia la mejora en las condiciones de rentabilidad de los pequeños y medianos productores para de esa manera contribuir al desarrollo rural. Se plantea, en general,

la necesidad de que los mismos se inserten en forma competitiva en el mercado.

Se observa también bastante homogeneidad en la cantidad de beneficiarios con los que se trabaja, cuyo número se ubica alrededor de las 60 familias por proyecto. Las tecnologías productivas aquí ocupan un lugar central y de su adopción depende en gran medida que se logre el objetivo trazado para el proyecto. La *eficiencia* de la explotación agropecuaria se vuelve un atributo central a lograr con la intervención.

Prácticamente todos los proyectos se centran en uno o dos cultivos o un tipo de producción particular, lo que implica una especialización técnica diferenciada del extensionista en estas producciones. A su vez, en varios casos, se observa una tendencia hacia los cultivos denominados “alternativos”¹⁹ en relación con las principales producciones de la provincia.

Otra de sus características es que en general trabajan acompañando o impulsando una organización productiva-comercial, fundamentalmente cooperativas agrícolas. La problemática que justifica el proyecto por lo general enfoca en los bajos volúmenes de producción, bajos niveles de adopción tecnológica y en algunos casos en las dificultades para negociar la comercialización de las producciones.

4.2. Proyectos con objetivo socio-organizativo

Los tres proyectos que ubicamos en este eje difieren de manera importante en su alcance: 30, 60 y 475 son las familias con las que cada uno de ellos se propone trabajar. No es la única diferencia significativa observable, pero en los tres casos el eje central del trabajo no está planteado en términos productivos o ambientales (sin ser dejados de lado), sino en la participación y organización de los agricultores.

Otra de las coincidencias centrales de estos proyectos está en la caracterización de la problemática del territorio donde se trabaja. Las mismas se ubican en un marco político más amplio que lo que hace a una dificultad de producción o comercialización puntual.

Por lo planteado en la justificación de los proyectos, básicamente se entiende que el principal problema del sector de los pequeños agricultores familiares pasa por su baja escala individual y su debilidad organizativa como conjunto. Esto los coloca en situación desventajosa a la hora de enfrentar sus problemas y sobre ello se propone trabajar la intervención.

Aquí no hay una especialización en un tipo de producción o en un tipo de actividad particular; por el contrario, lo que aparece es una gran diversidad de temáticas con las que intervienen tomando como base el trabajo organizativo. Los problemas se ubican más allá de lo productivo y lo comercial y apuntan fuertemente a la gestión conjunta que permita trabajar el acceso a la salud y la educación, mejorar caminos, situaciones habitacionales y obras de infraestructura.

4.3. Proyectos con objetivo ambiental-productivo

Estos tres proyectos tienen en común que su objetivo central apunta a la conservación o recuperación del medioambiente en el que viven un grupo de familias agricultoras. No obstante ello, existen diferentes puntos de enfoque: uno apunta a la búsqueda de una producción en armonía con el medioambiente, otro se centra en la recuperación y protección de vertientes para proveer en forma constante y segura de agua a las familias agricultoras, y el otro apunta al trabajo en la protección de una microcuenca trabajando tanto en tareas de extensión con agricultores para la protección de suelo como en la generación de datos e información sobre los cursos hídricos.

A la hora de revisar los diagnósticos respecto a las problemáticas, las mismas están centradas en cuestiones tanto ambientales como productivas: tala indiscriminada de bosques nativos, emergencias hídricas por mala conservación de cuencas, fuentes de aguas desprotegidas y contaminadas; junto con bajos niveles de productividad, baja escala productiva, etc.

Los tres proyectos se plantean la necesidad de trabajar en lo productivo pero de su lectura se desprende que asumen como prioridad la necesidad de cuidar el medioambiente para que estas producciones familiares sean viables y sustentables. También los proyectos hacen hincapié en la necesidad de la organización comunitaria en tanto metodología de trabajo para alcanzar las soluciones ambientales planteadas.

4.4. Cuadro comparativo de los proyectos de acuerdo a su eje principal

A modo de síntesis elaboramos el siguiente cuadro comparativo to-

mando como referencia la finalidad, el enfoque del sistema agrícola-productivo, el rol que tiene la organización social, y la problemática ambiental en cada grupo de proyectos.

Cuadro 2. Comparación de los proyectos de acuerdo a sus ejes centrales

	Económico-productivo	Socio-organizativo	Ambiental-productivo
Finalidad (contribución al desarrollo rural)	Mejorar la rentabilidad e ingreso de los pequeños y medianos agricultores.	Promoción de la participación y organización de los agricultores.	Protección y recuperación del ambiente en el que viven los agricultores.
Enfoque de la producción agrícola	Especialización en un cultivo para renta. Tendencia a la promoción de cultivos alternativos.	Diversificado. Se apunta a atender muchas temáticas productivas.	Diversificado. A través de la protección ambiental se apunta a dar sustento a los distintos sistemas productivos.
Vinculación con lo organizativo	Acompañamiento a cooperativas agrícolas asistiendo en el área productiva y comercial.	Se promueve la formación y consolidación de organizaciones de agricultores para la gestión integral de sus problemas.	Se plantea la necesidad de la organización comunitaria, pero no es prioritario en la intervención.
Problemática ambiental	En general no se plantea, aunque en algunos aparece la necesidad de prácticas conservacionistas en suelo.	Aparece en forma marginal, dentro del conjunto de las problemáticas territoriales.	Es considerado un aspecto central y básico para que la producción y la vida rural sea viable.

Fuente: Elaboración propia.

A partir de esta caracterización realizada nos introduciremos a continuación en el análisis de las representaciones de los técnicos respecto a su trabajo de extensión con agricultores.

Notas

1 La selva paranaense constituye uno de los grandes –y ricos– ecosistemas originarios del territorio americano. Hasta hace poco más de un siglo ocupaba 120 millones de hectáreas. En la actualidad se conservan escasos remanentes en Paraguay y en Brasil, constituyendo las reservas misioneras, con algo menos de un millón de hectáreas de selva, sus últimos reductos antes de su extinción definitiva.

2 De las 251.082 explotaciones agropecuarias que existen en el país, 25.762 se encuentran en la provincia de Misiones. Fuente: Censo Nacional Agropecuario 2008. www.indec.mecon.ar/nuevaweb/cuadros/11/cna08_10_09.pdf

3 Fuente: Plan Tecnológico Regional 2006-2008, INTA.

4 Censo Nacional de Población y Vivienda 2010. www.censo2010.indec.gov.ar/resultadosdefinitivos_totalpais.asp

5 Se calcula que hacia inicios del siglo XVIII el complejo de las misiones jesuíticas (que abarcaba también parte de Paraguay, Brasil y norte de Corrientes) albergaba 50.000 indígenas en su seno (Barsky y Gelman, 2009: 76). Otros historiadores plantean que estas misiones poseían más de 60.000 personas hacia fines del siglo XVII, lo que significaba más de la totalidad que sumaban por entonces Buenos Aires, Tucumán, Cuyo y Paraguay (Maeder, 2004: 65). Luego de la expulsión de los jesuitas en 1767, el territorio de la actual Misiones sufrió un fuerte despoblamiento motivado en parte por las invasiones de bandeirantes portugueses, quienes incursionaban en estas tierras a la “caza” de indígenas para llevarlos como esclavos hacia las haciendas brasileiras. Para fines del siglo XIX Belastegui (2007: 180) plantea que la población en todo este territorio llegaba a las 10.000 personas. Leopoldo Bartolomé por su parte (1998: 13) estima que la población aborigen para esa época apenas llegaba a las 3.000 personas.

6 Datos del Censo Nacional Agropecuario 2002.

7 Son unidades que actúan como agencias pero más pequeñas, en algunos casos cuentan con un solo técnico o profesional y funcionan en un edificio que no es propio del INTA (por ejemplo la Municipalidad).

8 <http://prohuerta.inta.gov.ar/>

9 Datos relevados con la coordinación provincial del programa.

10 Esto muchas veces los coloca en una situación de relativa subordinación en relación con el resto de los extensionistas y con los investigadores de la institución, generalmente con formación universitaria.

11 Fuente: <http://inta.gob.ar/unidades/122600/cambio-rural-ii>

12 En la mayoría de los casos en Misiones esto no sucede así, siendo el ingreso del técnico por este trabajo lo que paga el INTA. No obstante el programa no limita al técnico a tener a su cargo un solo grupo ni a la posibilidad de que este profesional asesor pueda llevar adelante otras actividades.

13 Fuente: <http://inta.gob.ar/unidades/122600/cambio-rural-ii>

14 Debe considerarse que estos datos corresponden a un periodo en que el programa está todavía siendo relanzado por lo que es probable que estas cifras aumenten.

15 No hay límites ni de mínima ni de máxima o especificaciones en este aspecto.

16 Durante la etapa de Pre-Proyecto el extensionista recibe un financiamiento parcial del programa a los fines de realizar las tareas de diagnóstico para definir los distintos elementos del proyecto definitivo que debe ser elevado y aprobado por la línea jerárquica de la institución.

17 Debe tenerse en cuenta que la mayoría de estos beneficiarios solo acceden a un kit de semillas y que corresponden a población tanto rural como urbana.

18 Carla de Micco (2008a) en su estudio respecto a las visiones sobre el desarrollo rural en el noreste misionero plantea también una clasificación en línea con estos tres ejes, distinguiendo la visión “desarrollista” (centrada en lo económico), la visión “agroecológica” (centrada en lo ambiental) y la “organizativa” (con eje en lo social).

19 Como floricultura, ananá, horticultura comercial.

Segunda parte

Los extensionistas y la comunicación con los agricultores

Capítulo IV. Los extensionistas y el reconocimiento cultural de los agricultores. Los extensionistas del ProFeder en Misiones: perfiles, interpelaciones a los agricultores y reconocimiento de sus saberes

A partir de este capítulo trabajaremos en la presentación y el análisis de los datos obtenidos en nuestro abordaje de campo. En esta parte buscamos recuperar las representaciones de los extensionistas respecto a sus prácticas de comunicación con agricultores. Para ello nos planteamos interrogantes que provienen de las dos grandes líneas teóricas del campo desde el que se ha pensado la extensión rural desde la comunicación social: la *Comunicación para el desarrollo*. En línea con la perspectiva crítica o alternativa, vinculada a lo que denominamos “racionalidad del reconocimiento” nos planteamos indagar sobre dos grandes dimensiones que atraviesan la comunicación: el “reconocimiento cultural del otro” y la “*politicidad*” en la que se inscribe toda relación con ese otro. En este capítulo abordaremos la primera de estas cuestiones, mientras que a la segunda la plantearemos en el siguiente. Para organizar la exposición comenzaremos presentando de manera introductoria los tres tipos de enfoques teóricos respecto a la extensión rural que hemos encontrado en los relatos; los mismos nos servirán de categorías desde las que clasificaremos las distintas representaciones presentes en la comunicación con agricultores (1). A continuación realizaremos una breve caracterización de los “perfiles” de los extensionistas estudiados de acuerdo a los distintos enfoques extensionistas sobre los que sustentan su trabajo de intervención (2). Con ese marco de referencia abordaremos tres elementos claves para aproximarnos a la dimensión del reconocimiento cultural: la caracterización que se utiliza para identificar a los agricultores; el lugar y el modo desde el cual se construye la *interpelación* a los mismos; así como la recuperación que se hace de sus saberes (3). Finalmente, sobre el final del capítulo plantearemos un breve análisis integrador a partir de las distintas perspectivas analizadas (4).

1. Tres enfoques sobre extensión rural en vigencia

A través de la revisión de los proyectos y, fundamentalmente, a partir del análisis de los relatos de los extensionistas respecto a sus propias prácticas y los sentidos referidos a las mismas, hemos podido identificar las huellas de tres grandes paradigmas respecto al trabajo extensionista. Siguiendo –en parte– la clasificación propuesta por Sevilla Guzmán (2013) que vimos en el segundo capítulo podemos decir que dos de ellos corresponden al pensamiento científico convencional y el otro al pensamiento alternativo. Así, el paradigma que mayor presencia tiene en los discursos extensionistas es el de la “*agricultura participativa*” que también podemos denominar como de “*desarrollo territorial*” y se corresponde con la orientación planteada por el INTA a partir del año 2003. En menor medida se advierte la presencia de otros dos tipos de enfoques: el de la “*modernización agraria*” por un lado y otro que denominaremos “*enfoque reivindicativo*”, vinculado a lo que ha sido el pensamiento alternativo. Vamos a realizar una breve presentación de los ejes sobre los que se sostienen cada una de estas perspectivas teóricas en los relatos analizados. Sobre esta distinción volveremos en forma permanente en el resto del informe para ir construyendo la caracterización respecto a las representaciones sobre las prácticas de comunicación en los extensionistas¹.

1.1. El enfoque de la “agricultura participativa” o “desarrollo territorial”

Se trata del enfoque con mayor presencia dentro de los relatos extensionistas. En principio podemos señalar que se presenta como una perspectiva crítica respecto a las visiones lineales del desarrollo en las que el técnico extensionista constituye el sujeto “portador del cambio social” a través de la expansión del conocimiento y las innovaciones. El eje central desde el cual se plantea la intervención está puesto en la idea de “participación” de los actores locales. En este esquema el extensionista debe priorizar las “demandas del territorio” para definir su orientación de acción y los temas en los cuales trabajar. Por su parte, el territorio es comprendido como “una construcción social y no un espacio objetivamente existente y delimitable” (Albanesi y Preda, 2005: 2).

Como enfoque teórico su origen se ubica en Europa (Montenegro Gómez, 2007). Como tal fue incorporado rápidamente por organismos

y agencias internacionales vinculadas con el desarrollo rural que lo han promovido con especial énfasis en los países latinoamericanos (Soto Baquero, Beduschi y Falconi, 2007). Es por ello que Sevilla Guzmán la ubica como la corriente más avanzada del pensamiento hegemónico o “convencional”.

El desarrollo territorial, de acuerdo a los documentos de referencia del INTA en relación con este tema², es un proceso implementado por los actores del territorio que apunta a fortalecer las capacidades locales y aprovechar los recursos propios y externos para consolidar el entramado socioinstitucional y el sistema económico-productivo local, con el propósito de mejorar la calidad de vida de esa comunidad (INTA-PNADT, 2007: 3). Se entiende que desde la intervención se debe trabajar en múltiples dimensiones en forma simultánea: la *económica-productiva* que apunta a lograr la competitividad de las actividades; la *sociocultural* que busca fortalecer la identidad y el capital social del territorio apuntando a la equidad; la *ambiental* cuyo objetivo es la sustentabilidad entendida como el desarrollo que cubre las necesidades del presente sin comprometer “la capacidad de las generaciones futuras para atender sus propias necesidades”; y finalmente la dimensión *político-institucional* que apunta a la generación de consensos y articulaciones institucionales (INTA-PNADT, 2007: 5-6).

Cabe destacar, que dentro de este enfoque encontramos proyectos que tienen una orientación en su objetivo central hacia los tres tipos de ejes que veíamos en el capítulo anterior: económico-productivo, ambiental-productivo y socio-organizativo.

1.2. El enfoque de la “modernización agraria”

Se trata del enfoque que mayor influencia ha tenido en la historia de los servicios de extensión rural pública en Latinoamérica. En muchos casos, como ya señalamos, llegó a instalarse como “sentido común” respecto al accionar extensionista. Básicamente aquí se apunta a lograr la superación de técnicas de producción tradicionales por innovaciones tecnológicas. En este sentido, no se cuestiona el universalismo de la ciencia y la técnica moderna como fin deseable, como así tampoco las reglas de funcionamiento del mercado y la competencia económica en la cual se deben insertar los agricultores.

De acuerdo con Caporal (1998: 117) la modernización apela a un proceso de transformación capitalista en la base técnica de la producción que, entre otras cosas, implica la subordinación de la actividad agrícola a sectores industriales. Se trata de un enfoque apoyado fuertemente en una perspectiva comunicacional instrumental en lo que se conoce como el “difusionismo”. Su principal soporte teórico lo ha brindado el norteamericano Everett Rogers con su obra *Difussion of Innovations* editada en el año 1962 de fuerte repercusión a nivel mundial y especialmente en Latinoamérica. La “difusión” constituye la clave de este tipo de extensión siendo entendida como “un tipo especial de comunicación en la que los mensajes son portadores de nuevas ideas” (Rogers, 1962: 5)³. En este esquema el extensionista fundamentalmente es un difusor de tecnologías e innovaciones, para lo cual puede valerse de una serie de “estrategias” con el eje puesto en la persuasión.

Este enfoque está fuertemente vinculado a lo que se conoce como el “productivismo” puesto que a través de la difusión de tecnologías agropecuarias se ha buscado incrementar los índices de productividad agrícola. En nuestro país y Latinoamérica, también ha estado vinculado fuertemente a la expansión de la “revolución verde” a partir de la década del 70⁴. La extensión rural, en esta línea, se plantea como objetivo central ayudar a salir de la pobreza y el “atraso” a las poblaciones rurales trabajando fuertemente en la persuasión para lograr la adopción de nuevas ideas y cambios de comportamiento.

Cabe destacar que este enfoque sólo lo encontramos en extensionistas que coordinan proyectos que tienen como eje central el trabajar en aspectos económicos-productivos; esto resulta congruente con lo señalado por Jan Servaes (2000: 10) en relación a este paradigma: “la perspectiva económica ha constituido siempre la esencia de la teoría de la modernización”.

1.3. El enfoque de la “extensión rural reivindicativa”

Finalmente encontramos un tercer tipo de enfoque respecto al trabajo de extensión rural que denominaremos en este informe como “*extensión rural reivindicativa*” al no contar con una expresión más apropiada. Se trata de una concepción que recupera en gran medida la tradición de lo que Sevilla Guzmán (2006) denomina como “marxismo heterodoxo”

que planteamos en el segundo capítulo, pero avanza sobre otras características no contempladas en aquella descripción. En esta visión encontramos elementos vinculados con aportes de la economía política y una comprensión de los actores sociales agrarios en función de su posición en el marco de las relaciones capitalistas de producción.

Su eje central apunta a trabajar desde la extensión rural en el apoyo a la construcción de organizaciones de carácter reivindicativo para la pequeña producción rural o la agricultura familiar. Una de las características que tiene este enfoque es que aquí el trabajo en extensión rural tiene elementos que en buena medida corresponden a una “lógica militante” (Ferrer, Barrientos y Saal, 2005: 10)⁵.

Utilizamos el término “reivindicativo” en el mismo sentido en que lo plantea Lattuada (2006) para aludir a los tipos de organización o asociaciones rurales que se caracterizan por los siguientes rasgos: “tener como objetivo fundamental la defensa integral (de todos) de los intereses de un determinado colectivo; ser universalista en la naturaleza de los fines que persiguen (...) y en la actividad que desarrolla” (Lattuada 2006: 21). En este sentido sus funciones esenciales son la representación, reivindicación y defensa de intereses, aun cuando cumplan otras funciones. De acuerdo con el autor, son características de estas asociaciones también el desarrollo de un discurso con una fuerte carga ideológica. En línea con los postulados de este tipo de enfoque los proyectos que impulsan estos extensionistas tienen su eje central puesto en lo socio-organizativo. Las características de este enfoque, al igual que las de los otros dos, se irán dilucidando a lo largo de este y el próximo capítulo.

2. Los perfiles de los extensionistas

Antes de introducirnos en las representaciones de los extensionistas respecto a sus prácticas de comunicación con los agricultores primero vamos a realizar una breve caracterización de los “perfiles” de los técnicos⁶. Para hacerlo apelaremos a elementos de clasificación general tales como edad, género y origen (urbano o rural, local o extra-regional), y otros aspectos más ligados a su trayectoria sociocultural, tales como formación académica, actividades laborales familiares, antecedentes laborales y antigüedad en la institución. Pero previamente a esa caracterización realizaremos unas breves consideraciones teóricas en torno a la categoría “extensionista”.

2.1. El extensionista como categoría social

De acuerdo con Schiavonni y De Micco (2008) el común denominador de estos agentes encargados de la ejecución de los planes de intervención rural es que han pasado por instituciones de formación académica. Esto explica también la identificación como “técnicos” que se hace de todos los extensionistas más allá de su profesión. Esta referencia no es menor si tenemos en cuenta, como señalan Otero y Rodríguez (2008), que la intervención extensionista plantea necesariamente una confrontación entre el saber local y el saber técnico. En ese marco, estas prácticas se vinculan, señalan los autores, al extenso y contradictorio proceso a través del cual la ciencia logra imponerse como única forma legítima del conocimiento. Este proceso, a su vez, se apoya en la deslegitimación de otras formas de conocer, por razones epistemológicas, pero también económicas y políticas (Otero y Rodríguez, 2008: 40).

Enfocando en el caso del noreste misionero, De Micco señala que los técnicos extensionistas forman parte de una “comunidad” que “comparte objetivos, temas de discusión, formas de gestión y obtención de recursos, etc. Sus miembros forman redes y se encuentran dispersos en el espacio” (De Micco, 2008b: 134). Para la investigadora lo distintivo de este grupo se ubica en

la creencia compartida de que existe posibilidad de cambio a través de operar sobre ciertas variables de la vida de los productores (forma de producción, forma de organización, etc.) y asumen un grado de compromiso con los beneficiarios que va más allá del contrato laboral con la institución a la cual pertenecen (De Micco, 2008b: 134).

Por su parte, analizando el caso de la provincia de Misiones, Schiavonni y De Micco (2008: 30) plantean que en general se observa una diferencia entre los técnicos agrónomos que trabajan en extensión rural, quienes en muchos casos son egresados de algún instituto terciario o de una escuela secundaria con orientación agropecuaria, de los ingenieros universitarios. De acuerdo con las autoras, mientras que los primeros por lo general son de origen local-rural, los otros tienen una procedencia extraprovincial y un origen urbano.

La idea compartida respecto a la posibilidad del “cambio social” a través de la intervención y del compromiso personal que demanda asu-

mir su tarea, como señala De Micco, pone al extensionista en una vinculación con los agricultores que suele trascender lo laboral. Esto también coloca a los técnicos muchas veces en el terreno del “deber ser”, de la moralidad, a la hora de plantear su trabajo.

A partir de estas consideraciones, realizaremos a continuación una breve caracterización de los perfiles de los extensionistas que llevan adelante los ProFeder estudiados.

2.2. Los extensionistas del ProFeder en Misiones

Para aproximarnos a los perfiles de los extensionistas distinguimos en principio aquellas características que son comunes a todos ellos, de otras que pueden diferenciarse y agruparse en base a los distintos enfoques extensionistas presentes.

Entre los rasgos comunes se destaca el hecho de que si bien casi todos tienen formación universitaria, y en algunos casos formación de posgrado, ninguno es hijo de “padres universitarios”. Asimismo, y consecuente con ello, por lo general en relación con su origen familiar todos los casos expresan un tipo de movilidad ascendente en cuanto a formación y a composición del ingreso. Por su parte, en términos generales puede plantearse que se encuentra una clara superioridad numérica de hombres (79%) frente a las mujeres (21%) dentro del universo de técnicos que coordinan los ProFeder⁷.

A continuación caracterizaremos brevemente los perfiles de los técnicos ordenando la exposición de acuerdo al tipo de enfoque con el que se piensa el trabajo extensionista.

2.2.1. Los extensionistas de la agricultura participativa

Se trata en todos los casos de técnicos de origen misionero que en su mayoría —no en todos los casos— viven y trabajan en zonas cercanas adonde se han criado. Esta característica no está presente en los otros dos enfoques.

En lo que hace a formación académica encontramos la mayor disparidad interna en relación con los otros grupos, puesto que aquí hay técnicos con estudios secundarios, estudios terciarios y estudios universitarios con formación de posgrado en curso. Sus edades se ubican entre los 35 y los 50 años.

Todos los casos analizados provienen de familias agricultoras de la región o de empleados no calificados. El acceso a estudios superiores ha sido una excepción dentro del grupo familiar. La orientación hacia el trabajo técnico en lo rural ha estado dada por el origen familiar y por el estímulo de los padres para que estudiaran y pudieran mejorar su condición económica. En cuanto a la antigüedad dentro del INTA, se observa una oscilación que va desde los 8 a los 20 años de antigüedad.

2.2.2. Los extensionistas de la modernización agraria

Aquí encontramos varias características comunes entre los extensionistas. En principio se trata del grupo etario más avanzado de los tres analizados, son técnicos cuyas edades oscilan entre los 45 y los 60 años. También son los que más tiempo llevan trabajando dentro de la institución: en general ingresaron en la década del 90 con el programa Cambio Rural; en promedio tienen una antigüedad en el INTA de alrededor de 20 años.

En este grupo encontramos técnicos con formación universitaria, de profesión ingenieros agrónomos o forestales, muchos de ellos con estudios de posgrado. En su perfil profesional se destaca que además son o han sido productores rurales y tienen experiencia práctica en la actividad agropecuaria con la que está vinculado su trabajo extensionista. Su vocación o elección por la carrera ligada a la agronomía o forestación ha estado marcada fundamentalmente por circunstancias familiares ya que sus padres se dedicaron a esta actividad.

En general no han tenido experiencia de militancia política partidaria; si bien muchos de ellos tienden a reconocer que su trabajo tiene una dimensión política, la mayoría plantea claramente que no hay que mezclar las cosas: el trabajo extensionista con “la política” (partidaria).

2.2.3. Los extensionistas del enfoque reivindicativo

Este grupo se ubica en una franja etaria menor que el anterior, con edades que oscilan entre los 35 y los 45 años. Poseen títulos universitarios, en general como ingenieros agrónomos y se han especializado en estudios sociales.

Si bien no existe total homogeneidad en las trayectorias sociocul-

turales se observa que predomina un pasado de militancia estudiantil universitaria que ha marcado fuertemente el perfil profesional. Proviene de grandes centros urbanos y han crecido en familias sostenidas económicamente por empleados no calificados.

La militancia estudiantil ha proporcionado una red de contactos nacionales con ingenieros agrónomos que luego de recibidos se han ido a trabajar a distintos lugares del interior en organizaciones rurales, ONG o instituciones públicas. Se destaca también que tienen militancia gremial dentro de la institución.

La antigüedad de estos extensionistas dentro del INTA oscila entre los 8 y los 11 años, coincidiendo su ingreso con los primeros años del proceso de fortalecimiento del sistema de extensión de la institución que se inició a partir del año 2003.

3. Identificaciones, interpelaciones y reconocimiento a los saberes de los agricultores

Vamos a adentrarnos ahora en las características generales que tienen las representaciones de estos extensionistas respecto a los agricultores con los que trabajan. Abordarlas resulta clave puesto que las representaciones, como lo hemos señalado siguiendo los aportes de Roger Chartier (1998), constituyen construcciones colectivas sobre las que se fundan maneras de percibir y clasificar, constituyendo con ello la base sobre la que se orientan las prácticas.

En principio hay que destacar que estas construcciones no son nunca un reflejo transparente respecto a los otros representados, así como tampoco son frutos del mero azar o el libre juicio de cada individuo. Más bien la construcción de representaciones por partes de miembros de un grupo social supone un proceso complejo y, en este sentido, nos habla mucho más de los propios marcos culturales de significación de esos grupos que de aquellos otros a los que se está haciendo referencia.

La representación de los “otros” constituye la base fundamental sobre la que se despliega en la práctica la interpelación a estos. Utilizaremos la noción de “*interpelación*” para referirnos a los modos en que una persona o grupo o institución se refiere a sus alteridades y se ubica a sí misma en relación con ellas. Utilizando la “caja de herramientas identitaria” de la que habla Alejandro Grimson “un miembro de una sociedad se identifica, es interpelado e interpela a los otros: se afilia y se

desafía, estigmatiza y es estigmatizado, contraestigmatiza” (Grimson, 2011: 186).

Sobre esta base, finalmente, pondremos la atención en el modo en que los extensionistas, agrupados de acuerdo con los distintos enfoques, ubican los saberes que estos agricultores manejan y la relación que ello tiene con la intervención. Puesto que el proceso de extensión rural está centrado en la circulación de conocimientos, este resulta un punto central para comprender la forma en que los extensionistas piensan sus prácticas y desde la cual se plantea el reconocimiento cultural de los “otros” con los que trabajan.

3.1. “Ser uno más del grupo”: los agricultores desde la visión de la agricultura participativa

En principio aquí también se observan rasgos comunes a los otros grupos a la hora de caracterizar a la población con quienes trabajan: todos los definen como “pequeños productores”, minifundistas, con bajo nivel de escolaridad. En general se elige el tipo de actividad productiva para identificarlos: yerbateros, tabacaleros o tealeros. Reconocen también que en su mayoría son familias que viven en parte de su producción y en buena parte de las asignaciones del Estado. En relación con la disponibilidad de tierras, todos la ubican en torno a las 25 hectáreas. Respecto a las problemáticas se hace referencia a cuestiones que van más allá de lo económico-productivo destacándose lo que hace a servicios básicos como agua y luz, caminos, salud, educación y también espacios de recreación y acceso a las tecnologías de comunicación.

Se plantea también la problemática que se da por el “envejecimiento” de la población, dado el creciente éxodo de los jóvenes, quienes migran desde la colonia hacia distintos centros urbanos. Esto se debe, a juicio de los técnicos, a causas muy complejas, entre las que se cuenta el creciente acceso a tecnologías de información y comunicación como celulares, computadoras, que contribuye a motivar el éxodo hacia centros urbanos:

ya no es el medio rural pensado como antes, solamente como algo tranquilo, sino que los jóvenes con esto de poder acceder a otro tipo de información van queriendo otras cosas y van buscando... y muchas veces no lo encuentran en la colonia y lo van a buscar al pueblo (KG).

El cambio en las subjetividades a partir, entre otras causas, del acceso a tecnologías de comunicación motiva una mayor búsqueda de acceso a bienes de mercado —que demanda la necesidad de contar con dinero— y espacios de socialización. El despoblamiento rural actúa, en este sentido, generando reacciones en cadena: cada vez son menos los espacios de socialización y encuentro en el medio rural, lo que a su vez motiva o contribuye al éxodo del mismo. Esto complejiza la perspectiva respecto a la sostenibilidad como agricultores para esta población como veremos en el capítulo siguiente. No obstante, también en este grupo se encuentra una posición que, a partir del mismo diagnóstico, señala que si se lleva hacia el medio rural el acceso a los mismos bienes y servicios básicos con que cuenta el medio urbano no se produciría este éxodo.

A la hora de plantear la propia percepción respecto al tipo de vínculo que se construye con los agricultores, por un lado está la visión mayoritaria que se corresponde con quienes son prácticamente vecinos de los agricultores, o tienen un vínculo motivado en que viven cerca y/o se han criado en la zona. En virtud de ello plantean una relación de cierta horizontalidad con los grupos con que trabajan reconociéndose como “uno más dentro de los grupos”, o “partes de una gran familia” que entre todos conforman⁸. Esta es la visión mayoritaria.

Por el contrario, quien trabaja en esta línea pero no pertenece a la zona donde se produce la intervención reconoce una distancia fuerte con los agricultores:

Yo siento que me ven como de afuera, y siempre voy a ser de afuera, o sea no te dicen pero la experiencia de trabajar con gente así rural digamos es que vos siempre sos de afuera (JB).

Esta misma diferencia se corresponde respecto al lugar en el cual se ven las potencialidades de este sector y su relación con la adopción tecnológica, uno de los temas centrales trabajados en la extensión rural. Por un lado, quienes se encuentran cercanos físicamente a los agricultores plantean que la gente quiere progresar y que los técnicos deben tomar especialmente en cuenta qué es lo que la gente ya está haciendo y a partir de ahí sumarse a trabajar. Cuando la propuesta tecnológica va en esta dirección los productores tienden a su adopción:

nosotros así no tenemos tantos problemas, porque no tratamos de in-

ventar nada extraño (...) el productor va a adoptar algo que le sirve y que él tiene la posibilidad de acceder (...) cuando el productor ve que le rinde en pesos cambia y si tenés algo que es sencillo, que es económico no va a reaccionar en contra de eso (YN).

Como contraparte, encontramos aquí una posición bien distinta por parte de quien no pertenece a la zona en quienes se reconoce una suerte de “extrañamiento” e incompreensión respecto a la lógica de los agricultores. En este caso se plantea directamente la idea de que es muy difícil que los pequeños productores en general puedan realizar algún tipo de adopción tecnológica:

yo básicamente veo eso: se trabaja mal, hay baja rentabilidad, hay degradación de suelos... y esos problemas digamos tienen solución técnica, nada más que no sé, (...) ya hicimos cientos de capacitaciones de cómo hacer una curva de nivel, por qué es importante trabajar con pequeñas obras en caminos rurales para que el agua no erosione y se vaya haciendo el daño que sabemos y todo eso, en cientos de capacitaciones hablamos de eso, siempre estamos hablando de agua, de productividad y todo eso, pero vemos que la gente no adopta, digamos (JB).

A su vez, en esta visión en la cual el técnico se reconoce de “afuera”, se plantea también una asimetría en los conocimientos, que colocan al técnico en una posición de poder frente a los agricultores:

Es indudable que nosotros tenemos muchos sesgos profesionales que nos llevan a ubicarnos en una posición de poder digo yo, porque vos venís con un conocimiento que ellos no tienen y de información que no tienen, entonces de hecho en una reunión sos el protagonista vos que venís de afuera y generalmente no se da eso de una reunión donde todos estamos en la misma posición, básicamente es eso: hay una diferencia de conocimiento y eso marca diferencias y siempre vas a ser de afuera (JB).

En contraposición, los técnicos que viven en la zona plantean otro tipo de actitud, señalando que los agricultores manejan un buen nivel de conocimientos y saberes:

La gente conoce mucho, para tomar las determinaciones que nosotros

tomamos de los trabajos que hicimos también se consulta mucho lo que la gente sabe, inclusive teniendo en cuenta esto de los recursos naturales la que conoce es la gente que vive en el lugar digamos, por ahí sí en cuanto al aspecto técnico-productivo hace falta mucho todavía, pero la gente tiene una base de conocimientos que le permite hoy subsistir (YN).

En este marco la clave para hacer bien el trabajo extensionista se ubica en partir de necesidades “reales” y sentidas como tales por los propios beneficiarios y fundamentalmente en trabajar con propuestas que partan de lo que los agricultores ya están haciendo. En este sentido, se reconoce que el agricultor con sus escasos recursos económicos maneja una lógica que no le permite tomar muchos riesgos y es importante que antes de tomar una decisión respecto a la adopción de una determinada tecnología necesite ver los resultados. Para ello se postula como estrategia introducir siempre una tecnología con algunos pocos “demostradores”, que serán aquellos más predispuestos a la innovación y servirán para que luego otros sigan ese camino.

Otro de los aspectos señalados en este grupo tiene que ver con que en varios, no en todos, encontramos un trabajo que enfoca de manera importante la cuestión de género. Este aspecto emerge de la mayor complejidad con la que se piensa y se aborda el medio rural por sobre cuestiones productivas. Se señala, en general, el lugar subordinado que ocupa la mujer en la colonia y se busca trabajar en este sentido en la intervención:

el trabajo de la mujer era bastante relegado (...) a medida que fuimos trabajando con las comunidades incorporando esa perspectiva de género como forma transversal del trabajo, fue cambiando un poco el rol de la mujer en lo que tenía que ver con la participación más pública (KG).

... a mí me gusta mucho trabajar con las mujeres porque siempre siento que en muchos lugares las amas de casa no son valoradas y la mayoría tienen el autoestima por ahí un poco baja y a veces necesitan que alguien les diga que pueden, y que pueden salir adelante, que pueden generar ingresos, y por ahí los primeros tiempos, no es que creen mucho, y después el mismo grupo viendo que algunas ya se animan y comienzan a producir, se ve ese cambio (RP).

3.2. “Pensar como el productor para saber convencerlo”: los agricultores vistos desde el enfoque de la modernización agraria

De los relatos de los extensionistas que trabajan con este enfoque se destaca, en primer lugar, que caracterizan a los agricultores desde el punto de vista de sus necesidades en relación con la producción agrícola. En este sentido básicamente se piensa que la extensión rural debe dar respuestas a sus necesidades técnicas: ir a lo productivo y concreto.

El agricultor es identificado fundamentalmente como un “productor agropecuario”. El mismo tiene una “vivencia” que debe ser conocida y respetada. Por lo general el técnico aquí plantea una fuerte identificación con ellos, puesto que se reconoce que además de técnico, antes ha sido, o es en la actualidad también, un productor rural. Es esta condición la que actúa justamente para legitimar y justificar el propio lugar de la intervención y su priorización personal por enfocar en los aspectos económicos-productivos en el trabajo de extensión rural.

A la hora de caracterizar los atributos que permiten identificar a los agricultores se prioriza en general la información vinculada con su productividad: disponibilidad de tierras, capital y tecnologías constituyen aspectos centrales que hacen a la visión respecto a este sector. También se suele incluir el nivel de instrucción formal como un rasgo utilizado para la descripción.

Por lo general los beneficiarios⁹ son caracterizados como “pequeños productores” en forma genérica, sin diferenciación interna. No obstante, existen algunos casos que plantean una distinción concreta de acuerdo a si están más o menos capitalizados. A su vez, se habla haciendo referencia a “el productor” en términos exclusivamente masculinos e individuales. Cuando se habla de la familia se lo hace en forma contextual, puesto que en general se ubica como el sujeto destinatario de la tarea extensionista al productor varón adulto.

En este marco, el eje de la interpelación, que además constituye la clave para realizar el trabajo en forma exitosa, pasa por “pensar cómo piensa el productor”. Para ello es importante que el técnico conozca, en el sentido práctico, todas las aristas y las instancias con las que debe lidiar el agricultor. Esto constituye algo fundamental en su tarea de técnicos asesores y en la visión económica-productiva desde la cual se po-

sicionan y definen a su propia práctica: “yo no entiendo un profesional que no sepa producir” señala uno de ellos.

De acuerdo a su visión, el hecho de ser, o haber sido productores los acerca a los agricultores con quienes trabajan, porque comparten una misma experiencia:

cuando uno es productor tiene una vivencia (...) tenés toda la experiencia de que no se consigue la bosta de vaca, que la cascarilla está lejos, que sembrar eso es un embole (...) vos tenés que saber eso, y tenés que decirle ‘mirá, esto cuesta trabajo, esto es un embole, yo sé, sembrar acá, esto va a ser así, es más caro primero’ (...) o sea vos tenés que saber lo que el tipo piensa para poder convencerle (HB).

Esta característica, además, actúa de modo legitimador frente a los productores:

cuando el productor se da cuenta que vos sabés lo que es pelear con un verdulero ya te mira de otra manera, cuando entiende que lo que vos le contás él ya lo sintió, se identifica (HB).

Se entiende que el agricultor básicamente necesita mejorar su ingreso económico, y que esto es lo que mejor puede hacer el técnico si quiere verdaderamente contribuir a su bienestar. Aquí no se cuestionan las reglas de juego ni se buscan modos alternativos de alcanzar el desarrollo. Se asume que vivimos en una sociedad donde el dinero ocupa un lugar central y la forma de obtenerlo, para el caso de los productores agropecuarios, consiste en la integración en forma competitiva a los mercados.

cuando yo arranqué con el ProFeder, para que vos te hagás una idea, productores que hoy son feriantes hacían trueque, venía un camión de Posadas con mercadería, con nafta, con gasoil... ellos llevaban con un carro batata, zapallo... y le daban tres kilos de arroz o dos litros de nafta... ¡una pobreza absoluta! Hoy son feriantes, son productores que yo con orgullo digo ‘tienen DirectTV’, siguen siendo pobres, bueno no sé si pobres, no sé cómo decirte, tienen mejor calidad de vida (HB).

Consecuente con sus representaciones identitarias y el lugar desde el cual se postula la interpelación, los técnicos plantean aquí una caracterización de los saberes de los agricultores enfocando en lo que tiene

que ver con el proceso productivo. En este sentido, en términos generales, se reconoce que los productores tienen un buen conocimiento del manejo agrícola y que en muchas cosas específicas llegan a saber más que el propio técnico, quien termina aprendiendo de ellos. Por su parte existe cierto consenso también en reconocer dificultades en los conocimientos vinculados a prácticas de protección del medioambiente, como la conservación del suelo (fundamentalmente), la manipulación de agroquímicos y la protección de las fuentes de agua.

Más allá de estas coincidencias generales, en relación a los saberes se observan dos tipos de actitudes claramente distinguibles. Las mismas, como también veíamos bajo el enfoque de la agricultura participativa, pueden distinguirse de acuerdo a si los técnicos tienen una relación más distante con los grupos o si tienen un mayor grado de involucramiento afectivo con los mismos. Para los primeros, en algunos casos, se establece cierta tensión por una especie “competencia” o desafío que a veces los agricultores le hacen al técnico por tratar de demostrar quién sabe más. A juicio de los extensionistas esto se debe a que muchas veces el productor busca “ponerlo a prueba” para saber si es alguien serio o es un “charlatán”.

En esta perspectiva, la cuestión de los saberes (o la ausencia de ellos) se encuentra, de acuerdo a los técnicos, en la base de gran parte de los problemas que tienen los agricultores y sobre los cuales es importante trabajar en la extensión rural. No obstante, se reconoce que muchas veces hay una dificultad fuerte para lograr cambios en este sentido en virtud de la existencia del empirismo a partir del cual el agricultor construye sus saberes. Aquí el conocimiento del productor en general es visto como carente del rigor necesario:

... ellos se las saben todas y hacen mil pruebas sin ningún criterio técnico, sin ningún concepto, y después dicen “ah, eso no anda”, pero porque lo hicieron mal, ¿entendés? Es muy difícil con esa modalidad que ellos tienen poder avanzar (LL).

... a veces pasa que hay un problema fúngico y vos le decís “mirá, acá tenés que poner un fungicida...” y el tipo: “no, pero yo probé con un insecticida y anduvo”... “ah, qué bien” le decía yo (risas)... y lo que pasa es que arman cócteles, entonces hay un problema fúngico y en un cóctel ponen cinco cosas y una funciona y las otras cuatro las están tirando... pero convengamos que no son la mayoría de los casos (HB).

3.3. Reconocer las diferencias pero pensar en el productor como un “compañero”: los agricultores desde la extensión reivindicativa

Aquí observamos importantes diferencias en relación con el grupo anterior. En principio los extensionistas toman como sujeto destinatario de la extensión al conjunto de la población que vive en las chacras, la caracterización se expresa en términos colectivos antes que individuales. Si bien las modalidades de intervención muchas veces enfocan en algunos de los miembros de la familia, se tiene en cuenta al conjunto familiar y desde allí se visualizan sus necesidades. Estas se plantean en términos bastante más amplios que lo relativo a la producción agrícola y la asistencia tecnológica.

Las familias son vistas principalmente a través de sus problemáticas generales, las cuales abarcan una gran cantidad de áreas de la vida social y cotidiana: dificultades en educación, salud, alimentación, caminos, tenencia de la tierra, bajos ingresos... todas ellas son parte de las cuestiones referidas para caracterizar la situación de estos agricultores.

Entonces, los destinatarios de los proyectos son vistos más allá de su condición de productores agropecuarios. Esto es consecuente también con su visión respecto a que este sector de la población en gran medida ya no compone sus ingresos a partir de la producción agropecuaria, sino también con la venta de su fuerza de trabajo en forma temporal y el ingreso que recibe por distintas asignaciones estatales. Esta múltiple composición del ingreso señala las dificultades estructurales del sector para sostenerse desde la producción agropecuaria, pero permite en muchos casos cubrir las necesidades más básicas:

muchos pequeños productores no están viviendo de la producción, sacan algo para el autoconsumo... entonces bueno, un poco de changas, un poco de las asignaciones, un poco de autoconsumo y van sobreviviendo (...) afortunadamente la mayoría come, come bien creo, pero se ven las falencias en el terreno educativo, de progreso social, de vestimenta, de acceder a la vida cultural, de desarrollar la personalidad humana en otros aspectos (VP).

Si bien se reconocen todas estas problemáticas, que no son compartidas necesariamente como las problemáticas que tienen los exten-

sionistas¹⁰, hay una voluntad de construir una posición de cierta igualdad frente a los agricultores, asumiendo el lugar de “un compañero más” dentro de las organizaciones, siguiendo en la línea de la lógica militante que planteábamos anteriormente. En este sentido plantea un técnico que lo primero es:

generar una relación de par a par, sabiendo que no somos pares, en el sentido de que nosotros somos universitarios, venimos de otro lugar, etcétera, pero poder generar una relación que sea de igual a igual por decir así, sabiendo que objetivamente no somos iguales (CT).

A la hora de seleccionar atributos con los cuales caracterizar a los agricultores se apela por un lado a criterios provenientes de la sociología rural y la economía política. De esta manera se los clasifica de acuerdo a su relación con la posición que ocupan en el sistema económico: pequeño productor capitalizado, productor mercantil simple, semi asalariado, asalariado con lote, forman parte de las clasificaciones, las cuales están muchas veces motivadas por el tipo de estudios del extensionista.

Además, desde este enfoque se pone de manifiesto también que la relación está construida básicamente desde la confianza; y ahí también se da la construcción de lazos afectivos que colocan al técnico y los agricultores en una relación que va allá del marco de un proyecto laboral y por la cual el técnico obtiene reconocimiento desde la institución.

En cuanto a lo relativo a los saberes de los agricultores se plantea allí una visión compleja. En principio se reconoce que disponen del conocimiento necesario para desarrollar tareas productivas a baja escala. Las complicaciones señaladas a este respecto son puntuales, como alguna enfermedad en algún animal o planta. No obstante, se plantea que en lo tecnológico sí hay problemas de saberes sobre todo si se quiere ampliar la escala productiva, puesto que ello implica pasar a dominar tecnologías más complejas para las cuales los agricultores no están capacitados. Esto es señalado como una limitante a la hora de proyectar sistemas productivos cooperativos que salgan de una escala micro. No obstante ello, se valora el hecho de que para sobrevivir en la chacra en la actualidad hacen falta muchos conocimientos y capacidades en las cuales no todo el mundo está preparado: “muchos han querido ir a la chacra creyendo que es todo lindo y no han aguantado una semana”, señala un técnico en relación con cierta visión urbana que idealiza la vida en la chacra como algo simple y sencillo.

Donde se reconocen las principales dificultades en el plano de los saberes y en los cuales se busca trabajar en la intervención tiene que ver con el manejo de herramientas conceptuales que les permitan a los agricultores comprender su propia situación y problemática en el marco de un contexto amplio. Este aspecto resulta clave según los técnicos, puesto que constituye la base para la conformación de organizaciones sociales en tanto vía central para superar las problemáticas de la pequeña agricultura familiar. A través de las mismas los agricultores pueden acumular fuerzas y disputar distintas reivindicaciones para el sector.

La visión de los técnicos apunta a respetar el conocimiento local en lo que hace a lo productivo, pero apunta en gran medida a lograr la transformación de la visión socio-política general de los agricultores. Aquí se plantea la dificultad en el acceso a información y acceso a herramientas de análisis macrosocial que tiene este sector a la hora de analizar sus problemáticas. En este marco, el trabajo del técnico muchas veces debe problematizar y “hacer entrar en crisis” los sentidos comunes de los agricultores a la hora de ubicar las causas de los propios problemas, los cuales muchas veces son explicados en referencia a situaciones particulares o coyunturales. En este sentido, se cuestiona en la visión “paternalista” de ciertos técnicos¹¹ que muchas veces tienen una concepción romántica respecto a los conocimientos nativos sin reconocer que los mismos están atravesados por intereses hegemónicos.

En el orden práctico se plantea también la necesidad de que los técnicos puedan acompañar todo lo que hace a los procesos burocráticos y legales de la organización, los cuales tienden a “asustar” más de una vez a los agricultores por la gran cantidad de trámites o el manejo de papeles que implican. En este sentido se plantea la necesidad de brindar un acompañamiento que gradualmente permita realizar una transferencia de responsabilidades desde los técnicos hacia los agricultores.

4. El reconocimiento cultural de los agricultores en los relatos extensionistas

Del análisis de lo relevado en este capítulo donde hemos intentado aproximarnos a los modos en que los extensionistas plantean en sus relatos aspectos vinculados al reconocimiento cultural de los agricultores podemos extraer algunos elementos significativos para nuestra caracterización:

Correspondencia entre enfoque extensionista y representación identita-

ria. En principio existen algunas coincidencias generales en todos los extensionistas respecto a los elementos utilizados para caracterizar e identificar a los destinatarios de la intervención, denominados en forma genérica como “pequeños productores” o “agricultores familiares”¹². No obstante, se observan diferencias significativas de acuerdo al tipo de enfoque con que es pensada la extensión rural.

En este sentido desde el enfoque de la “extensión reivindicativa” es donde mayor complejidad de elementos se recupera a la hora de caracterizar la población, lo cual puede ser explicado en parte por la formación en áreas sociales que estos técnicos poseen. Como contraparte, desde el enfoque en la modernización agraria se privilegian en forma casi exclusiva aspectos que hacen a la actividad agropecuaria.

Mirar desde la carencia. Más allá de las diferencias con que se caracteriza a los agricultores, un aspecto que llama la atención de la lectura de todos los proyectos y en general de los relatos de los extensionistas, tiene que ver con la centralidad que ocupan las limitaciones, “carencias” o problemáticas a la hora de caracterizar lo que es la población beneficiaria o los destinatarios de la extensión. En este sentido se observa una muy baja recuperación de elementos que enfoque en las potencialidades que este sector tiene.

Tampoco se plantea en términos generales la recuperación de elementos históricos ni antecedentes respecto a intervenciones extensionistas en los territorios en forma previa a los ProFeder que podrían servir de base para los planteos respecto a las estrategias de intervención.

La interpelación extensionista y una distancia problemática. Los extensionistas realizan una labor que implica la posibilidad de contribuir a que se produzcan transformaciones en la población con la que trabajan. Como ya hemos señalado, esto los lleva en gran medida a plantear un compromiso con los beneficiarios que va más allá, muchas veces, del contrato laboral. En este marco resulta importante observar y analizar los distintos lugares desde los cuales el técnico plantea su relación e interpele a los agricultores con los que trabaja. En este punto también vimos que existen diferencias respecto a los distintos enfoques de extensión. Sin embargo en general se revela una tendencia por colocarse en un lugar de cierta paridad o identificación del propio técnico con los agricultores que de alguna manera tiende a borrar la distancia que existe entre ambos.

De esta manera, en las intervenciones orientadas desde la modernización agraria el técnico plantea que para hacer su trabajo debe “pensar como el productor” lo que considera que es posible puesto que él mismo ha sido antes un productor. Otra apelación apunta a ubicar al productor, más allá de reconocer diferencias, como un “compañero”, la misma tiende a inscribirse en el plano de la militancia en las organizaciones. En un sentido cercano se plantea también desde la agricultura participativa que el técnico debe ser “uno más del grupo” de los productores. Puede reconocerse en estas últimas apelaciones la virtud de colocarse en forma crítica respecto al lugar de centralidad desde el cual se concibió históricamente, como vimos en el capítulo dos, el rol del técnico en la extensión rural como “el sujeto” portador del cambio social y/o el desarrollo. Sin embargo, también revelan la naturaleza conflictiva que tiene la definición del rol del extensionista dentro de los grupos donde ejerce su intervención.

Planteamos que allí se presenta un eje conflictivo para los extensionistas en su relación con los agricultores por observar la siguiente paradoja: el extensionista plantea por un lado ponerse en una situación de paridad o igualdad con los agricultores con los que trabaja; sin embargo a la hora de identificar y caracterizar a estos agricultores –fundamentalmente desde la carencia como veíamos– utiliza atributos y características que hablan de una situación que prácticamente en nada coincide con la propia situación del técnico.

El saber y el involucrarse. En este marco, conviene analizar el lugar desde el cual los extensionistas piensan y reconocen los saberes de los agricultores con quienes trabajan. Como lo hemos señalado, esta cuestión atraviesa en forma integral la práctica extensionista. Aquí emerge un elemento significativo. Como hemos observado, existe una elevada correspondencia en los relatos de los extensionistas entre los distintos tipos de enfoques sobre la extensión rural y los diferentes modos de identificación e interpelación para con los agricultores. Sin embargo no sucede lo mismo en relación a las valoraciones que se plantean respecto a los saberes de los beneficiarios. Dentro de los dos enfoques mayoritarios encontramos posiciones divergentes en relación a un juicio positivo o negativo sobre los mismos. Antes bien parece corresponderse con esta cuestión el nivel de cercanía e involucramiento que el extensionista plantea en su relación con los agricultores: allí donde hay una mayor cercanía física y afectiva entre ambos hay una mayor recuperación en los relatos respecto

al valor de los saberes locales. Esto no invalida, pero sí relativiza en cierta medida, la noción de enfoque de extensión como matriz de interpretaciones respecto a los tipos de reconocimiento cultural presentes.

Notas

1 Debemos aclarar que esta clasificación y ordenamiento corren por nuestra cuenta, no son categorías con las que los extensionistas definen sus propios enfoques teóricos en los que enmarcan sus prácticas de extensión rural.

2 Nos referimos fundamentalmente al “Plan Estratégico Institucional 2005-2015” y al Documento de Trabajo N° 1 del Programa Nacional de Apoyo al Desarrollo de los Territorios.

3 La traducción es nuestra.

4 En efecto, los comienzos de este paradigma se vinculan con la difusión por primera vez del maíz híbrido en Iowa, Estados Unidos, en el año 1943 (Sánchez de Puerta, 1996: 248).

5 No obstante, queda claro que se distingue de esta —y esto, como veremos en el Capítulo 5, lleva a tensiones e incluso contradicciones— por tratarse de un trabajo que es remunerado y plantea una relación de dependencia dentro de una institución del Estado.

6 Cabe destacar que aunque se suele señalar la importancia de la extensión rural en nuestro país, no existen trabajos académicos que caractericen los perfiles de los sujetos encargados de llevar adelante estas actividades con la excepción del reciente trabajo de Fernando Landini (2013) en el que se brinda una breve caracterización de tipo cuantitativa de los técnicos que trabajan en el sistema público de extensión rural de la Argentina. Allí se consignan los siguientes datos: sexo, edad, máximo nivel educativo alcanzado, título universitario y/o de posgrado, ámbito productivo en el que se trabaja. Las conclusiones de este trabajo señalan un amplio predominio masculino en esta actividad, y escasos profesionales de las ciencias sociales y ambientales (Landini, 2013: 20-21).

7 Esta tendencia a la superioridad numérica masculina es incluso mayor que la señalada por Fernando Landini para todo el sistema público de extensión rural argentino en la que observa una relación de 65% de hombres frente a un 35% de mujeres (Landini, 2013: 6).

8 Esta cualidad tiene como contracara que el extensionista muchas veces no puede tener cierta privacidad fuera del horario laboral, ya que está atendiendo consultas y demandas en cualquier día y a cualquier hora, aunque no plantean a esto como una dificultad o algo que pueda llegar a ser molesto.

9 Utilizamos este término tal como son nombrados en términos genéricos dentro de los proyectos los destinatarios de la intervención extensionista.

10 Y en muchos casos están bastante alejadas.

11 Actitud que suele adjudicarse especialmente a ciertos técnicos con formación en ciencias sociales que realizan tareas de intervención rural.

12 Estas categorías se corresponden con las definiciones que el INTA hace en distintos documentos de referencia.

Capítulo V. Los extensionistas y los horizontes políticos de sus prácticas. La finalidad social de la intervención extensionista de acuerdo con los sentidos construidos en torno a la misma por los técnicos del ProFeder en Misiones

Como ya hemos señalado en la primera parte de este informe, la práctica de lo que se denomina Comunicación para el desarrollo antecede a la conformación del moderno sistema de extensión rural y, desde luego, a la reflexión académica sobre el mismo.

A lo largo de las últimas décadas sin dudas se han producido rupturas y continuidades con aquellos comienzos tanto en la práctica como en la reflexión teórica respecto a la extensión rural, la comunicación social y la confluencia entre ambas. Como hemos planteado, esta vinculación desde un comienzo tuvo una fuerte impronta del enfoque difusionista, que piensa las relaciones sociales desde una racionalidad instrumental. Sin desconocer la eficacia de esta perspectiva especialmente en lo que hace a concretar metas cuantificables en el corto plazo —que en buena medida explica su vigencia— hemos planteado que existe la posibilidad de abordar la articulación de ambas áreas desde otros puntos de vista.

Dentro de los márgenes que hemos planteado para el alcance de este trabajo nos ocupamos de las visiones de los extensionistas respecto a sus propias prácticas de vinculación con los agricultores. Recuperando aportes de la tradición crítica o alternativa de lo que ha sido el campo de la Comunicación para el desarrollo hemos orientado la indagación en el capítulo anterior hacia la dimensión del “*reconocimiento cultural del otro*” a través del lugar desde el cual plantean su interpelación y la recuperación de sus saberes. En este capítulo abordaremos otra de las dimensiones aportadas desde la perspectiva crítica que hace alusión a la “*politicidad*” de las prácticas.

Hemos aclarado el sentido de lo que entendemos por *política* y por qué nos parece este concepto particularmente importante para pensar

un campo de prácticas sociales como la extensión rural pública. Para indagarlo a partir de las propias miradas de los extensionistas nos planteamos la utilización de tres categorías intermedias que se encuentran interrelacionadas¹. En primer lugar abordaremos los tipos de visiones respecto al *Desarrollo rural*, en tanto horizonte social o futuro deseado para el medio rural, que están presentes en los proyectos y los relatos de los extensionistas (1). Posteriormente recuperaremos las distintas visiones respecto a lo que se entiende que debe ser el *rol de los extensionistas* en particular y el INTA en general en la construcción de ese horizonte (2). Finalmente, estudiaremos las representaciones respecto a las *articulaciones* y vinculaciones con otros actores institucionales en el trabajo extensionista en terreno; lo que hace a la “organicidad” percibida para las propias prácticas (3). Sobre el final plantearemos un análisis que busca integrar las distintas categorías expuestas (4).

1. El desarrollo rural en la visión de los extensionistas

El desarrollo rural como categoría alude, hemos señalado, a un horizonte o futuro político deseable para el medio rural. En virtud de ello, más allá de las marcas con las que surge como denominación, la misma se vuelve un área de significación en disputa según los distintos intereses y las distintas concepciones en juego. Asimismo, su indagación constituye un terreno privilegiado para abordar las representaciones sobre el mundo rural hoy presentes en quienes ejercen el trabajo extensionista desde un organismo público. Vamos a presentarlas distinguiendo los tres enfoques extensionistas que hemos encontrado en este grupo de técnicos que estudiamos².

1.1. “El desarrollo posible”: el enfoque de la agricultura participativa

Si tuviéramos que sintetizar los elementos que componen la visión respecto al desarrollo rural en este grupo podríamos señalar los siguientes: no debe ser definido por el técnico, sino que hay que pensarlo a partir de lo que la gente plantea como sus “necesidades sentidas”; es necesario plantear una mirada que vaya más allá de lo económico y el progreso material cuando se habla de desarrollo; y el acceso a los “servicios bási-

cos” en el área rural constituye un pilar indispensable para pensar en frenar el éxodo hacia los centros urbanos.

Se trata de una perspectiva que plantea que el desarrollo rural debe ser visto desde una mirada integral, donde se contemple lo técnico productivo, pero también se haga fuerte hincapié en aspectos simbólicos y afectivos. De esta manera el desarrollo debe ser pensado desde una mirada integral; abordando la diversidad de aspectos que hacen a la vida rural:

muchas veces en la ansiedad del desarrollo económico dejamos un montón de cosas de lado, la parte cultural, dejamos de ver que es importante que el productor se organice no sólo con el fin comercial, porque eso es muy precario, ante el primer problema económico esos grupos se disuelven (RP).

En virtud de ello, desde esta visión se señala la necesidad de poder tener un objetivo claro y construir lazos de confianza fuerte dentro de cada grupo. Más allá de un señalamiento puntual, se plantea que lo central tiene que ver con aquello que es planteado como “necesidades sentidas” dentro de la comunidad. Entonces se cuestiona que se quiera pensar desde “afuera” lo que debe hacerse para alcanzar el desarrollo local:

muchas veces decimos: “vamos a meter acá una industria, y acá faltan escuelas... faltan tales cosas”, pero después hacer una escuela donde hay cuatro alumnos tampoco funciona. Entonces el desarrollo no pasa porque esa comunidad tenga una escuela, o algún otro tipo de servicio, sino por escuchar a la gente desde su visión qué es lo que necesitan, porque muchas veces al desarrollo lo planteamos nosotros desde nuestra visión, y no se escucha al productor (KG).

Desde esta visión también se plantea que el avance de las tecnologías modernas, especialmente las tecnologías de información y comunicación como los celulares y las computadoras, reconfiguran el medio rural. Las nuevas tecnologías, en este sentido, conllevan nuevas carencias como por ejemplo el no contar con señal telefónica de celular, algo que suele ser frecuente en el medio rural misionero.

Con respecto a la visión del Estado en relación con el desarrollo rural, se le asigna aquí un rol importante y se reconoce que la articula-

ción e instrumentación de las distintas políticas públicas disponibles puede suponer cambios significativos en el medio rural. No obstante, se tiende a cuestionar la existencia de políticas erráticas en el sector agropecuario, fundamentalmente con el sector de la pequeña agricultura familiar. En una zona donde el mismo representa la mayor cantidad de productores, las políticas siguen privilegiando a las grandes empresas y no a este sector, que termina siendo víctima de las primeras en tanto ellas les fijan los precios de los productos de renta que estos agricultores comercializan.

Respecto a las temáticas que se asocian con el desarrollo encontramos distintos matices en los relatos. Las problemáticas ambientales son mencionadas en la generalidad de problemáticas territoriales y lo hacen por lo general ocupando un lugar secundario en relación con las distintas dimensiones del desarrollo rural. En algunos casos se prioriza trabajar a partir de una problemática ambiental como la protección de vertientes o el abastecimiento domiciliario de agua por ser esta una necesidad básica:

hay cuestiones básicas que no están resueltas, y por ahí el tema del agua era una de esas, y bueno salimos a atacar eso antes que empezar con otras actividades que por ahí pueden quedar truncadas por no tener las Necesidades Básicas Satisfechas. Pensar en trabajar la cuestión productiva con la gente cuando no tiene agua para el consumo es bastante complicado (YN).

En otros casos la producción agroecológica –que incluye protección del monte nativo y su biodiversidad, baja dependencia de agroquímicos y rescate de saberes locales– es enunciada en el proyecto escrito, pero luego no ocupa ningún rol destacado en el relato respecto al desarrollo rural y al tipo de intervención realizada, la cual más bien se centra en maximizar la eficiencia y rentabilidad de un tipo particular de producción junto con la gestión del acceso a servicios básicos en la colonia.

Es fuerte en este grupo la idea de gestionar el acceso a “servicios básicos” para la colonia como un tema insoslayable: provisión de agua, caminos, salud, educación, comunicaciones, ingresos económicos. Sin ellos no hay desarrollo posible:

yo creo que a partir de la resolución de esos problemas podemos avanzar en la resolución de otras cosas, porque eso hace al Desarrollo Rural. Se plantea lo de la permanencia de las familias en la chacra, y yo creo que

si esas cosas se resuelven van a garantizar que la gente se quede en la chacra. Hoy a la altura en que estamos, con todos los avances tecnológicos que tenemos yo no puedo entender que una familia no tenga agua corriente en su casa, o sea es lógico que las personas que están en sus chacras y no tienen ese servicio van a querer irse adonde sí está (...) si nosotros tenemos al alcance en toda la zona las comunicaciones y todos los medios, puede que se queden con más tranquilidad en la chacra, y bueno el desarrollo yo creo que pasa por ahí, no es algo mágico, ni hay que ir a buscar una cosa rara de allá afuera (YN).

1.2. El desarrollo rural desde una visión pragmática. El enfoque de la modernización agraria

Lo central de este enfoque, podemos sintetizar en relación a la visión respecto al cambio social deseado para el medio rural, apunta a alcanzar una mayor eficiencia de los sistemas productivos de los pequeños productores, así como lograr una integración comercial exitosa de los mismos al mercado. Si se garantiza ese bienestar material, sobre esa base se edifican las soluciones para cubrir las demás carencias.

En general se coincide en señalar que el desarrollo rural si bien puede llegar a ser algo bastante complejo de abordar, su eje primordial en la actualidad pasa por la generación de recursos materiales y buena rentabilidad para el trabajo de los agricultores. Las demás carencias que se pueden presentar en el medio rural, cuando llega el dinero tienen mejores posibilidades de ser superadas.

La vía que se postula para lograr verdaderas mejoras materiales en el área rural pasan en gran medida porque se hagan fuertes *inversiones* para financiar al sector productivo para que este pueda modernizarse tecnológicamente y efectuar las inversiones de capital necesarias para lograr una integración efectiva y competente en mercados dinámicos. Ello permitiría al sector rural misionero consolidarse y sacar provecho de su potencial y sus ventajas comparativas. Si bien el eje central está puesto en lo económico se reconoce que para que estas inversiones lleguen, antes debe haber una fuerte decisión política en este sentido.

Se destaca que la provincia de Misiones tiene un gran potencial –por ahora poco aprovechado– por sus recursos naturales y su condición de territorio de frontera que le da ventajas comparativas para exportar a Brasil en relación con otras provincias argentinas. La explicación respecto a las causas que impiden alcanzar esto apunta a la existencia de intereses

particulares y mezquinos que se verían amenazados frente a una expansión productiva y exportadora del sector de los pequeños productores.

El conocimiento técnico, el trabajo en la gestión eficiente y el fortalecimiento de la infraestructura productiva resultan aspectos claves para alcanzar el desarrollo rural en esta visión. Se tiene una visión crítica respecto a la falta de educación de muchos agricultores que los lleva a tomar decisiones equivocadas desde el punto de vista técnico y económico. También se plantea la existencia de un fuerte individualismo en los agricultores que complica el trabajo en términos de buscar salidas asociativas ya sea para la producción o para la comercialización.

En cuanto a las cuestiones ambientales, estas aparecen ligadas a lo que hace a la salud de los agricultores a través del manejo de agroquímicos y a la conservación del suelo de los procesos de erosión. Por lo general no hay una visión respecto a la problemática ambiental en sentido general, ni al impacto en el ecosistema que la agricultura genera.

1.3. El desarrollo como transformación estructural: el enfoque de la extensión reivindicativa

Aquí el desarrollo rural, como horizonte político deseado, es planteado en primer lugar marcando un antagonismo con el modelo agrario del agronegocio de carácter empresarial. A su vez, las huellas de la formación en ciencias sociales de estos técnicos se evidencian en el carácter complejo en términos de causas y elementos para caracterizar lo que se entiende como desarrollo rural.

En principio se plantea un enfoque de corte macro-social que señala la imposibilidad de pensar en un futuro que integre a la mayoría de la población en el marco de la sociedad capitalista. Dentro del mismo, lo que puede lograrse, o a lo que puede aspirarse, es a alcanzar soluciones a problemas parciales en algunos grupos o comunidades dependiendo de los recursos que puntualmente se bajen. Pero esto no va a significar la superación de la pobreza rural en términos generales, puesto que es consecuencia de las relaciones sociales de producción sobre las que se estructura la sociedad. Las reglas de juego de la competencia capitalista son de naturaleza excluyente, y en este marco el Estado puede ir logrando paliativos, pero no superar las contradicciones que se presentan hacia el interior de lo social.

En lo que hace al mundo rural, se observa una situación crítica para la pequeña producción agropecuaria y si bien se trata de un enfoque en el que es posible observar una sobredeterminación de lo económico por sobre otras esferas de la vida social, se opone al enfoque modernizador que visualiza en el cambio tecnológico una vía de salida para la pobreza rural:

el problema de la pequeña producción no es un problema tecnológico, sino que es un problema de relaciones sociales de producción. Dentro de este sistema capitalista, donde se establece una competencia, una carrera por reducir los costos, por la eficiencia del tiempo de trabajo y todo eso, la pequeña producción en todos los frentes se va descomponiendo y van apareciendo grandes y medianas empresas (VP).

Así se plantea, como veremos mejor cuando analicemos el rol de la extensión rural, a la organización colectiva como la vía insustituible para el empoderamiento y el avance de los sectores sociales populares. En lo que hace al rol del Estado, se reconoce un papel importante del mismo para lograr la supervivencia de este sector, sobre todo a través de lo que son las asignaciones y los planes sociales; no obstante se señala que esto está lejos de significar desarrollo rural, puesto que constituyen paliativos más que soluciones de fondo a los problemas de este sector. Así en el marco del capitalismo el trabajo en la “asistencia técnica” tiene un rol marginal:

Si el Desarrollo Rural es revertir los índices de pobreza y cubrir las necesidades básicas en el campo (...) dentro del capitalismo lamentablemente no se puede porque tiene unas reglas de juego donde la gran producción va superando a la pequeña producción, entonces uno puede hacer obras de asistencia técnica, de apoyo... pero... me parece que cuando el Banco Mundial decía “alivio de la pobreza” era más honesto que hablar de Desarrollo Rural, porque en el fondo es eso (VP).

2. El rol de la propia intervención como extensionistas

Vamos a abordar ahora la segunda categoría intermedia desde la cual nos planteamos realizar una aproximación a las representaciones de los técnicos en torno a la politicidad de sus prácticas con agricultores. La misma apunta a la comprensión del propio rol que el trabajo extensionista tiene en la construcción del desarrollo rural.

2.1. El rol del extensionista desde la agricultura participativa

Consecuente con la visión del desarrollo desde una mirada integral, aquí los técnicos se distancian de la posición que ubica al rol del extensionista en un área específica de la producción. Si bien llega a plantearse que la fortaleza del aporte del técnico muchas veces está en lo que hace a lo técnico productivo, se reconoce que el sector con el que se trabaja –de pequeños productores o agricultura familiar– enfrenta situaciones complejas, en las que no alcanza quedarse sólo en esta cuestión. Aquí la clave pasa por vincularse desde un lado más “humano” con los agricultores, y, en ese plano, saber escucharlos y poder motivarlos:

yo siempre digo que una parte es el asesoramiento, la capacitación, toda la parte técnica, pero lo más importante yo creo que es darles la esperanza de que se puede, de que todos tienen la capacidad suficiente para poder avanzar, producir y progresar (...) primero tenemos que volver a confiar en las personas, ser solidarios, entonces la parte humana es la que más pesa, lo técnico es fundamental pero una parte más pequeña que lo otro (RP).

Aquí se plantea que el extensionista si realmente quiere lograr transformaciones en el sector rural de la pequeña producción debe *involucrarse* con las personas. Esto implica asumir los roles que exceden el marco laboral y las tareas que se planifican en el marco de los proyectos:

Como extensionistas si queremos ver cambios en los territorios no podemos quedar ajenos (...) si no nos tomamos ese tiempo para ver cuáles son los mayores problemas, dificultades, quizás lo que nosotros estamos transmitiendo no es la prioridad. Uno tiene que involucrarse y ver qué problemas hay, por qué los grupos se disuelven, por qué es tan difícil organizarse y ahí tiene que replantear el trabajo extensionista: si es meramente ir a dar una capacitación y retirarse o quedarse y escuchar, tomarse ese tiempo y crear confianza suficiente (RP).

En este marco, se considera como un avance institucional para el trabajo extensionista la mirada más integral respecto a los territorios que se inició con el programa ProFeder en el INTA. Hay coincidencia en que ha habido un cambio en este nuevo siglo, con una mayor apertura de la visión del trabajo extensionista³. Se ha dejado una mirada estricta-

tamente productivista para realizar un abordaje más amplio de la problemática rural, poniendo al agricultor en el centro de la escena más que al cultivo:

yo creo que ahí es donde cambió la mirada del INTA productivista, a un técnico del INTA más integral, donde ya no es ir a ver la producción de mandioca, la producción de cerdos, es ir y ver al productor (KG).

Antes INTA tenía sus paquetes tecnológicos y el extensionista era como que tenía que ir al campo y bajar información, y era muy angustiante si los productores no adoptaban. Desde el trabajo que se viene haciendo en los territorios, el extensionista no tiene que ser como un paracaidista que cae en ese lugar con una información, sino ir a ver qué necesidad hay en el terreno, ver qué se está haciendo, cuál es la cultura que tradicionalmente hay en tales tareas (...) creo que ha habido un cambio, antes el mandato era asesorar a los medianos y grandes productores que son quienes pueden adoptar la tecnología que teníamos (RP).

El trabajo en la dimensión organizativa, independientemente de cuál sea el eje central del proyecto, constituye una marca importante en esta perspectiva. Se plantea en varios casos, no obstante, tener el cuidado suficiente para no asumir roles de liderazgo o conducción dentro de estas organizaciones que acaben pasando por encima de la visión de los propios productores:

Al principio estuvimos bastante involucrados con la organización, pero siempre tratando de participar dos o tres técnicos juntos para que vayamos teniendo distintas visiones de cómo está participando el otro compañero, si se está involucrando mucho, si se está apropiando de la asociación o no... siempre para ir poniendo ese límite, porque la idea es que los productores en algún momento caminen solos, no que siempre esté el técnico, y si el técnico no está más, por los motivos que fuere, esa asociación pueda caminar sola (KG).

La representación respecto al “extensionista ideal” apunta en primer lugar a tener una disposición a escuchar antes que a enseñar. Se requiere, desde este enfoque, extensionistas que tengan una visión amplia de los problemas de la zona y no un enfoque cerrado a lo técnico-productivo.

En correspondencia con esta amplitud de áreas y temáticas en las

que trabaja y es demandado el extensionista surge también una preocupación por carecer de la formación suficiente para abordarlas. Esto los expone muchas veces a situaciones de incertidumbre, pero también en algunos casos los lleva a la necesidad de apoyarse en un trabajo en equipo con otros técnicos de otras formaciones, tanto del INTA como de otras instituciones. Esto tiene tanto que ver con lo vinculado a distintas especificidades productivas, como en lo que hace a metodologías de intervención y, fundamentalmente, al abordaje de problemáticas sociales.

2.2. El rol del extensionista visto desde la modernización agrícola

Desde esta perspectiva se argumenta que el trabajo extensionista, y puntualmente el que se realiza desde el INTA, debe tener un rol específico basado en sus mayores capacidades y fortalezas, las cuales están en lo tecnológico productivo. Esto, a su vez, es congruente con lo que se percibe que el sector rural, independientemente de su escala, demanda a la institución:

yo veo lo que me demandan los productores. Y los productores a nosotros nos demandan cuestiones técnicas productivas que están vinculadas al ingreso de plata. Desde el feriante que por ahí te ve como un agente de conseguir recursos para que él siga produciendo, al gran productor que quiere ver lo que rinde (...) nosotros somos, no sé si bien o mal “productivistas”, no estamos en cuestiones sociales si se quiere... no sé si está bien o está mal (HB).

En esta visión, como planteamos en torno a la representación del desarrollo rural, no se desconoce la existencia de problemáticas sociales o que haya múltiples necesidades en los territorios, pero se plantea que para atender eso están otros organismos e instituciones que tienen sus fortalezas en estas áreas. Se recurre así, y con mucha fuerza, al peso histórico de lo que se considera ha sido el INTA tradicionalmente como institución de tecnología agropecuaria desde una visión productivista. En este sentido, se cuestiona el rumbo con el que comenzó el programa ProFeder en un primer momento tanto por la indefinición programática, como por la amplitud de sus planteos que apuntaba a abordar las problemáticas de los territorios en sentido general:

Los ProFeder arrancaron con una visión muy... de Desarrollo Territorial, desatendiendo nuestra fortaleza, y eso generó fracasos y nosotros anduvimos relativamente bien porque mantuvimos nuestra línea natural, pero porque somos así, no vamos a hacer caminos, no vamos a hacer una escuela, no vamos a poner focos, nosotros acá no hacemos eso (HB).

Las organizaciones con las que se plantea el trabajo desde este enfoque son fundamentalmente las cooperativas agrícolas. En relación con ellas se señala la necesidad de que el técnico sepa separar las cosas, y no asuma roles internos. Esto también hace, desde esta visión, a poder realizar una tarea eficiente. Para ello se trabaja con cooperativas ya conformadas, que tienen su modo de funcionamiento definido, en las cuales el extensionista puede ir y realizar su tarea y su aporte desde lo técnico productivo. Se plantea, apelando como ejemplo a experiencias fallidas al respecto, que cuando el técnico asume tareas internas de las cooperativas en poco tiempo termina haciendo un poco de todo; esto lo lleva a un desgaste en su relación con los productores y le quita el tiempo para abocarse a las tareas en las que más puede aportar.

2.3. El rol extensionista desde el enfoque reivindicativo

En principio desde este enfoque se plantea, como hemos señalado en el capítulo anterior, una concepción del trabajo que adquiere rasgos de la “tarea militante”. En virtud de ello en esta perspectiva el técnico no asume el rol de un asesor técnico externo, sino la de un miembro activo dentro de las organizaciones.

Desde esta visión la construcción de organizaciones constituye la vía por medio de la cual el sector de la pequeña producción rural puede abrirse camino y conquistar reivindicaciones en el marco del sistema capitalista que tiende a marginarlos, excluirlos o explotarlos. En este sentido, la finalidad central de la intervención apunta a la promoción y el fortalecimiento de organizaciones de agricultores familiares. Esto plantea un trabajo que se abre en múltiples dimensiones:

(tratamos de) trabajar en una organización que permita por un lado avanzar en el camino de autogestión y por otro lado que les permita empoderarse, porque muchos de los problemas que tienen no los resuelven solamente con ideas, los resuelven también en disputas de

fuerzas, de intereses que se dan en la sociedad. Partiendo de la base que no vivimos en el cuento *Alicia en el país de las maravillas*, sino que vivimos en una sociedad que está dividida en distintas fracciones o distintas clases y que esas clases están disputándose permanentemente (CT).

En principio se plantea, en línea con el enfoque de desarrollo territorial, que impulsa el ProFeder y que es también compartido con el grupo anterior, abordar desde una perspectiva integral y articuladora la problemática territorial:

cuando hablo de integral hablo no solamente de lo productivo, sino también lo comercial, lo educativo, lo político sectorial, las distintas perspectivas como género, la cuestión de los jóvenes, alfabetización de adultos, como que bastante amplia la intervención que se plantea a partir de la herramienta del ProFeder, pero trabajando desde muchos ángulos, con muchas instituciones y con financiamiento de un montón de líneas (CT).

Como señalamos, la construcción de organizaciones desde esta visión constituye la vía central para que el sector de la pequeña producción rural pueda abrirse camino en el marco del sistema capitalista que, como ya señalamos, tiende a relegarlos. Para ello resulta fundamental la promoción de la conciencia crítica dentro de los agricultores respecto a su propia situación y el contexto en el que la misma está inserta. En función de esto, el técnico aparece ocupando un rol intelectual clave, que demanda un fuerte compromiso:

yo creo que la estrategia de trabajo tiene que estar vinculada en principio a que ellos se organicen, para empezar a abordar la variedad de problemáticas que tienen, que están ligadas en muchos casos a la educación, a la salud, a los caminos, a la alimentación, a la generación de renta, a la comercialización, a la tenencia de la tierra... es muy, muy amplia, entonces yo creo que para este perfil de productores lo primero que hay que trabajar es la organización, que ellos tengan capacidad de analizar la realidad, de pensar por qué les pasa lo que les pasa, y que entiendan, que puedan generar cierta conciencia, de que solos es casi imposible salir de esa situación, no porque lo diga yo, sino porque es la realidad que lo demuestra, entonces la estrategia de extensión

para mí tiene que estar vinculada primero a eso: trabajar la organización (CT).

hay una mayoría de pequeños productores que va quedando fuera del sistema y hace falta todo el tema de cómo ayudar a canalizar ese problema, porque son productores que coincide la pobreza también con la pobreza muchas veces en términos de estrategias de comunicación, incluso hasta limitantes en el acceso a la información, en procesar más intelectualmente problemas, que no aparecen en Federación Agraria, Sociedad Rural... ellos tienen sus staff... es más, ellos son todos profesionales: contadores, abogados, se manejan las leyes, se manejan todo, en cambio el sector nuestro como que requiere un técnico que de alguna manera asuma un compromiso que no es el del simple técnico que va y apoya (VP).

Esto conduce muchas veces a que el extensionista viva situaciones conflictivas hacia adentro del propio INTA. La situación de conflicto emerge, desde esta visión, porque cuando los agricultores toman conciencia crítica de su situación y se empoderan empiezan a ver y cuestionar cosas que antes no eran problematizadas. Ello muchas veces lleva a tensiones derivadas de las fricciones que pueden producirse entre estas organizaciones de agricultores y organismos del Estado o intereses privados. En esta perspectiva la institución mantiene lineamientos, a partir de la adopción del enfoque de desarrollo territorial, que son muchas veces contradictorios:

te dicen “tenés que trabajar con la gente, empoderarla, que la gente tenga voz y pueda decir su palabra”, y eso está escrito en los manuales del enfoque de Desarrollo Territorial, ahora cuando la gente plantea algo que a quienes están conduciendo –los gobiernos provinciales o municipales– no les gusta... bueno, hasta ahí... ahí se empieza a acabar esto de que la gente diga lo que quiere decir o lo que tiene para decir (CT).

Desde este enfoque las contradicciones que se evidencian cuando surgen estas tensiones son reflejos de las contradicciones que muestran las macropolíticas agropecuarias que impulsa el Estado en el período abierto a partir del año 2003⁴. En esta perspectiva las indefiniciones que plantea el programa son un arma de doble filo: por un lado exponen al

técnico a una situación confusa y conflictiva por lo expuesto anteriormente; pero por el otro tiene la virtud que ha permitido trabajar temáticas y cuestiones que han significado avances en la extensión desde organismos del Estado con pequeños productores. La amplitud del programa hace que dependa mucho de quienes estén conduciendo la institución a nivel local o regional el rumbo que acaba tomando.

3. Articulaciones institucionales y organizacionales en el trabajo extensionista

Finalmente, la tercera categoría intermedia que trabajaremos en este capítulo tiene que ver con la visión de los técnicos respecto a la construcción de articulaciones con instituciones u organizaciones en el marco de su trabajo extensionista. Las ideas que se tienen de las articulaciones resultan claves para comprender los sentidos políticos de las propias prácticas de extensión rural porque nos ubican en el terreno de la organicidad con que se piensan las propias prácticas y su inserción en tramas sociales complejas.

3.1. Las articulaciones desde la agricultura participativa

En principio cabe destacar que tanto desde este enfoque como desde los otros dos que presentaremos a continuación se reconoce que el trabajo extensionista debe necesariamente articular con otros actores, especialmente con los municipios y con los organismos que otorgan financiamiento para distintos emprendimientos⁵. Esto hace que la construcción de articulaciones, en general en todos los grupos, sean señaladas como una necesidad fundamental del trabajo extensionista.

Dentro de este grupo, cuando se revisa con qué tipo de actores institucionales se plantean vinculaciones y cuáles son las que mayor peso tienen en los relatos, se observa el rol destacado que tienen los municipios en el trabajo extensionista. De alguna manera esto resulta consecuente con la visión respecto al rol extensionista puesto que se realizan muchas veces gestiones de todo tipo para el medio rural, algo que se corresponde más bien con la función del Estado en su conjunto.

En general se tiende a no problematizar demasiado el carácter político o estratégico de estos vínculos. La premisa central a la hora de plantear estas articulaciones se da en torno a si suma a los objetivos del

proyecto o si representa beneficios para los agricultores. De acuerdo a esta visión, si el técnico tiene en claro el objetivo que persigue para beneficio del grupo, debe avanzar:

Nosotros sabemos que hay intereses en todos lados (...) si los que están actualmente en la gestión (municipal) usan o no ese proyecto para hacer propaganda personalizada es problema de ellos, nosotros queremos que mejoren los productores (RP).

La clave para la construcción de articulaciones en esta visión pasa por visualizar dentro de cada proyecto extensionista el objetivo a largo plazo y de esa forma estar por encima de la inmediatez o el cortoplacismo que marcan muchas veces las gestiones gubernamentales. En este marco siempre se debe priorizar las necesidades de la gente por encima de las cuestiones personales, siendo esta la base que permite saber si tal articulación es conveniente o no:

Con las municipalidades siempre tenemos que articular, porque siempre estamos necesitando, y los productores también necesitan (...) tenemos que tener la suficiente diplomacia para sentarnos a hablar (...) cuando uno tiene claro su objetivo se sienta a dialogar y a pedir, y a pelear con cualquier intendente, ministro, inclusive hemos hablado con el gobernador. Y uno no tiene problemas porque sabe que está luchando por mejorar la calidad de vida de esos productores, uno no va en forma individual (RP).

más allá de que cada uno tiene su concepción política ideológica, tratamos de manejar lo que es institucionalmente siempre estando abiertos a dar respuestas a necesidades de la población que es el objetivo de nuestro trabajo; entonces, más allá de las relaciones políticas que por ahí a nosotros políticamente con el intendente XX no tenemos las mismas ideas, pero eso no evita que nos sentemos a planificar para hacer cosas conjuntas (KG).

La construcción de articulaciones basadas muchas veces en la gestión del acceso a servicios básicos para las comunidades rurales favorece en muchos casos un acercamiento a la política electoral local. Para muchos la participación partidaria llega como consecuencia de una maduración en el trabajo con las necesidades del sector:

yo veo que es una necesidad la relación del trabajo extensionista con la política, o sea, viendo la problemática que hay en la zona, es una necesidad involucrarse en la política para poder dar respuesta a eso. ¿Por qué? Porque lamentablemente es donde se cortan las cosas; se cortan por las decisiones políticas que se toman, y yo veo por ejemplo municipios que tienen excelentes representantes y toman las decisiones en el sentido que favorece a la gente, y veo la otra parte, algunos que toman las decisiones en función de seguir sometiendo a la gente a las condiciones en que están (YN).

La relación con los municipios, por su parte, puede llegar a ser conflictiva. De acuerdo con lo señalado por los técnicos, esto puede deberse a múltiples causas: o bien porque hay poco interés en atender el sector rural, especialmente de los pequeños productores, y el técnico termina representando una “molestia”, o bien porque el reconocimiento del extensionista en terreno puede “hacerle sombra” a los funcionarios municipales o incluso al propio intendente, en tanto puede llegar a transformarse en un potencial competidor. En algunos casos se reclama que para las articulaciones con los intendentes se debería contar con más apoyo de las autoridades del INTA, quienes tienen más posibilidades de ser escuchados o atendidos.

3.2. Las articulaciones desde la modernización agrícola

Aquí las articulaciones se plantean básicamente con cuatro tipos de actores institucionales: los municipios, el Ministerio del Agro provincial, el Ministerio de Agricultura nacional y las cooperativas agrícolas. Estas relaciones, especialmente las tres primeras, exponen muchas veces al extensionista a tomar contacto con la política gubernamental en sus distintos niveles. Frente a ello los resultados de estas vinculaciones son diversos y ricos en matices, dependiendo en gran medida de las coyunturas locales que habilitan vínculos más o menos fluidos.

Así, las relaciones personales que el técnico logra tejer con funcionarios, y su buena vinculación con ellos, muchas veces aparecen en la base de un trabajo exitoso, teniendo resultados de conveniencia mutua:

mi gran acierto fue vincularme a la municipalidad, al intendente, y también en ese entonces estaba el ministro XX, y el secretario de industria XX que eran colegas conocidos míos. Me lo encontré de car-

sualidad (al secretario de industria) en la cooperativa y le digo “mirá, tengo esta idea, estoy trabajando con un grupo de productores así y así, y necesitamos esto”, y me dijo: “bueno, armá una propuesta de financiamiento para los productores”. Y una vez que el proyecto estaba encaminado empezamos a visitar a los productores (...). Nosotros tuvimos una pata gigante del ministerio y de la municipalidad (...) obviamente también te voy a decir que el tipo sintió nuestro laburo y fueron votos te digo... (HB).

Asimismo también se reconoce que esto puede jugar en contra, muchas veces cuando la injerencia de las otras instituciones hace primar un criterio partidario sobre otras variables que hacen peligrar la viabilidad técnica o económica del proyecto:

... me di cuenta que en XX había mucha plata y armé un proyecto. Iba a ser un proyecto llave en mano, pero me cayeron los políticos. Me vinieron a apretar diplomáticamente XX y XX para que le comprara unas máquinas viejas que tenía un particular. (...) Terminaron ganando ellos (HL).

No obstante, y más allá de esto, en todos los casos lo que parece primar en la relación es la voluntad e iniciativa que nace en forma individual en el técnico. Es el extensionista el principal autor intelectual e impulsor material de las articulaciones y los proyectos a través de los cuales se plantean estos vínculos.

En relación con el trabajo con organizaciones de productores, como señalamos, fundamentalmente se trabaja con cooperativas agrícolas ya conformadas que tienen su estructura de funcionamiento y sus finalidades ya definidas en torno a la producción y la comercialización agropecuaria. Puesto que se plantea el no asumir roles internos, aquí el técnico muchas veces cumple la función de un asesor externo —financiado por el Estado— a la organización.

3.3. Las articulaciones desde el enfoque reivindicativo

Desde quienes plantean este tipo de enfoque extensionista las articulaciones institucionales y organizacionales constituyen un eje central en la construcción y fortalecimiento de las organizaciones agricultoras de carácter reivindicativo. Básicamente podemos identificar dos tipos de vinculación

nes en este grupo: las económicas, que hacen a la búsqueda de financiamiento, y las políticas, que hacen al armado de alianzas organizacionales.

Las primeras, las que hacen a la búsqueda de financiamiento, se ligan fuertemente con organismos gubernamentales y no gubernamentales de carácter nacional y en algunos casos de carácter internacional. Los técnicos asumen un rol activo en el armado y la presentación de proyectos ante organismos de financiación. Se reconoce que los recursos son fundamentales para hacer andar el trabajo de la organización pero se debe tener cuidado de que siempre por delante vaya la reflexión y la conciencia crítica:

financiamos un montón de cosas, lo cual hoy en día uno debería ser cuidadoso, porque bajar dinero sin una reflexión, uno también es una correa de transmisión de esto: bueno hay un modelo que deja productores afuera, no vamos a cambiar el modelo pero le vamos a dar unos pesos y encima esos pesos no son masivos y entonces uno tiene que trepar para buscarlos y la manera de trepar es formular proyectos, contactos... pero bueno, lo hemos hecho muchos años (VP).

Se plantea también que ha habido una primera etapa después del año 2003 donde hubo más recursos por parte del Estado para consolidar organizaciones autónomas. Esto en los últimos años cambió y tuvo repercusiones en lo que hace al trabajo de extensión en esta línea:

nosotros en la época de XX con 30, 40, 50 lucas por grupos en dos semanas teníamos una organización de 12 grupos, escuchame: con plata construye cualquiera (...) porque la limitante que tenemos es que sin recursos es muy complicado también poder aglutinar un proceso que vaya madurando, porque la gente también está buscando eso, vamos a ser sinceros (VP).

Por otra parte, están las articulaciones políticas con otras organizaciones y con otros técnicos que comparten la visión respecto a consolidar organizaciones de carácter reivindicativo. En general se trata de otros profesionales que muchas veces trabajan en otras instituciones y que pueden o no estar cercanos físicamente. Se tiende a plantear un abordaje de trabajo en grupo, en equipos muchas veces de carácter interinstitucional con técnicos de otros organismos nacionales, lo que fortalece también el tipo de intervención que se quiere realizar.

La apuesta por construir organizaciones reivindicativas plantea muchas veces una relación conflictiva con el poder político gubernamental, especialmente cuando las organizaciones se van fortaleciendo. No obstante, la relación con el poder político también puede adquirir el carácter de una alianza estratégica orientada a acumular fuerzas que favorezca el crecimiento de la organización. Al igual que en los otros grupos, las articulaciones con los municipios resultan claves aunque en este caso pueden llegar a ser más conflictivas. Lo distintivo aquí aparece en que se plantea mucho también la vinculación de las organizaciones territoriales con otras organizaciones de productores, como articulación estratégica y una forma de acumulación de fuerzas.

En este grupo se destaca también que los técnicos tienen militancia gremial dentro de la institución la cual es planteada como una necesidad casi de supervivencia interna.

uno también tiene que protegerse como trabajador, en un sindicato (...) pero es complicado ese tema, si un técnico tiene ambiciones políticas de transformar esta sociedad tiene que organizarse políticamente, esa sería mi conclusión (...) porque si no uno termina siendo ingenuo, porque se mete en un mundo donde te van a reventar (VP).

4. Las representaciones de la dimensión política en torno al trabajo extensionista

En virtud de lo expuesto resulta claro que la dimensión política atraviesa en forma constitutiva –y no tangencial– el trabajo extensionista definiendo, en buena medida, el tipo de vínculo que desde la extensión rural se plantea con el agricultor. Ello confirma la necesidad de contemplar esta dimensión para abordar el trabajo de extensión rural desde una mirada comunicacional. Analizando las distintas representaciones en torno al desarrollo, el rol de la extensión y las articulaciones, resulta claro que sin tener en consideración a los distintos enfoques teóricos –y políticos– de la extensión rural no se puede comprender el marco de significación desde el cual los extensionistas cargan de sentido sus propias prácticas.

Los tres enfoques sobre el desarrollo rural tienen una base común: todos se plantean contribuir con el sector de los pequeños agricultores misioneros y todos trabajan bajo el mismo programa: el ProFeder. La

diferencia central, a nuestro juicio, aparece en términos de cuáles son los caminos para alcanzarlo. Esto se evidencia claramente cuando se abordan las representaciones respecto al rol extensionista y la organicidad planteada para el mismo.

Como hemos visto, la perspectiva de la agricultura participativa constituye el principal enfoque en las visiones de los extensionistas del ProFeder en Misiones. Como concepción se corresponde, ya lo señalamos, con el paradigma del “desarrollo territorial” que ha sido adoptado como enfoque institucional por el INTA a partir del año 2003. Que para el año 2015 la mayoría de los técnicos analizados trabaje desde el mismo, señala la efectividad de la institución para impulsar este enfoque en sus planteles extensionistas; especialmente en una institución que a partir de la década del 70, como vimos en el segundo capítulo, ha tenido una impronta muy fuerte del “productivismo” bajo el enfoque de la modernización agraria. De igual modo, que no todos los extensionistas trabajen bajo este enfoque señala la existencia de un relativo margen desde el cual la visión política y los valores del extensionista pueden manifestarse en la orientación de su trabajo en el marco de una institución estatal.

Dos observaciones más quisiéramos agregar a lo ya expuesto: por un lado la escasa articulación interna que se ve planteada en los proyectos ProFeder entre sí; cada uno de ellos tiene un amplio abanico de articulaciones extrainstitucionales; sin embargo en ningún caso, al menos en los relatos y en los documentos de los proyectos, aparece ocupando un lugar destacado el trabajo que se realiza junto con otras experiencias de extensión enmarcadas por el programa. La falta de integración de la mayoría de las experiencias en cuestión, que surge de los testimonios extensionistas, revela a nuestro juicio que la mayoría de ellas se limitan a un horizonte “microsocial”, sin una integración en un proyecto social más amplio para el mundo rural. Asimismo, tampoco se observan en los relatos que existan articulaciones, salvo pequeñas excepciones, con el área de investigación del INTA. Se ha planteado en numerosos documentos institucionales que la combinación de extensión e investigación es una de las fortalezas del instituto; sin embargo esto no parece plasmarse en las estrategias de intervención.

Finalmente, también quisiéramos dejar de manifiesto una preocupación que surge desde nuestro propio enfoque y mirada sobre el mundo rural en la actualidad. Se trata de la débil consideración respecto

a la vinculación de la agricultura con las problemáticas ambientales. Recordemos que estamos hablando de una provincia, como hemos señalado, donde se conservan los últimos remanentes del ecosistema de mayor biodiversidad del país. Su escasa presencia en el conjunto de los relatos sugiere que esta ausencia o escasa valoración entendemos que trasciende a los propios extensionistas y debe ubicarse en un orden institucional mayor.

Notas

1 Estas categorías intermedias para abordar la politicidad en las representaciones constituye una construcción propia de este trabajo.

2 Cabe aclarar que al respecto se ha encontrado un elevado nivel de homogeneidad al interior de cada grupo, puesto que tanto la visión del desarrollo rural, como la del rol del extensionista que abordaremos en el próximo punto, son elementos constitutivos de los tipos de enfoques extensionistas tal como los hemos clasificado.

3 No obstante, se plantea aquí una visión crítica desde esta visión extensionista con lo que son las agendas de investigación tecnológica del INTA, las cuales en general no están abocadas a resolver los problemas que en terreno tienen los pequeños agricultores familiares.

4 Coincidente, como hemos señalado, con la puesta en marcha del ProFeder y la adopción del enfoque de desarrollo territorial.

5 Cabe destacar que esto es una constante en todos los extensionistas ya que el INTA explícitamente se define como una institución de asistencia técnica que no brinda financiamiento para emprendimientos de ningún tipo. Esto lleva a que una de las tareas importantes del extensionista para lograr transformaciones en los territorios en que interviene sea la gestión de financiamiento, especialmente en lo que hace al armado de los proyectos y el compromiso para hacer el seguimiento y la asistencia técnica necesaria durante su ejecución. Este tema lo veremos con mayor detalle en el próximo capítulo, cuando analicemos las visiones de los técnicos respecto a las modalidades instrumentales mediante las cuales se vinculan con los agricultores en el marco de los procesos de intervención del ProFeder.

Capítulo VI. Los extensionistas y las instancias de encuentro con agricultores desde una perspectiva instrumental

A lo largo de este informe hemos sostenido que dentro del campo de la Comunicación para el desarrollo se han desplegado distintas corrientes de pensamiento. Las ubicábamos en dos grandes grupos paradigmáticos: uno, en la línea del “difusionismo” que piensa la acción social a partir de un tipo de racionalidad eminentemente instrumental; el otro, en la línea de lo que se ha denominado “concientización”, cuyo enfoque de la acción social se basa en lo que denominamos racionalidad del reconocimiento.

Estos dos grandes enfoques, con todos sus grises, han tenido fuerte incidencia desde un punto de vista normativo respecto a las orientaciones prácticas que se han asumido en el campo de la extensión rural. Asimismo, desde el punto de vista de la investigación social, al concebirse desde racionalidades distintas comportan dos orientaciones epistemológicas diferentes con sus respectivos modos de abordaje descriptivo-analíticos. Nuestro estudio, como ya lo hemos señalado, se posiciona en línea con lo que es la perspectiva crítica. A partir de allí buscamos pensar la relación entre extensionistas y agricultores tanto desde lo que hace al “reconocimiento cultural de otro”, como a la “politicidad” de las mismas. Sobre esa base apuntamos también revisar aportes planteados desde la tradición hegemónica y pensar esta relación desde el punto de vista instrumental de las instancias en las que tienen lugar la misma¹.

Este será el eje del presente capítulo en el que nos proponemos realizar una caracterización desde un punto de vista instrumental respecto a cómo los agentes extensionistas conciben las instancias de encuentro con los agricultores. En virtud de ello hemos organizado la exposición del siguiente modo: en primer lugar presentaremos las categorías conceptuales intermedias, tomadas de Gustavo Cima de villa (2004a) desde las cuales clasificamos y ordenamos estas instancias de encuentro en “ac-

ciones”, “interacciones” y “comunicaciones” (1). Siguiendo esa clasificación basada, como veremos, en lo que se denominan “expectativas de reciprocidad” presentaremos a continuación lo que son las distintas “acciones” que se emprenden en el marco de los proyectos ProFeder (2). A continuación presentaremos lo que son las “interacciones”, las cuales constituyen las modalidades de encuentro más frecuentes en el trabajo extensionista (3). Posteriormente presentaremos las instancias que mayor nivel de compromiso entre técnicos y agricultores implican en el trabajo de extensión rural bajo la categoría de “comunicación” (4). Sobre esa base, hacia el final del capítulo presentaremos un breve análisis tomando como referencia el conjunto de estas instancias (5).

1. Una perspectiva instrumental de la comunicación: acciones, interacciones y comunicaciones

Hemos señalado que pese a las constantes críticas recibidas, la racionalidad instrumental y el enfoque difusionista no perdieron centralidad en tanto que paradigma dominante de la Comunicación para el desarrollo. No obstante, fruto de esas críticas, se fueron planteando alternativas y produciendo modificaciones al interior de estas concepciones. Una de las más significativas quizás fue la adopción de la necesidad de la “participación” por parte de la población rural en las intervenciones extensionistas.

Las causas que marcan la vigencia de un enfoque comunicacional sobre la extensión rural desde la racionalidad instrumental probablemente son más profundas que la voluntad con que se busca superarlas como hemos visto en el capítulo anterior. Las políticas de extensión rural se enmarcan en reglas de juego mayores que imponen criterios de eficacia y resultados mediante los cuales la racionalidad instrumental no puede ser abandonada sin más.

Desde la postulación de aquel modelo matemático de la comunicación mucho se ha avanzado tanto desde perspectivas críticas como funcionalistas. En general la perspectiva instrumental como tal no goza de legitimidad académica y por ello es difícil encontrar discursos teóricos o perspectivas en comunicación para el desarrollo que reconozcan para sí mismas la denominación de “comunicación instrumental”. La fuerza que tomó el modelo de la Difusión de innovaciones cristalizado en la

obra de Rogers (1962) en el ámbito de la extensión rural, nos señala que pese al relativo abandono en el ámbito académico de esta perspectiva, su presencia es aun fuerte en el campo de la práctica. Como señalan Cimadevilla y Thorton: “la cotidianeidad muestra la fuerza y vigencia que puede tener su aplicación y lo vivo que Rogers –como intelectual de fuste dentro del enfoque– está en los análisis del campo, aún cuando no se lo nombre” (Thorton y Cimadevilla, 2008a: 19).

La relación comunicación-desarrollo, plantea Cimadevilla (2007) a partir de los recuentos hechos por Luis Ramiro Beltrán (2007), se constituye primero en terreno empírico siendo, precisamente, la resultante de una convergencia pragmática. La comunicación en este sentido se configura subordinándose al desarrollo, generalmente como instancia instrumental. En ese marco el trabajo teórico primeramente pasa por una etapa descriptiva y explicativa (“cómo se hace” y “por qué se hace como se hace”) para luego entrar en una fase normativa (“cómo debería hacerse”). La investigación y el debate de acuerdo con Cimadevilla fueron dándole complejidad a un pensamiento que en un comienzo partió desde una visión monocausal y lineal del desarrollo y las relaciones sociales. Asimismo, este autor plantea, como hemos señalado, que más allá de la visión dicotómica entre “difusionismo y concientización” que ha estado presente en el campo de reflexión académica, el campo de la práctica está dominado por tonos grises mezclando elementos de distintos enfoques (Cimadevilla, 2008a).

Nuestra opción por un enfoque de la comunicación que parte desde la perspectiva crítica pero se abre a la consideración de las lógicas instrumentales tiene que ver con la recomendación que establece Cimadevilla luego de analizar la producción teórica en el campo de la comunicación y desarrollo en Latinoamérica en los últimos años. Entre sus señalamientos plantea que “si el conocimiento y la experiencia acumulada en torno al papel de la comunicación en problemáticas de desarrollo pretenden dar un salto cualitativo será necesario no quedarnos en el reniego de algunas de sus marcas” (Cimadevilla, 2008a: 108). La propuesta del autor se cierra en torno a una interpretación de la comunicación desde su visión instrumental: “el desarrollo como cambio, la comunicación como instrumento; con sus bondades y defectos, con el realismo necesario y la honestidad disponible para evitar los enmascaramientos”².

Es precisamente de Gustavo Cimadevilla de quien tomaremos el

modelo de clasificación de las prácticas de extensión rural abordadas desde un enfoque de comunicación instrumental complejo. El mismo es el planteado en su tesis doctoral *Dominios* (2004a), donde a partir de una crítica a la racionalidad intervencionista, y del análisis del trabajo realizado por el INTA, postula un modelo de análisis que enfoca sobre la relación entre técnicos y agricultores de acuerdo a las “expectativas de reciprocidad” que plantean los técnicos en su actuación.

De esta forma el autor construye categorías intermedias que pueden, de acuerdo a esta expectativa de reciprocidad, ser clasificadas en acciones, interacciones o comunicaciones (Cimadevilla, 2004a: 230). El alcance de esta conceptualización es el siguiente:

Acción: es la relación que se establece a partir de una actuación unioorientada del agente, en la cual el componente vincular –destinatario o contraparte– tiene existencia conjetural y anónima. Supone un nivel inferior, en la escala de posiciones, de obtención de retroalimentación. El ejemplo típico sería la puesta en circulación de información por los canales mediáticos.

Interacción: es la relación que se establece a partir de actuaciones bioorientadas o multioorientadas entre el agente y sus vínculos destinatarios o contrapartes. Supone un nivel intermedio en la escala de rangos posibles de obtener retroalimentación. El ejemplo típico de esta modalidad de relación es el que se configura a partir de los contactos interpersonales a través de los cuales resulta posible identificar a los co-interactuantes (visitas, reuniones grupales, asistencia técnica cara a cara).

Comunicación: es la relación que se establece a partir de actuaciones biorientadas o multioorientadas entre el agente y sus vínculos destinatarios o contrapartes que en el proceso de intercambio asumen *compromisos de cooperación*. Supone el nivel más alto en la escala de niveles posibles de obtener retroalimentación. El ejemplo típico es el que se configura a partir de los contactos interpersonales a través de los cuales resulta posible identificar a los co-interactuantes y estos mediante intercambios y entendimientos *asumen compromisos de cooperación*.

Sobre esta clasificación hemos realizado una ponderación de las distintas prácticas extensionistas enmarcadas en los proyectos ProFeder en Misiones que pueden sintetizarse en el siguiente cuadro.

Cuadro 3. Instancias de encuentro entre extensionistas y agricultores en el ProFeder en Misiones desde una perspectiva instrumental

Acciones	Producción de Cartillas y materiales impresos
	Utilización de la radio
	Utilización de la televisión
Interacciones	Visitas a la chacra
	Capacitaciones
	Reuniones grupales
	Visitas a Experiencias demostrativas
Comunicaciones	Gestión de financiamiento y acompañamiento en su ejecución
	Obras prediales o comunitarias conjuntas

Fuente: Elaboración propia.

2. Las acciones

Del análisis de los documentos que dan cuenta de los proyectos ProFeder en Misiones, se observa la existencia de una baja planificación de este tipo de actuaciones: solo en 4 de los 14 proyectos se plantea la elaboración de materiales de difusión impresos de apoyo a capacitaciones. No aparecen menciones a la utilización de medios de comunicación masiva de otro tipo como radio y televisión.

Esta escasa presencia de acciones planificadas en los proyectos cambia luego en los testimonios de los propios extensionistas, quienes reconocen la ocurrencia de estas acciones de forma relativamente frecuente en su trabajo. Básicamente del análisis de los testimonios surgen tres líneas de actuación en este sentido: 1) la producción de cartillas y materiales impresos; 2) el uso y la participación en espacios radiales; y 3) el uso y la participación en programas de televisión.

2.1. La producción de cartillas y materiales impresos

La producción de materiales impresos constituye la práctica más difundida entre los extensionistas en cuanto a las acciones que estudiamos, y reconoce una larga tradición en lo que hace a las prácticas de extensión rural. Como vimos en el tercer capítulo, una de las primeras acciones que se realizaron desde la Estación de Cerro Azul en los años 40, antes

de la creación del INTA, tenía que ver con la producción y distribución de cartillas con información técnica. Desde entonces mucho es el camino que se ha transitado; no obstante las cartillas siguen teniendo vigencia en el trabajo de extensión rural misionero. De acuerdo con la visión de los extensionistas se trata de dispositivos que tienen sus potencialidades y limitaciones como medio de comunicación que es preciso comprender.

La primera consideración surge del reconocimiento por parte de los técnicos de un escaso hábito de lectura en los sectores de la agricultura familiar con los que trabajan. Frente a ello hemos podido identificar tres tipos de opiniones respecto a la actitud que tomar como extensionistas y la utilización de materiales impresos: a) hacer materiales con muy poco texto, muy llamativos y directos desde el diseño gráfico; b) no utilizarlas directamente por considerar que no tienen aceptación; o c) utilizarlas y estimular la lectura como mecanismo de inclusión social.

a) La primera es la más común entre los extensionistas, con una tendencia clara en aquellos técnicos que trabajan desde la perspectiva de la agricultura participativa. Plantean básicamente la necesidad de no abundar en cartillas y materiales impresos “porque no los leen”. En general desde esta perspectiva se plantea que la cartilla “por sí sola no funciona”. Cuando sí lo hace es cuando se entrega como material de apoyo a una charla y sirve “más como un recordatorio, como un material de apoyo a lo que ya se trabajó”.

Desde esta perspectiva se plantea darle importancia a los formatos y el diseño a la hora de trabajar con la agricultura familiar:

muchas fotografías, poco texto, lenguaje acorde al lenguaje que ellos utilizan diariamente (...) tienen que ser cartillas cortas, y ... no quiero decir recetas, pero algo que ellos puedan fácilmente leer y aplicar (RP).

b) La segunda actitud es planteada por una porción minoritaria de técnicos. Se argumenta que con el sector que trabajan los materiales impresos directamente “no funcionan” y terminan implicando un gasto de tiempo y dinero que no vale la pena. Su argumento básicamente es el siguiente:

vemos que en las capacitaciones la gente junta, llega a la casa, pega una leída... o las tira o se pierden... se esfuman... hablando con la

gente uno no ve más la cartilla, yo creo que es para un público más específico, por ahí un público un poco más técnico (...), vemos que (los agricultores) le pegan una leída y después te están preguntando qué tenía la cartilla, yo creo que no es una herramienta muy útil (MJ).

c) Finalmente, también encontramos una tercera visión frente a lo impreso, la cual se observa en técnicos cuyo enfoque de extensión está en la línea de la extensión reivindicativa. Aquí el planteo señala la necesidad de que estos materiales estén insertos en contextos que los vuelvan útiles, y también que sirvan y estimulen a que el agricultor haga el “esfuerzo” y ejercite la lectura. Se ve en esto un fuerte sentido político que va en línea con lo que analizamos en el capítulo anterior: no incentivar a que el agricultor lea se plantea como una forma de “paternalismo” del técnico que acaba reproduciendo un orden que margina y subordina a estos sectores de la población:

El tema es elevar, y ¿cómo elevás? Bueno, primero tratando de que él haga su esfuerzo y se eleve en el sentido de que si le cuesta leer un poco, que lea un poco mejor, apoyar, hay que darse una estrategia de apoyo y bueno, también ver materiales audiovisuales y ver la radio, pero el tema de la escritura tiene que estar. (...) nosotros miramos mucho Brasil y vos ves dirigentes analfabetos que llegaron a la dirección nacional y escribieron un libro, entonces ¿cómo puede ser? (VP).

2.2. La utilización de la radio

De acuerdo con la mayoría de los extensionistas consultados, la radio es el medio ideal para llegar rápido al productor rural. Hay coincidencia también en señalar los tipos de ventaja que ofrece: en primer lugar, porque llega a casi todos los lugares rurales favorecido por la existencia de una gran cantidad de emisoras radiales en el interior de la provincia; además, también es un medio que acompaña muchas veces las tareas agrícolas y, sobre todo, las tareas domésticas rurales. Y tiene como ventaja adicional para el extensionista que por lo general cada vez que lo necesita puede contar de forma libre y gratuita con espacios en las distintas emisoras dada su pertenencia institucional a un organismo público sin fines de lucro.

Pese a reconocerse este potencial, de los testimonios surge una escasa

utilización, especialmente a la hora de integrarlos en forma regular a la propia práctica. Esto se observa en términos generales, con independencia del tipo de horizonte político con el que se trabaje. Entre los impedimentos para hacerlo se aducen problemas de tiempos o la dificultad que tienen como extensionistas para tener previsibilidad en el uso de sus horarios y poder dar continuidad a un espacio radial. Así uno de los técnicos que tuvo la experiencia de un espacio regular en una radio señalaba:

más que me demandaba mucho tiempo, creo que por ahí también puede ser un error mío, me demandaba una mejor organización de mis actividades. Nosotros vamos planificando más bien al corto plazo, hoy vamos allá... entonces donde ya me cambié, y me decía 'este día tenés que estar en la radio' ya me jodía porque me aparecía otra cosa por otro lado... pero siempre me dieron la posibilidad, de hecho algunas cosas hicimos, pero es algo... es un vacío que existe, que yo siempre digo que habría que llenarlo (HL).

Donde sí aparece reconocida su utilización de manera más regular es en lo que hace a realizar convocatorias, informar sobre capacitaciones o avisar la llegada de algún insumo como las semillas para la huerta o los pollitos. La operatoria por lo general consiste en un mensaje que el extensionista manda a las radios o una salida al aire por teléfono, o –en el menor de los casos– una visita que el extensionista realiza a los estudios de radios locales.

2.3. El uso y la utilización de medios audiovisuales

Una de las características del espacio rural misionero es la existencia de una gran cantidad de canales de televisión locales en el interior de la provincia. Estos medios han surgido en las últimas dos décadas, y por lo general están en manos de las cooperativas de servicios públicos locales. Básicamente transmiten programación local durante algunas horas por día –generalmente en horarios centrales–, con buenos niveles de audiencia local, y durante el resto del día retransmiten alguna señal externa, normalmente de Buenos Aires. En líneas generales se reconoce la gran utilidad de este medio, aunque, al igual que con la radio, no se plantea una utilización para el trabajo extensionista más allá del pasar avisos breves y/o realizar convocatorias. Puesto que hay una baja utili-

zación, no nos ha sido posible establecer grandes diferencias de acuerdo a los distintos enfoques extensionistas en el que se enmarca el trabajo con los agricultores.

En uno de los proyectos, en línea con el paradigma de la agricultura participativa, se tomó como iniciativa el gestionar la realización de un micro televisivo en el canal local destinado a mostrar las experiencias que se venían encarando en el marco del mismo con participación tanto del INTA como de la Secretaría de Agricultura Familiar:

La gente se enganchaba mucho, nos llamaba, nos decía “mirá está muy bueno el programa, ¿podemos hacer algo parecido en la zona?” (KG).

En esta experiencia eran los propios agricultores los que contaban las experiencias, no aparecían en pantalla los técnicos. No obstante lo positivo de la experiencia, no pudo sostenerse más allá de seis meses, “por la gran demanda de tiempo de trabajo” que insumía.

La participación en programas televisivos, de acuerdo con los técnicos, refuerza mucho la legitimidad del técnico y su intervención, a la vez que motiva a los agricultores a engancharse más con el proyecto, puesto que es a través de este que muchos de ellos tienen la posibilidad de aparecer en televisión y mostrar sus producciones o sus emprendimientos³. En este sentido, el INTA en Misiones tiene, en colaboración con otros actores, un programa de televisión semanal dedicado al sector rural que muestra muchas de las experiencias de extensión que se llevan adelante en la provincia. Es emitido por el canal de aire provincial, con buena llegada en el interior, y se presenta como una importante herramienta para dar visibilidad a estas experiencias y contribuir a la legitimidad de estas⁴.

Como lo hace notar uno de los extensionistas que trabaja en línea con el enfoque reivindicativo, otro de los efectos que tiene “el salir en televisión y mostrar para afuera” es que esto actúa como un disparador de debates hacia adentro de los grupos. Por un lado, en tanto que reafirmación o confirmación de una identidad en construcción, y por el otro porque implica tomar una decisión en torno a qué es lo que se muestra, y cómo se colocan allí las problemáticas o los logros que hacen al sector.

3. Las interacciones

Las “interacciones”, en tanto actuaciones biorientadas o multiorientadas donde es posible obtener un nivel intermedio de retroalimentación entre las partes, constituyen las principales actividades planificadas en los proyectos ProFeder. Esto mismo es reafirmado en los testimonios recogidos y también en nuestra experiencia de observación durante estos años trabajando en el INTA.

Básicamente los tipos de interacciones que hacen a la extensión del ProFeder en Misiones pueden agruparse de la siguiente manera: 1) visitas a la chacra; 2) capacitaciones; 3) reuniones grupales; 4) visitas a experiencias demostrativas. Vamos a realizar ahora una caracterización de cada una.

3.1. Visitas a la chacra

En todos los proyectos figura como una actividad central que se realiza todos los meses y todos los testimonios coinciden en adjudicarle una gran importancia. A su vez, de los testimonios y las observaciones se desprende que muchas veces es una de las actividades que primero tienden a ser dejadas de lado producto de la “falta de tiempo” que genera la demanda de otras tareas a las que debe hacer frente el extensionista.

La visita a la chacra aparece como la principal modalidad de intervención en la que se da una atención personalizada al agricultor y su familia; entre otras cuestiones esta instancia constituye –independientemente del paradigma sobre el que se trabaje– uno de los pilares fundamentales en la construcción de confianza mutua. Se trata de una actividad que lleva su tiempo; frente a ello tenemos que tener en cuenta que los proyectos analizados trabajan con una población que en promedio abarca unas 60 familias⁵.

Todos coinciden en que una de las causas que motivan la realización de la visita a la chacra tiene que ver con la aparición de algún problema puntual (plaga, enfermedades en los cultivos o los animales, etc.) que genera la demanda de asistencia técnica por parte de los agricultores al extensionista. En estos casos por lo general el productor se acerca hasta la Agencia u Oficina de Extensión o se comunica por teléfono con el técnico para solicitar su asistencia.

Dado que es una actividad que lleva tiempo y que la población que

hay que atender es numerosa, los técnicos emplean distintas estrategias para organizar y definir la realización de sus visitas. En este sentido es posible observar matices en todos los casos consultados.

Algunos técnicos, cuyo enfoque de trabajo está más en línea con la modernización agrícola, plantean un trabajo enfocado en “productores demostradores”. Ellos actúan como una referencia para los otros miembros del grupo. Lógicamente es a quienes más tiempo de atención brindan. El criterio para elegir estos demostradores⁶ parece estar vinculado por un lado, al carácter “innovador” de estos productores, quienes son más propensos a seguir las recomendaciones del técnico, pero también porque tienen la capacidad para presionar o buscar mayor asistencia por parte del INTA:

uno va captando cuáles son los productores que tienen la idea de ir mejorando y que están captando más rápido... y también son esos productores que nos exigen más, que nos están pidiendo, siempre decimos “de la naranja sale jugo cuando vos la apretás”, entonces ellos nos demandan más cosas y son los productores que nosotros visitamos con más frecuencia (JG).

En las visitas a la chacra es donde la dimensión afectiva o emocional de la relación entre el extensionista y el agricultor se manifiesta con mayor énfasis. Es posible, en este sentido, observar dos grandes líneas actitudinales frente a ello. En principio una minoritaria, más vinculada a técnicos que trabajan en línea con el enfoque de la modernización agraria; se parte entonces del reconocimiento de la importancia de cultivar el vínculo afectivo en la relación con los agricultores, señalando que la labor extensionista debe ser también un trabajo de estímulo y motivación para crecer, producir más y estar propensos a la innovación tecnológica. No obstante, se plantea con énfasis la necesidad de *no mezclar las cosas*, en el sentido de no desviar el objetivo que debe tener el técnico para realizar su trabajo de extensión rural. Una apertura muy grande o una indefinición en los vínculos, en ese sentido, es vista como una posible fuente de conflictos:

muchos conflictos que yo tuve con productores fue por mezclar las cosas, el tipo quería comprar un auto y vos querías conseguirle el auto, ¿entendés? Después no conseguiste el auto y el productor se calienta... me pasó con lo del auto, patético, mi cuñado quería vender un auto,

cuando recién arranqué, y un productor quería comprar un auto, y le digo a mi cuñado, y después mi cuñado nunca trajo el auto... uh... me generé un conflicto al pedo, “vos sos un mentiroso” me decía el tipo... (HB).

Por otra parte, desde la visión de los técnicos que tienen un enfoque de trabajo en línea con la agricultura participativa o la extensión reivindicativa, la visita y la relación de cierta intimidad que se va construyendo constituye la base por la cual el extensionista puede tomar contacto con las problemáticas reales de la familia.

Allí el técnico asume que con la visita ingresa en el universo de la chacra, pero también en la esfera doméstica y familiar del agricultor. La visita, en este sentido trasciende en muchos casos lo que es una instancia de “asistencia técnica” y afloran las situaciones familiares y humanas en sus distintas dimensiones.

... y los comentarios típicos también es los hijos, los nietos, si fueron a la escuela, si no, si se recibieron, yo creo que a esta altura no hay tema que no se trate (RP).

Esos contactos son en muchos casos la base a partir de la cual el extensionista construye su diagnóstico acerca de la situación y las problemáticas de los agricultores. También es el momento en que el técnico verifica los niveles de adopción tecnológica y muchas veces le sirve de monitoreo para saber si los recursos que se han obtenido a través de algún proyecto que se ha gestionado son utilizados o no para los fines que fueron solicitados.

No obstante en estas perspectivas, donde los límites del trabajo extensionista no aparecen bien definidos, muchas veces surge el conflicto de tener que enfrentar una gran cantidad de problemáticas para las cuales el técnico no se siente capacitado o no tiene muchas posibilidades de dar respuesta. Pese a ello, en relación con el vínculo afectivo que se construye, todos los testimonios coinciden en plantear que esto es algo que invariablemente sucede con los años de trabajo. Para algunos esto es algo que potencia el trabajo, además de resultar en una motivación personal para hacer esfuerzos (trabajar los fines de semana o fuera de horario) que de otra manera no se harían.

3.2. Capacitaciones

Junto con la visita a la chacra, las capacitaciones constituyen la otra de las dos instancias de encuentro entre técnicos y agricultores que está presente en todos los proyectos analizados y, de acuerdo con los extensionistas, ocupa un lugar central en cuanto a la estrategia de intervención planificada. Respecto a lo que se desprende de sus testimonios podemos plantear algunos elementos comunes a todos los proyectos acerca de las visiones en torno a estas actividades y sus metodologías.

En principio se señala la necesidad de trabajar siempre en *forma práctica* lo que se quiere transmitir desde el punto de vista teórico. Hay una alta valoración respecto a que los participantes “usen las manos” en las capacitaciones, que aprendan haciendo.

También se plantea como una estrategia válida el que las capacitaciones se realicen en alguna de las chacras. En este sentido, se valora mucho el hecho de que los agricultores *vean en otros que son como ellos* algo que pueden replicar en sus chacras ya sea como adopción de una innovación o como abordaje de un problema. En línea con ello suele recurrirse a la utilización de “productores demostradores” o bien se plantea un esquema de rotación en las chacras de los distintos productores del grupo. Si bien no se logra hacerlas en todas, se plantea que esta metodología genera un plus que tiene que ver con el fortalecimiento grupal. Cada familia agricultora va abriendo las puertas de su casa al técnico y al grupo, generando una situación propicia para la construcción de confianza mutua. Además actúa como motivación para la propia familia que generalmente se esmera por mostrar el trabajo realizado en la propia chacra, ya que muchas veces es una de las pocas instancias simbólicas que tienen los agricultores de reconocimiento social por su trabajo:

también en esos momentos uno ve la sorpresa de los otros, de cómo cada uno de los integrantes va avanzando y cómo también le van felicitando, y eso también es un estímulo importante (...) ahí entra en juego todo el tema de la solidaridad y el compañerismo que nosotros siempre tratamos de remarcar (RP).

En lo que hace a los aspectos metodológico-formales de la capacitación, hay consenso en considerar que grupos de entre 10 y 15 agricultores funcionan bien, especialmente para garantizar la participación de todos,

aunque muchas veces las capacitaciones deben ser realizadas para grupos más numerosos. La duración es variable en función de la temática y los objetivos de la misma, aunque la mayoría señala la necesidad de que sean breves, no más de una hora y media o dos.

Finalmente, hay coincidencia en señalar que las capacitaciones deben integrarse en marcos más amplios de trabajo, no ser acciones aisladas. Todo esto juega también en relación con la propia visión y motivación del extensionista y choca muchas veces contra lo que los extensionistas perciben que se les pide desde la institución:

Si hay un problema real y la capacitación se organiza sobre la base de ese problema real se tiene que resolver, salvo que no tenga respuesta técnica... el tema es cuando al técnico lo evalúan y el técnico tiene que dar 10 capacitaciones por año, entonces inventa 10 capacitaciones... entonces, la gente por ahí va, le gusta, escucha algo lindo, pero después... el tema es cómo la capacitación se va anclando a acuerdos, a necesidades reales, por ejemplo yo estoy convencido que el tema frutales es una salida, pero no se lo puedo imponer a los tipos (VP).

Donde surgen diferencias que son asimilables a los distintos enfoques extensionistas es en la elección de las temáticas para abordar en las capacitaciones. En principio existe consenso en señalar en primer lugar que debe tratar “problemas reales”, esto es, que se corresponda con la realidad del territorio y no que esté planteada siguiendo algún tema de moda o simplemente porque el técnico está más capacitado en alguna temática que en otra.

A partir de allí varía la interpretación de acuerdo a qué son los “problemas reales” en línea con los distintos enfoques. Así, para quienes están en línea con la modernización agrícola, de lo que se trata es de poder ubicar y trabajar sobre los problemas tecnológicos más influyentes en la eficiencia y la rentabilidad del sistema productivo del agricultor. Para ello el técnico tiene que hacer un buen trabajo de observación y escucha de la realidad de los agricultores, pero debe hacer valer sus propios criterios técnicos para diagnosticar adónde se debe reforzar en cuanto a capacitaciones.

Por su parte, quienes están en línea con la agricultura participativa, plantean que las temáticas no deben ser definidas por el técnico, sino por el propio grupo que debe ir planteando en qué necesita capacitarse;

de esta manera se deben ir trabajando las capacitaciones “en función de la demanda”; y de lo que veíamos que se planteaban como las “necesidades sentidas” del grupo.

Finalmente, bajo el enfoque reivindicativo, se reconoce la necesidad de trabajar capacitaciones tecnológicas para abordar problemas productivos puntuales, identificadas en diagnósticos colectivos. La particularidad es que aquí se agrega la necesidad –en cuanto a las temáticas– de abordar la formación en elementos que permitan la comprensión de la realidad social y económica en la que se encuentran los pequeños agricultores. En este sentido, la definición de los contenidos para trabajar estos análisis que tienden a promover la formación de una conciencia colectiva crítica le corresponde a los propios técnicos.

3.3. Reuniones grupales

La reunión con los grupos –o subgrupos⁷– de agricultores beneficiarios constituye una modalidad de intervención que aparece planificada con bastante regularidad en gran parte de los proyectos (aunque no en todos). No obstante, hay mucha desigualdad en la frecuencia con la que se realizan las mismas. Allí donde hay un proceso organizativo en marcha (independientemente de su carácter) las reuniones tienen un carácter periódico y revisten una gran importancia en la definición del trabajo que realizará el técnico con el grupo. En los proyectos donde se trabaja con un enfoque cercano a la modernización agraria, las intervenciones tienen un carácter más individual y por lo tanto son escasas las reuniones.

El lugar donde se realiza la reunión muchas veces es en la colonia, en alguna de las chacras o en algún espacio comunitario (escuela, salón comunitario, etc.). Por lo general los grupos se conforman con agricultores que viven cerca entre sí, quienes ya son vecinos (muchas veces parientes) y mantienen relaciones entre ellos con una historia que en gran parte de los casos va mucho más atrás del origen del proyecto.

Pese a que se reconoce que muchas veces se realiza en forma improvisada, se destaca la necesidad de tener una metodología para las reuniones:

la metodología de las reuniones para trabajar con grupos son fundamentales, ¿por qué? Porque es como los entrenamientos de fútbol, si vos estás haciendo un trabajo de fútbol acá y al segundo no sabés qué

sigue... y los jugadores te dicen “¿y ahora qué hacemos?, ¿y ahora qué hacemos?”, y en la reunión cuando se producen esos huecos los productores se dan cuenta; para entender esto tuvimos muchos fracasos, tuvimos reuniones que no iba nadie (HB).

Al igual que lo planteado para las capacitaciones, los técnicos señalan como una dificultad el querer adecuarse a las exigencias de los programas cuando la realidad del territorio y de los grupos indica otra cosa. Este es el hecho cuando se pide que se haga al menos una reunión grupal al mes, algo que puede llevar al desgaste en la relación:

nosotros cuando arrancamos teníamos todos los meses una reunión entonces vos decías ‘mierda, tengo la reunión el 5 de abril, la puta que lo parió, ¡qué vamos a hacer en esa reunión?!’... vos te estresabas... ‘bueno, vamos a hablar sobre cítricos’, hablábamos sobre cítricos, si no sabíamos traíamos un experto en cítricos... y al otro mes: ‘¡la puta ya llega el 5! ¡Tenemos que hacer otra reunión porque si no... no cobro! Vamos a hablar sobre piscicultura’... y al grupo a lo mejor no le interesa una goma, primero va... pero después se desbanda (HB).

Este parece ser el caso de lo que sucede cuando los grupos están organizados en función de una finalidad productiva puntual, fundamentalmente en los proyectos bajo el enfoque de modernización agrícola. No obstante, desde los técnicos que trabajan con los enfoques de la agricultura participativa y la extensión reivindicativa, la reunión constituye un espacio clave para la organización, a partir de lo que es la construcción de confianza. Así, hay grupos donde las relaciones son más estrechas y llegan a tener una agenda de reuniones todas las semanas, volviéndose espacios de trabajo y socialización que trascienden los límites de algún objetivo productivo:

siempre hay tema para tratar, y si no se festeja algo, cumpleaños... pero siempre hay algo para comunicar, porque hay próximas capacitaciones en otros lugares, nosotros asistimos con ellos a congresos, jornadas, en otras provincias, y bueno hay que organizar, por ahí el colectivo, así que siempre hay tema (RP).

Independientemente de su carácter, en todos los casos la reunión grupal aparece como una instancia que le permite al técnico mantener

viva la relación con el grupo y sobre todo ir tomando cuenta del estado en el que avanza el proyecto, manejando las motivaciones, las demandas y las problemáticas que se presentan.

3.4. Visitas a experiencias demostrativas

Se trata de una modalidad de interacción bastante utilizada, aunque con menor frecuencia que las anteriores. Si bien aparece en casi todos los testimonios, solo en 6 de los 14 proyectos analizados se planifican actividades de este tipo. Básicamente su metodología es similar en todos los casos, y consiste en la realización de salidas o viajes grupales para conocer experiencias fuera del territorio de las que puede aprenderse algo y luego replicar a nivel local. En general quienes la utilizan valoran mucho su importancia por la eficacia pedagógica que suele tener.

Al igual que con las capacitaciones, las diferencias en relación con el enfoque de extensión rural que se trabaja se observan especialmente en la selección de qué temáticas y tipos de experiencias visitar. En lo que hace a los aspectos metodológicos y los atractivos de esta modalidad de intervención, hay coincidencia en que resulta mucho más potente ver a otros agricultores manejando cierta tecnología comparado con lo que puede ser una recomendación o una propuesta hecha por el técnico.

Una de las ventajas que tienen en Misiones es la posibilidad de visitar experiencias brasileras, que suelen valorarse por ser en muchos casos más avanzadas en términos tecnológicos, esto se da principalmente en la zona de la costa del río Uruguay cuya población rural tiene un fuerte vínculo con el vecino país:

Utilizamos más Brasil que acá, está más adecuado a lo que es nuestra zona, a nuestra realidad, también trabaja con pequeños productores y no hay problemas con el idioma porque la gente habla lo mismo (JG).

La clave de la visita, en este sentido pasa por la motivación que genera en el grupo ver los resultados de otras experiencias y tomar contacto directo con los actores que las están impulsando. Esto resulta aplicable para todos los casos, ya se trate de un emprendimiento cuyo valor central está en lo productivo, lo comercial o lo organizativo:

... si vos tenés experiencias concretas, reales de algo que está bien y a

vos te parece que hay que promover, vas, lo ves (...) fuimos a Brasil, vimos experiencias allá, compartimos algunas experiencias acá en Argentina; la gente viene motivada y sobre la base de una motivación vos empujás para dar un paso adelante, y bueno sobre esa base construimos también... la gente ve y replica mucho lo que ve (VP).

No obstante su utilidad y su valor pedagógico, se reconoce también la importancia de hacer una evaluación crítica posterior a la misma, puesto que muchas veces se genera un entusiasmo por algo que luego no es replicable a nivel local:

por ahí lo que vemos es que hay puntos que se pueden replicar, digamos, copiar, y también hay puntos que se deben cambiar digamos, no se puede copiar tal cual como está en otro lado y tratar de hacer acá. También tuvimos experiencias fracasadas digamos, que intentamos copiar lo que hacían en otro lado y no nos anduvo, no tuvimos en cuenta por ahí limitantes de tiempo, de recursos, de malezas en campo (JG).

Por su parte se reconoce también que es importante promover visitas a la inversa: de grupos foráneos que vengan a conocer las propias experiencias puesto que ello puede servir de fuerte estímulo interno y motivación para los grupos:

... hemos recibido muchos productores que han venido a ver nuestra experiencia también y eso también digamos como que hace que el productor sienta que él también sirve, se siente reconocido por lo que hace y el esfuerzo ese; y más que nada en nuestro caso que la mayoría de los emprendimientos son comunitarios, como que cuando la gente de afuera viene y valora lo que están haciendo para resolver un problema digamos como que le inyecta fuerza a la gente, y por ahí ayuda a sortear algunas de las dificultades que hay... yo recuerdo en uno de los grupos vino un grupo de técnicos y productores de Brasil, vinieron a visitar una experiencia ahí, y a partir de esa visita como que fue mucho más fácil resolver de vuelta los problemitas que había (YN).

4. Las comunicaciones

Finalmente vamos a abordar ahora el tercer grupo en el que hemos clasificado las modalidades de trabajo de los extensionistas con los agricultores

y que de acuerdo a la perspectiva teórica que tomamos para este apartado de acuerdo a la categorización propuesta por Cimadevilla (2004a) serán denominadas en sentido estricto en este capítulo como “comunicaciones”. Se trata, como decíamos, de instancias que suponen una mayor expectativa de reciprocidad entre ambas partes, puesto que en el proceso de intercambio se asumen compromisos de *cooperación mutua*⁸.

Cuando se revisan y ordenan las distintas modalidades de trabajo extensionista con agricultores en el marco del ProFeder en Misiones aparecen dos tipos principales: 1) la gestión de financiamiento para emprendimientos rurales y el acompañamiento en su ejecución; y 2) la realización de obras comunitarias o prediales conjuntas. Vamos a caracterizar brevemente cada una de ellas.

4.1. La gestión de financiamiento y acompañamiento en su ejecución

De acuerdo con lo planteado por los técnicos, esta actividad resulta de una importancia clave en el trabajo extensionista. Se debe tener en cuenta que el INTA es una institución que realiza actividades de investigación y asistencia técnica, pero no aporta recursos financieros directos para emprendimientos agropecuarios de ningún tipo. Es por ello que el trabajo con el sector de la pequeña agricultura familiar requiere, en buena medida, la gestión de recursos económicos —sea en forma de subsidios o créditos— para llevar adelante acciones en el territorio⁹. Así lo señala un extensionista:

Se está articulando hoy con un montón de otros programas que te dan financiamiento que el ProFeder no tiene, porque de última el ProFeder es un proyecto que te permite tener gastos operativos para moverte, si vos no los generás, te quedás dando capacitaciones y yendo a la colonia a hacer algunas recorridas, esa es una limitación que tiene (CT).

Si bien existe coincidencia entre todos los técnicos consultados respecto a la importancia y la gravitación que la gestión de financiamiento llega a tener en su tarea con los agricultores, aparece como actividad planificada en 8 de los 14 proyectos analizados. Es decir, en casi la mitad de los mismos no está contemplada como una actividad a realizarse. Esto en parte puede explicarse por el hecho de que tanto las modalidades

que adquieren estas tareas como sus tiempos de ejecución, dependen en buena medida de las condiciones que fijan los organismos que otorgan los recursos financieros.

Más allá de sus particularidades, existe una serie de características comunes en todos los casos que nos permiten incluir este tipo de tareas en la categoría “comunicaciones”. En principio se trata de una actividad que requiere un compromiso conjunto por parte del técnico y los agricultores para ser llevado adelante y en el que ambos muchas veces asumen riesgos y necesitan confiar en el accionar del otro. El primero en buena medida es quien está en mejores condiciones de acceso a información respecto a las fuentes de financiamiento disponibles; la mayoría de ellas provenientes de organismos del propio Estado. A su vez, por lo general, es quien se encarga de la redacción, presentación del proyecto, pone su firma como responsable o referente técnico y se compromete a realizar el acompañamiento técnico para la ejecución de los fondos. Por su parte, los agricultores deben presentar una serie de requisitos, asumir compromisos y otorgar garantías, que en muchos casos incluyen los papeles de propiedad de la chacra; además los trámites suelen llevar mucho tiempo valioso para los agricultores que deben salir de sus chacras e ir al pueblo, y de esta forma perder jornadas de trabajo.

Una habilidad fundamental para trabajar esta modalidad y poder explotarla en favor de los grupos y los proyectos consiste en la capacidad para formular y redactar proyectos. En este punto muchos extensionistas reconocen sus propias falencias al respecto. Frente a ello una estrategia empleada es apoyarse en compañeros de la institución, sobre todo de otras disciplinas, estableciendo un trabajo en equipo. No obstante, resulta claro que aquellos extensionistas que tienen mayor acceso a la información respecto a la disponibilidad de fuentes de financiamiento y más habilidad en la redacción de proyectos se encuentran en mejores condiciones potenciales para realizar su trabajo con los grupos, independientemente de la orientación ideológica del mismo.

Su baja planificación en los proyectos ProFeder en parte puede explicarse, como ya señalamos, por la incertidumbre que gira en torno a la posibilidad de conseguir recursos. Por un lado, no se sabe cuántas probables líneas de financiamiento se abrirán; por el otro, tampoco se sabe si los proyectos que se presentan serán aprobados y, en caso afirmativo, cuándo podrá disponerse de los recursos. Esto último acarrea

varios inconvenientes tanto en aspectos técnicos, como en los lazos de confianza entre el técnico y los agricultores siendo una potencial fuente de conflictos sobre todo si no se ha consolidado todavía la relación entre ambos:

un proyecto que presentamos hace dos años al XX, y los montos ahí eran unos, ahora salieron los desembolsos y no llegamos a concluir ni la mitad del proyecto; el furgón para un equipo de frío, un camión, que en su momento valía 40 mil pesos, hoy vale 110 mil pesos, el mismo equipo. En ese momento nos pedían proforma y que presentemos. Con la proforma aprobaron el proyecto, ahora tenemos que ejecutarlo... y no llegamos, entonces se complica ahí. (...) el técnico es el que da la cara, el que pide la documentación, que pide fotocopia de DNI, que pide los papeles de la tierra... y después esos proyectos por ahí muchos de ellos salen y otros no salen (JG).

el que está quedando mal es uno que está todos los días en la zona con ese productor, que pasa todos los días por el frente de tu casa... y vos decís... vos no sabés qué es lo que piensa el productor pero capaz que dice que vos te comiste los recursos (YN).

Asimismo, esta posibilidad de que los recursos aparezcan de forma imprevista lleva a que las planificaciones realizadas por los técnicos deban ser revisadas frecuentemente:

ahora justamente a fin de año salieron tres proyectos financiados, que nosotros pensábamos, ya cerrábamos el año... y se abrió ahora y a acomodarnos y bueno todos los que teníamos pensado sacar vacaciones a principio de enero, no, suspendimos (...) Salieron proyectos que habíamos presentado hace tres años, hace un año, un año y medio lo de microcréditos (...) Las planificaciones, nosotros generalmente las planificaciones las hacemos con los recursos que más o menos contamos concretos, entonces después lo que viene extra va agregando trabajo y va a agregando también satisfacciones, pero son todos... o sea, lo que más contamos como reales muchas veces son los tiempos de elaboración de los proyectos, después si sale o no sale ya va a depender de otro organismo (KG).

Por su parte, no se observan grandes diferencias en la operatoria de esta modalidad entre los distintos enfoques con que se lleva adelante el

trabajo extensionista. Lo que sí aparece claro es que la posibilidad de acceder a líneas de subsidio o créditos constituye uno de los beneficios palpables y concretos que tienen los agricultores en su trabajo con la extensión rural de INTA. Resulta también una eficaz alternativa para sumar agricultores a metodologías grupales con potencial de conformar organizaciones, lo cual, en la mayoría de los casos es visto como un fin deseable por parte de los extensionistas. La posibilidad de conseguir financiamiento para obras de uso común tiene, en este sentido, un potencial estratégico.

4.2. La realización de obras comunitarias o prediales conjuntas

Finalmente, la otra modalidad que incluimos en la categoría de “comunicaciones” son aquellas en que técnicos y agricultores trabajan en forma conjunta en obras comunitarias o prediales.

En principio se trata de la actividad con agricultores que menor enunciación tiene dentro de los proyectos ProFeder: solo uno de todos los proyectos analizados contempla la misma. No obstante, esta baja presencia se modera en los relatos de los técnicos consultados, donde surge con más frecuencia.

Se trata de acciones en las que el técnico trabaja junto con las familias agricultoras en alguna obra en terreno que beneficia a estas últimas y que se enmarca en lazos de compromisos que muchas veces trascienden el plano laboral. Muchas veces estas obras se realizan los fines de semana, fuera de los horarios de trabajo del técnico. Si bien forma parte del trabajo extensionista y constituye un aporte central en el tipo de vínculos que se construye en la relación técnicos-agricultores, es asumida fundamentalmente como trabajo voluntario:

nosotros vamos y trabajamos como uno más, día completo, se matan de la risa porque no estamos acostumbrado a martillar un clavo de cuatro pulgadas en un poste de anchico, yo meto cinco milímetros y viene otro y pum pum pum y le da, pero bueno, estar ahí... hemos hecho cosecha de maíz entre todos, construcción de galpones, etcétera que hacen que también puedas ir construyendo (CT).

... a veces uno se compromete casi demasiado con la gente y participa

de todo digamos, de la paleada hasta el asado... y yo creo que cuando hay ese compromiso digamos de los técnicos con la gente, la gente responde (YN).

Además, los técnicos que realizan este tipo de acciones con la comunidad suelen compartir también eventos sociales conjuntos, como brindis de fin de año, festejos de cumpleaños o inclusive casamientos.

5. Los extensionistas y las instancias de trabajo con agricultores

De la revisión respecto a las distintas modalidades de encuentro y trabajo con los agricultores que los extensionistas reconocen para su práctica de intervención en el marco del ProFeder se desprenden algunos elementos significativos en relación a la caracterización que venimos haciendo respecto a las visiones de los técnicos sobre sus prácticas de comunicación con agricultores.

En principio debemos señalar que los diferentes sentidos que se otorgan a estas distintas instancias de encuentro tienden a configurarse en vinculación con los enfoques del trabajo extensionista que analizábamos en los dos capítulos anteriores. Esto resulta observable más allá de que en algunos casos puntuales pueda plantearse cierta aparente diferenciación. Así, en relación con aspectos como la actitud frente a lo impreso y la utilización de materiales escritos surge una vinculación directa entre la forma de concebir la utilización de un medio de comunicación¹⁰, de acuerdo al tipo de reconocimiento cultural planteado y el horizonte político en el que se inscribe la práctica. Es en este punto donde se condensan muchas de las decisiones que hacen a la vinculación del extensionista con los agricultores en relación con la comunicación: la línea reivindicativa plantea que hay que estimular la lectura en tanto que contribución del extensionista a que ese agricultor y su familia tengan mejores oportunidades de enfrentar con autonomía el mundo. En la línea de la modernización y de la agricultura participativa se plantea utilizar la posibilidad de lectura de los agricultores desde un sentido práctico: usarla solo en la medida en que sirva para llegar a los agricultores de manera efectiva, con formatos muy atractivos, despojados en gran parte de texto escrito y mensajes claros y directos. No obstante, en todos está presente la idea de una jerarquización de saberes que tiene

en su centro a la cultura letrada, y en los propios técnicos a sus representantes.

Por su parte, resulta relativamente claro que las denominadas “acciones”, constituyen las modalidades centrales de trabajo con los agricultores dentro de la extensión rural; siendo las visitas a las chacras y las capacitaciones actividades ineludibles en este sentido. Además de estar presentes en la planificación de todos los proyectos analizados, la caracterización que los técnicos hacen de las mismas es relativamente semejante. La diferencia sustancial se encuentra en la elección de las temáticas sobre las que giran estos encuentros.

En cuanto a las denominadas “acciones”, podemos señalar en principio que se observa un escaso reconocimiento respecto al uso y las potencialidades de las mismas para realizar el trabajo extensionista. En este marco lo que aparece con más frecuencia son las cartillas. Puede relacionarse, a nuestro juicio, esta baja adopción de “acciones” a la escala “microsocial” en la que se conciben las prácticas de intervención extensionista. Los formatos audiovisuales se visualizan como muy útiles pero, al asumir la realización en forma individual, resultan muy costosos en tiempos de trabajo y/o recursos materiales necesarios. No aparecen en los relatos la posibilidad de identificar espacios de integración entre los distintos proyectos ProFeder que sirva de plataforma para pensar, planificar y elaborar dispositivos mediáticos. En ellos podrían trabajarse problemáticas de alcance regional, más allá de los grupos destinatarios de cada proyecto puntual. Esto de alguna manera podría señalar un subaprovechamiento de las potencialidades que la amplitud del sistema de extensión de INTA posee, tal como veíamos en el tercer capítulo.

Por su parte, la posibilidad de utilizar espacios en medios masivos de comunicación locales es valorada en forma positiva en cuanto a dar apoyo a la realización de las prácticas de extensión rural. También aquí es pensado en forma individual y no se observa en ningún caso el reconocimiento de espacios de integración entre los proyectos para pensar, desde los extensionistas, la posibilidad de construir una estrategia conjunta para ello.

Con respecto a las “comunicaciones” de la extensión rural, hemos visto que la principal modalidad lo constituye la gestión de financiamiento —sea en forma de créditos o subsidios— y acompañamiento en la ejecución de esos fondos o recursos. Cabe destacar que esta acción es considerada como fundamental por casi todos los extensionistas en

cuanto al tipo de acción con la que logran mayores impactos en terreno. No obstante ello, las mismas no aparecen en gran parte de los proyectos y cuando lo hacen ocupan un lugar relativamente marginal dentro de la estrategia de intervención.

En función de lo expuesto podemos señalar, desde nuestra perspectiva, que en lo que hace a las modalidades de encuentro entre técnicos y agricultores se observa mucho terreno por avanzar especialmente en las dos grandes modalidades que no constituyen el eje tradicional de los encuentros extensionistas: las acciones y las comunicaciones. En este sentido, creemos que la debilidad con que son reconocidas las primeras se vincula en parte con la escala microsocial en la cual es pensada la intervención, desatendiendo la fortaleza que presenta la propia red institucional, así como las potencialidades de los medios de comunicación y las redes informáticas. Fortalecer las *acciones* en este sentido puede constituir una forma de ampliar el alcance de la intervención extensionista. Por su parte, fortalecer el trabajo en lo que hace a las comunicaciones como tal, señala la posibilidad de lograr profundidad o intensidad en el trabajo extensionista y sus transformaciones en los territorios.

Notas

1 Cabe destacar que ello lo hemos realizado en gran medida por las limitaciones propias del trabajo que hemos podido realizar, tomando solamente la perspectiva de los técnicos, lo que marca el carácter parcial de esta aproximación.

2 Compartimos con el autor la necesidad de evitar “enmascaramientos teóricos” que desde la pura reflexión tienden a construir una mirada crítica políticamente correcta del trabajo extensionista en términos académicos, pero incapaz de interpelar el campo concreto de prácticas. No obstante, no creemos que la resolución a esta contradicción sea abrazar esta perspectiva sin más, por mayor complejidad que se le intente dar. En función de ello planteamos la necesidad de incorporar una mirada respecto a la dimensión instrumental de las prácticas, desde su complejidad, pero hacerlo sobre la base de una comunicación pensada como el campo donde se plantea la producción social de sentidos, y –en un sentido más específico– la lucha por el significado de la intervención social desde el Estado.

3 De acuerdo a lo señalado, para muchos agricultores estas apariciones televisivas han sido las primeras en sus vidas, lo cual encierra una fuerte carga simbólica, especialmente hacia adentro del grupo familiar.

4 Se trata del programa “Más Producción” que se emite desde el año 2006 por Canal 12, los días sábados al mediodía.

5 En uno de los casos se plantea una llegada a 475 familias a través de la articulación de

distintas herramientas de intervención conjuntas entre el INTA y la Secretaría de Agricultura Familiar.

6 La idea de “productores demostradores” bastante utilizada en la extensión rural pública y privada, se corresponde en buena medida con los planteos de Rogers respecto a la categorización de los productores rurales que plantea que del total de estos hay una minoría (2,5%) que son los “innovadores”, seguidos por aquellos que componen la categoría de “usuarios tempranos” (13,5%). Luego siguen las distintas categorías en relación con la adopción de innovaciones que componen la mayoría del sector rural (Rogers, 1962: 11).

7 En muchos casos, cada uno de los proyectos trabaja con un grupo de beneficiarios que a su vez están distribuidos en distintos subgrupos, generalmente agrupados por proximidad física, o perfiles productivos.

8 Debemos tener en cuenta que aproximarnos a pensar las distintas prácticas de comunicación social desde esta clasificación –y de cualquier otra– implica forzar, en mayor o menor medida, la inserción de las mismas dentro de alguna de las categorías. Así, muchas de las prácticas que se encuentran rotuladas como “interacciones”, dependiendo de la forma y los compromisos que allí se pongan en juego pueden ser tomadas como “comunicaciones”.

9 Se da una situación particular en relación a la gestión de financiamiento y el trabajo extensionista que plantea el INTA. Por un lado, desde sus orígenes y más allá de los paradigmas que han hegemonizado la visión institucional (como vimos en el segundo capítulo), se ha planteado que el Instituto tenga un perfil de investigación y asistencia técnica, no de financiamiento. Es por ello que salvo la entrega de semillas y algunos insumos básicos del Pro-Huerta –que se realiza con aportes del Ministerio de Desarrollo Social– el INTA no dispone de ningún recurso material directo para aportar a las comunidades con las que trabaja. Sin embargo la necesidad, en muchos casos fundamental, de contar con acceso a recursos para poder llevar adelante las distintas propuestas tecnológicas prácticamente obliga a los extensionistas a tener que articular con otras instituciones y organismos. Esto por un lado da la ventaja de impulsar necesariamente la construcción de articulaciones y acuerdos con otros actores, pero también expone que sean los otros quienes terminan definiendo gran parte de las “reglas de juego” respecto al destino de los fondos.

10 Y dentro de ellos, especialmente la lectura como herramienta intelectual.

Consideraciones finales. La extensión rural estatal y la necesidad de debatir su orientación futura

En esta investigación nos planteamos abordar la extensión rural pública desde la comunicación. En ese marco nos propusimos, puntualmente, caracterizar las perspectivas de los extensionistas del ProFeder en Misiones respecto a sus prácticas de comunicación con agricultores. Hemos reconocido desde el inicio el carácter parcial y provisorio respecto a la pretensión del alcance de este estudio para dar cuenta de la complejidad que revisten los procesos sociales en su efectiva realización. Respecto a la construcción de nuestro objeto de estudio y los datos que pudimos obtener, los mismos han sido expuestos y analizados a lo largo de este informe y no quisiéramos, llegados a esta instancia, redundar en una síntesis de elementos ya enunciados. Antes bien, intentaremos presentar como aportes en primer lugar algunas consideraciones respecto al tipo de abordaje teórico que hemos construido para la realización de este estudio. Pensamos que las mismas pueden servir de contribución al campo de estudios de comunicación en general, y de Comunicación para el desarrollo en particular (1). Sumado a ello, quisiéramos plantear también algunos elementos significativos emergentes desde esta perspectiva teórica en relación con la extensión rural pública en la provincia de Misiones (2). Finalmente, dejamos planteadas lo que entendemos que pueden ser líneas de continuidad al trabajo presentado (3).

1. Aportes al campo de la Comunicación para el desarrollo para interrogar de manera crítica a la extensión rural pública

A lo largo de este trabajo hemos emprendido el desafío, desde el punto de vista teórico, de interrogar y abordar la extensión rural pública desde una mirada comunicacional. Lo intentamos hacer buscando evitar el reduccionismo de la perspectiva instrumental-difusionista, que en buena

medida limita la cuestión de la comunicación a la gestión de medios y estrategias de marketing, como así también evitando el ensayo crítico que desde la denuncia ideológica del rol del Estado a favor de los sectores dominantes se vuelve incapaz de interpelar la complejidad en la que se mueven las prácticas sociales y, específicamente en este caso, los encuentros entre técnicos y agricultores.

En este sentido, reivindicamos para la investigación social latinoamericana en el actual contexto la necesidad de realizar un movimiento que actúa en un doble sentido: por un lado, contribuyendo a desnaturalizar los relatos de los vencedores, como señalaba Walter Benjamin (1979), que han devenido en “sentido común” y se han fijado en la comprensión del pasado desde la cual se enmarca y se asume el presente histórico. Por el otro, aunque unido en forma indisociable al anterior, contribuyendo a la “politización” de áreas de la vida social, que definen orientaciones colectivas de acción y que se imponen bajo la lógica de un “orden superior” frente al que nada se puede más que adaptarse a sus reglas de juego.

En relación con lo primero, resulta fundamental en todo análisis sobre procesos sociales colocarlos en perspectiva histórica. Recuperar los antecedentes de cada período a la luz del tiempo presente implica, por un lado, contribuir a la disputa, siempre en movimiento, respecto al relato del pasado: sus protagonistas, su relevancia, las categorías con las que se lo nombra. Por el otro, contribuye a develar el carácter transitorio y cambiante con el que también está hecho el tiempo presente al que intentamos comprender y contribuir a su transformación.

La revisión histórica de la extensión rural en Argentina, en este sentido, deja varios elementos significativos desde donde pensar y proyectar la extensión pública del futuro. En principio es importante ver que la circulación de conocimientos en relación a la producción agraria y la vida rural trasciende a la institucionalidad moderna que tiene su eje en la ciencia, la técnica y la cultura de los expertos. En un período de creciente crisis del pensamiento occidental es posible asumir hoy que la racionalidad científica se revela insuficiente para dar sustentabilidad a los modos de vida y producción agraria. Es por ello que conviene no perder de vista que el sentido de la extensión rural moderna es histórico, contingente y parcial y debe ser revisado en función de su aporte e inserción en virtud del proyecto social y cultural desde el cual se sustenta y obtiene su significado. Asimismo, de la revisión de la historia moderna resulta

claro que no existe una extensión pública por fuera del proyecto político en relación a lo público y el modelo de Estado presente en cada período.

Hemos planteado que una de las transformaciones más importantes llevadas adelante en varios países sudamericanos a partir del nuevo siglo ha tenido que ver con la recuperación del Estado y la política frente a los imperativos del período neoliberal que hegemonizó la década del 90. No obstante, hablamos en este trabajo de “recuperación parcial de la política” para este tiempo, puesto que en gran medida permanece cerrado al debate social los núcleos duros del modelo de desarrollo capitalista-extractivista en Latinoamérica. En este sentido es particularmente importante que se pueda abrir la discusión respecto al futuro que colectivamente buscamos construir para el mundo rural; es decir que podamos asumir el debate y la orientación respecto a los modos de producción agroalimentaria en los espacios rurales, tomando como eje a los sujetos sociales sobre los cuales el mismo será construido.

Desde el pensamiento crítico latinoamericano en comunicación se han producido grandes aportes teóricos para “politizar”, en el sentido expuesto, distintas áreas que hacen a la vida social, en sus distintas facetas y modalidades. En esta investigación hemos intentado recuperar dos ejes que son constitutivos de las experiencias de comunicación en este sentido: el *reconocimiento cultural* del otro y la *politicidad* en que se inscribe la práctica comunicativa. Sobre la base de estos dos ejes hemos intentado caracterizar el trabajo de extensión rural que realizan los técnicos del INTA con los agricultores a partir de las representaciones construidas por los propios extensionistas. A su vez, y una vez desplegados los mismos, hemos incorporado a la caracterización un análisis de las *instancias de encuentro* entre técnicos y agricultores desde un punto de vista instrumental, indagando en los sentidos que los propios sujetos construyen en torno a las mismas.

Abordar la cuestión del reconocimiento cultural constituye uno de los elementos centrales en la comprensión de la comunicación como un proceso social de construcción de sentido –el cual obtiene su significado en el marco cultural de los sujetos– atravesado por relaciones de poder. El proyecto modernizador ha tendido, a través del despliegue de la racionalidad instrumental y el etnocentrismo del pensamiento occidental, a plantear intervenciones en el área rural sobre el supuesto de una homogeneización de las poblaciones rurales, que además son vistas como poseedoras de una “mentalidad atrasada”. La extensión rural pública ha

sido particularmente receptiva de este tipo de enfoques. Así, indagar en la cuestión del reconocimiento cultural apunta a una dimensión constitutiva de todo proceso de comunicación buscando poner en crisis el sentido común a partir del interrogante: ¿quién es el *otro*? Para abordarlo hemos apelado a tres categorías interrelacionadas: a) la *identificación* del otro; b) la *interpelación* al otro; y c) el reconocimiento de sus *saberes*. Sin dudas la complejidad que adquiere la cuestión del reconocimiento cultural demanda una mayor profundización, pero se trata, cuanto menos, de un avance desde el punto de vista operativo y aporta al debate en torno a la misma.

El segundo eje de nuestro enfoque teórico tiene que ver con la indagación respecto a la dimensión política en la que se inscribe toda relación social. Esto constituye un aporte cuyos antecedentes reconocemos, fundamentalmente, en lo que han sido las experiencias de comunicación popular, que han puesto en debate a la comunicación social y el poder conservador o transformador que encierra la misma. Nuevamente se trata de una dimensión clave para problematizar un campo de acción en el que, amparados en una idea de “técnica” y “neutralidad científica”, se ha dejado de reconocer —como se puede ver a lo largo del recorrido histórico— el carácter político —y por lo tanto atravesado por intereses— en el que se inscribe la práctica extensionista. Para indagar en esta dimensión hemos recuperado tres categorías: a) el *horizonte* de transformación deseado para el medio rural; b) el *rol* (y con ello la responsabilidad) que se adjudica a la propia práctica en la construcción de ese horizonte; y, finalmente, c) la *organicidad* organizacional e institucional en la que se articula y se inscribe la propia práctica.

Finalmente el tercer eje desde el que hemos trabajado nuestra caracterización ha estado puesto en torno a las representaciones respecto a las instancias de encuentro entre técnicos y agricultores. Para ello recuperamos aportes de la línea vinculada al enfoque instrumental de la comunicación, al mismo tiempo que integramos estas representaciones a los sentidos analizados en base a los dos ejes anteriores. Tomando categorías intermedias aportadas por Gustavo Cimadevilla ordenamos las instancias de encuentro en tres tipos, de acuerdo a la expectativa de reciprocidad puesta en juego: *acciones*, *interacciones* y *comunicaciones*. El aporte de este eje a la caracterización de la comunicación extensionista creemos que es de suma relevancia puesto que nos conduce a pensar los encuentros extensionistas con los agricultores desde su efectiva instru-

mentalidad. A su vez, también nos permite indagar el modo en que estos se configuran y adquieren sentido en relación con el reconocimiento que se hace del otro y los sentidos políticos desde los cuales se aborda la práctica extensionista.

Sobre estos tres ejes se constituye el enfoque conceptual que proponemos para interrogar las prácticas de comunicación. Se trata, insistimos, de construcciones teóricas que admiten cuestionamientos y mejoras, pero que permiten, dentro de un marco lógico y a partir de la recuperación de lo actuado en el campo de reflexión comunicacional latinoamericano, avanzar en la discusión respecto a la construcción de nuestros propios marcos de pensamiento teórico. El campo de la Comunicación para el desarrollo, más allá de las marcas con las cuales surgió y los cuestionamientos a los enfoques instrumentales que lo hegemonizaron, señala un territorio importante de vinculación de la comunicación con áreas de la praxis y las políticas públicas. Constituye, por lo tanto, un espacio de disputa intelectual en el cual desde el pensamiento crítico no se debiera permitir su abandono y resignación a las lógicas del pensamiento instrumental, las cuales tienden a reforzar los órdenes sociales vigentes y sus regímenes de dominación. Habilitar nuevas formas desde las cuales concebir este espacio, recuperando las ricas experiencias y tradiciones críticas que hemos tenido en Latinoamérica, implica retos a la imaginación creadora que debemos, cuanto menos, continuar intentando.

2. Los extensionistas y la comunicación con agricultores, una cuestión de enfoques e involucramientos

Dentro de la caracterización que hemos ido construyendo, dos elementos nos han resultado claves a la hora de organizar las distintas representaciones de los extensionistas del ProFeder en Misiones respecto a su comunicación con los agricultores. El primero corresponde a un plano que podemos ubicar en la dimensión *inteligible* de la experiencia y tiene que ver con los distintos *enfoques teóricos del pensamiento social agrario*. El segundo se vincula con un plano que para distinguirlo del anterior lo ubicaremos en la dimensión *sensible* de la experiencia y tiene que ver con el grado del *involucramiento* de los extensionistas con la población con la que se trabaja.

Los distintos paradigmas sociales agrarios —que aquí también los

hemos denominado como enfoques agrarios— constituyen matrices de significación en las cuales es posible, con algunas limitaciones, englobar con cierta coherencia distintas formas de concebir la comunicación con los agricultores; englobando con ello a los tipos de reconocimiento cultural que se hacen del otro, los horizontes políticos y las formas desde las cuales se piensan las modalidades instrumentales de trabajo con esos otros. En este sentido, fue posible encontrar las huellas de tres paradigmas, siendo uno de ellos, el de desarrollo territorial, o agricultura participativa, el de mayor presencia en los técnicos que coordinan los proyectos ProFeder estudiados.

Como hemos señalado, este programa es una de las principales líneas de trabajo en extensión rural por parte del INTA. Surgido en el año 2003 continúa vigente en la actualidad, constituyendo una fuente privilegiada para observar las disputas, tensiones, limitaciones y potencialidades del actual período histórico en relación con las políticas de extensión rural. En este marco, el enfoque de trabajo de la agricultura participativa, o desarrollo territorial, adoptado en esta época, revela ciertas ambigüedades que se han evidenciado en los relatos de los técnicos: por un lado este ha sido el marco para una importante apertura en organizaciones de carácter históricamente “productivistas” como lo ha sido el INTA, hacia un conjunto de problemáticas constitutivas de lo que hace al desarrollo rural. Por otro lado las indefiniciones de este paradigma revelan sus límites a la hora de aportar, en forma estratégica, orientaciones que permitan abordar en profundidad las problemáticas sociales y ambientales del actual modelo de producción agropecuaria.

A su vez, más allá de este enfoque en particular, desde nuestra perspectiva es posible llamar la atención sobre algunos elementos que hacen al conjunto de los casos estudiados. En principio se observa una dificultad en poder inscribir las experiencias de extensión en marcos sociales y políticos amplios. Prácticamente en todos los casos, los horizontes políticos en los que se inscriben las propias prácticas tienden a la escala microsocioal; es decir, apuntan a una transformación en las condiciones socioeconómicas que abarca (en el mejor de los casos) a la totalidad de las familias beneficiarias para cada proyecto, pero no se proyecta como una intervención estratégica integrada a un marco de desarrollo rural mayor.

Creemos que esta observación es clave para pensar en el INTA y su sistema de extensión como pilares de un proyecto estatal de desarrollo rural. Pese al crecimiento presupuestario y de infraestructura que ha te-

nido esta institución, su sistema de extensión rural tiene un alcance limitado en cuanto a destinatarios directos. En Misiones existen más de 25.000 unidades productivas familiares. Los programas de extensión del INTA, excluyendo a Pro-Huerta, alcanzan en forma directa a algo más de 2.000 unidades, es decir, la cobertura directa de los programas de extensión rural no llegan al 10% de los agricultores familiares misioneros.

En este marco, pensamos que junto al incremento de mayores recursos para poder ampliar la capacidad de intervención del Estado en beneficio de estos sectores, se necesita también avanzar en la definición respecto a un proyecto mayor en el cual inscribir, en forma estratégica y articulada con otras políticas públicas, las acciones de intervención extensionista.

La dificultad de visualizar un proyecto político amplio en el cual insertar la propia práctica de extensión creemos que tiene que ver con el otro eje que hemos analizado en este trabajo desde la perspectiva crítica. Nos referimos a la cuestión del reconocimiento cultural. Como hemos visto, en la mayoría de los casos, aunque no en todos, los agricultores son identificados, tanto en los proyectos como en los relatos de los extensionistas, a partir de lo que son sus carencias o problemas. En muy pocos casos se observa una recuperación también del potencial y las riquezas (de distinto tipo) que pueden tener los grupos sociales con los que se trabaja, así como tampoco se observa una recuperación de la historia de los mismos.

Más allá de que muchas veces los años de experiencia de trabajo en terreno hacen que los extensionistas manejen mucha información que opera en forma “intuitiva” en su trato con los agricultores, es llamativo que aparezca tan poco en sus caracterizaciones lo que hace al potencial del sector. Convendría –a nuestro juicio– trabajar en la formación de una mirada que tienda a desnaturalizar el lugar del agricultor familiar visto –principalmente– desde sus carencias o limitaciones. Ese tipo de identificación contribuye, por un lado, a mantener la posición del extensionista en un lugar de privilegio y poder, y por el otro impide reconocer el potencial y las riquezas de distinto tipo que el sector de la agricultura familiar tiene y que es necesario poner en valor a la hora de construir un proyecto de desarrollo rural mayor que tenga a los mismos como protagonistas centrales.

Creemos que resulta difícil, insistimos, pensar en un proyecto social amplio de desarrollo rural que tenga a los pequeños productores, o agricultores familiares, como eje si no se visualiza y pone en valor el poten-

cial que este sector tiene¹. El mismo no solo es relevante para la sostenibilidad de este sector, sino también para la sustentabilidad y soberanía alimentaria, puntos centrales que habilitan la construcción de mayores articulaciones con sectores sociales urbanos en la disputa por la hegemonía política.

En la dimensión del reconocimiento cultural, no obstante, encontramos otro elemento que permitía diferenciar distintas orientaciones de acción en los extensionistas aun cuando manejaran, en términos generales, el mismo enfoque de extensión. Se trata de lo que denominamos como *involucramiento* del extensionista con los grupos con que trabaja y tiene que ver con elementos de tipo afectivos. Así, donde hay una construcción de vínculos personales afectivos fuertes entre el técnico y los agricultores se observa una mayor recuperación de elementos que hacen al potencial y a las capacidades que tiene el sector. Esto se hace más evidente cuando se revisan las actitudes frente a los saberes que manejan los agricultores.

Es difícil, y excede los límites de este trabajo, visualizar fehacientemente cuáles son los elementos que intervienen en una orientación hacia un mayor o menor involucramiento por parte del extensionista. No obstante, resulta clave que se trata de una visión que en cierta medida trasciende a los distintos enfoques del pensamiento social. Además, el involucramiento revela el carácter eminentemente social del trabajo extensionista, por encima del perfil técnico con el que muchas veces se lo identifica. Esto hace que la labor de extensión rural se despliegue en un plano que trasciende en buena medida al contrato laboral y se asuman compromisos que van más allá de lo que pide o reconoce la institución para la que trabajan. Creemos que esto es un plus que se encuentra presente en la extensión rural estatal, y en ello radica buena parte de su potencial para la construcción de un proyecto de desarrollo rural impulsado desde el sector público.

Existe una tensión adicional que hemos identificado y que hace, probablemente, al propio carácter del trabajo extensionista dada su construcción histórica, y tiene que ver con el lugar desde donde se plantea la interpelación a los agricultores. Hemos visto cómo los distintos enfoques extensionistas, y también el distinto grado de involucramiento, implica grandes matices a la hora de caracterizar al otro y definir el lugar del propio extensionista en relación con el mismo. No obstante, en la mayoría de los casos se revela una voluntad de colocarse en una situación

de relativa paridad con el otro. Esta paridad, a su vez, se contradice con la caracterización e identificación de los otros, que son vistos, como señalamos, en gran medida desde sus carencias y problemáticas. Esta tensión, a nuestro juicio, actúa como un indicio de la distancia conflictiva que supone la “intervención” rural y que señala, a nuestro juicio, la necesidad de promover instancias de reflexión colectiva entre los extensionistas respecto a sus propias prácticas.

3. Algunas líneas de continuidad para este estudio...

Para finalizar este informe quisiéramos dejar planteadas algunas de lo que pensamos que pueden ser líneas de trabajo en las cuales dar continuidad a este estudio.

En primer lugar creemos necesario realizar una socialización de este trabajo al interior de los equipos de extensión rural del INTA en Misiones, como así también entre los distintos directivos y decisores políticos vinculados con la actividad. Con ello buscamos por un lado, producir una devolución a los sujetos que han colaborado con este estudio, y por el otro alentar el debate respecto a la extensión rural pública necesaria para el tiempo histórico que nos toca.

En segundo lugar, y tal como hemos señalado en la introducción, creemos que sería muy importante poder dar continuidad a este estudio abordando, desde el mismo enfoque teórico, las perspectivas de los agricultores que forman parte de la práctica extensionista. Se trata de un desafío grande, dada la complejidad que ello supondría, pero cuya realización permitiría poner en contacto las representaciones de los agricultores y de los técnicos y a partir de ello contribuir a un análisis más profundo respecto a los procesos de extensión rural pública.

Finalmente, creemos que también sería interesante continuar una línea de estudios que bajo este enfoque teórico indague en las representaciones de extensionistas que trabajan en otros programas y también en otras áreas geográficas. Ello contribuiría también a dar mayor densidad y profundidad respecto al debate por la extensión rural pública.

Llegamos así al final de este informe con la esperanza de poder realizar contribuciones al proceso colectivo de disputa por lo perceptible y lo pensable respecto a las políticas de extensión rural, y desde allí, como señala la cita de Rancière con la que comienza este trabajo, modificar el territorio de lo posible.

Notas

1 No obstante, quisiéramos dejar claro que esto no significa negar o soslayar, bajo ningún concepto, las difíciles situaciones que atraviesan gran parte de las familias agricultoras con las que trabajan los extensionistas.

Bibliografía

- AAVV (2006). “Resistiendo los agronegocios”. [En línea] <https://www.grain.org/es/article/entries/1119-resistiendo-los-agronegocios>
- Adorno, Theodor; Horkheimer, Max (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Valladolid: Editorial Trotta.
- Aguirre, Francisco (2012). “El Nuevo Impulso de la Extensión Rural en América Latina. Situación actual y perspectivas”. [En línea] <http://www.redinnovagro.in/documentosinnov/nuevoimpulso.pdf>
- Albanesi, Roxana; Preda, Graciela (2005). “El enfoque territorial como propuesta de intervención para el desarrollo. Reflexiones desde una perspectiva latinoamericana”. [En línea] http://www.javeriana.edu.co/ear/m_des_rur/documents/PredaAlbanesi2005Ponencia-Argentina.pdf
- Aleman, Carlos (2003). “Apuntes para la construcción de los períodos históricos de la Extensión Rural del INTA”. En R. Thornton y G. Cimadevilla (Eds.), *La extensión rural en debate. Concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el Mercosur*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Aleman, Carlos (2008). “Volvió la Extensión... ¡y se armó la discusión!”. En R. Thornton y G. Cimadevilla (Eds.), *Grises de la extensión, comunicación y el desarrollo*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Aleman, Carlos (2011). “Aportes para el estudio de la dinámica y evolución de la extensión rural en Argentina”. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, N° 35, 2º semestre 2011. Buenos Aires.

- Alemaný, Carlos (2012). *Elementos para el estudio de la dinámica y evolución histórica de la extensión rural en Argentina*. Tesis doctoral aprobada por el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba, España. Inédito.
- Alemaný, Carlos; Sevilla Guzmán, Eduardo (2007). “¿Vuelve la extensión rural?: Reflexiones y propuestas agroecológicas vinculadas al retorno y fortalecimiento de la extensión rural en América Latina”. *Realidad Económica*, 227: 52-74. Buenos Aires.
- Alfaro Moreno, Rosa María (1993). “La comunicación como relación para el Desarrollo”. En *Una comunicación para otro desarrollo* (pp. 27-39). Lima: Ed. Calandria.
- Arendt, Hannah (2007). *¿Qué es la política?* Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Baranger, Denis (2008). “La construcción del campesinado en Misiones: de las Ligas Agrarias a los “Sin Tierra””. En G. Schiavonni (Comp.), *Campesinos y agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Baranger, Denis; Schiavonni, Gabriela (2005). “Censo de Ocupantes de Tierras”. *Estudios Regionales*, Año 13, Nº 28. Posadas.
- Bartolomé, Leopoldo ([1973] 1998). *Los colonos de Apóstoles*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.
- Barranquero, Alejandro (2009). “Latinoamérica: la arquitectura participativa de la comunicación para el cambio”. *Diálogos de la comunicación*, Nº 78. FELAFACS.
- Barri, Fernando; Wahren, Juan (2009). “El modelo sojero de desarrollo en la Argentina: tensiones y conflictos en la era del neocolonialismo de los agronegocios y el cientificismo-tecnológico”. Trabajo presentado en el XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.
- Barsky, Osvaldo; Gelman, Jorge (2009). *Historia del Agro Argentino. Desde la Conquista hasta comienzos del siglo XXI*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Belastegui, Horacio M. (2007). *Los Colonos de Misiones*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.
- Beltrán, Luis Ramiro (2007). “La comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: un recuento de medio siglo”. En Loretti, Mas-

- trini y Baranchuk (Comps.), *Participación y democracia en la Sociedad de la Información. Actas del III Congreso Panamericano de Comunicación*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Benjamin, Walter (1979). "Tesis de Filosofía de la Historia". En *Discursos Interrumpidos*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean Claude; Passeron, Jean Claude (2008). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bruno, Daniela; Guerrini, Lucía (2011). "Cultura y Posdesarrollo: enfoques, recorridos y desafíos de la comunicación para otros mundos posibles". *Signo y Pensamiento*, N° 58, enero-junio. Bogotá.
- Busaniche, José Luis (2006). *Historia Argentina*. Buenos Aires: Ed. Taurus.
- Caporal, Francisco (1998). *La extensión agraria del sector público ante los desafíos del desarrollo sostenible: el caso de Rio Grande do Sul, Brasil*. Tesis Doctoral. Córdoba, España.
- Chartier, Roger (1998). *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.
- Chifarelli, Diego (2010). *Acumulación, éxodo y expansión. Un análisis sobre la Agricultura Familiar en el norte de Misiones*. Posadas: Ediciones INTA.
- Cimadevilla, Gustavo (2003). "La naturaleza no natural de la extensión rural". En R. Thorton y G. Cimadevilla (Eds.), *La extensión rural en debate. Concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el Mercosur*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Cimadevilla, Gustavo (2004a). *Dominios. Crítica de la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sustentable*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Cimadevilla, Gustavo (2004b). "Extensión y comunicación. Antecedentes, articulaciones y contrastes". En G. Cimadevilla y E. Carniglia (Eds.), *Comunicación, ruralidad y desarrollo*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Cimadevilla, Gustavo (2006). "Comunicación y Desarrollo: controversias y diferenciaciones". *UNIrevista*, Vol. 1, N° 3. ISSN 1809-4651. Rio Grande do Sul, Brasil.
- Cimadevilla, Gustavo (2007). "Estado del arte. Trayectos y grises de las

- teorías y de las prácticas en comunicación y desarrollo”. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Comunicación y Desarrollo organizado por el INTA. Buenos Aires.
- Cimadevilla, Gustavo (2008a). “Trayectos y grises de las teorías y de las prácticas en comunicación y desarrollo”. En Thorton y Cimadevilla (Eds.), *Grisés de la Extensión, la Comunicación y el Desarrollo*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Cimadevilla, Gustavo (2008b). “Cinco tesis y una semblanza. Trayectos académicos en la convergencia comunicación-desarrollo”. [En línea] http://www.eca.usp.br/associa/alaic/revista/r8-9/art_03.pdf
- Contreras Baspineiro, Adalid (2000). “Comunicación-desarrollo para «otro occidente»”. *Revista Razón y Palabra*, N° 18, mayo/julio. Buenos Aires.
- De Micco, Carla (2008a). *El Desarrollo Rural en el Nordeste Misionero*. Tesis de Maestría en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones. Posadas. Inédito.
- De Micco, Carla (2008b). “Agencias y núcleos de desarrollo en el nordeste misionero”. En Gabriela Schiavonni (Comp.), *Campesinos y agricultores familiares. La cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX*. Buenos Aires: Ed. CICCUS.
- Díaz Bordenave, Juan (2007). “Sin título”. Ponencia presentada en Seminario Internacional Comunicación y Desarrollo: encuentros en la diversidad, organizada por el INTA.
- Ferrara, Francisco (2007). *Los de la Tierra. De las Ligas Agrarias a los Movimientos Campesinos*. Buenos Aires: Tinta Limón Eds.
- Ferrer, Aldo (1999). *El capitalismo argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Guillermo; Barrientos, Mario; Saal Gabriel (2005). “Construcción del territorio como contexto de las experiencias de extensión rural”. Material del Curso de Extensión Rural de la Facultad de Agronomía de la Universidad Nacional de Córdoba. [En línea] <http://agro.unc.edu.ar/~extrural/Elterritorio.pdf>
- Filguera, Fernando (2009). *El desarrollo maniatado de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Foucault, Michel (2006). *El orden del discurso*. Barcelona: Ed. Tusquets.

- Freire, Paulo ([1973] 2007). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, Paulo ([2003] 2008). *El grito manso*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, Paulo ([1993] 2009a). *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, Paulo ([1996] 2009b). *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, Paulo ([1969] 2010). *La educación como práctica de libertad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ghisio, Martín; Pividori, Josefina (2010). *Articulaciones entre comunicación y extensión rural en el INTA*. Trabajo Final para la Licenciatura en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba. Inédito.
- Giancola et al. (2009). *Análisis de la cadena de la soja en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. New York: Aldine Publishing Company.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Günther, D.; Correa de Temchuk; Lysiak, E. (2008). *Zonas Agroeconómicas Homogéneas. Misiones*. Posadas: Ediciones INTA.
- Habermas, Jürgen (1999a). *Teoría de la Acción Comunicativa I*. Madrid: Ed. Taurus.
- Habermas, Jürgen (1999b). *Teoría de la Acción Comunicativa II*. Madrid: Ed. Taurus.
- Hegedüs, Pedro de; Cimadevilla, Gustavo; Thorton, Ricardo (2008). “Difusión de Innovaciones. Vigencias y obsolescencias de un enfoque pragmático”. En Thorton y Cimadevilla (Eds.), *Grises de la Extensión, la Comunicación y el Desarrollo*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Hernández, J. et al. (2011). “Teoría Fundamentada”. Trabajo presentado en el seminario de Generación de Teoría del programa doctoral de la Universidad del Zulia, Venezuela. [En línea] <https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/35049986>

/INFORME-TEORIA-FUNDAMENTADA.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1551576294&Signature=AKMVzH0HIUxnGU%2BKRCf9JqnAKQI%3D&response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DSEMINARIO_GENERACION_DE_TEORIA_TEO-RIA_FU.pdf

- Huergo, Jorge (2004). “Desafíos a la extensión desde la perspectiva cultural”. *Dialoguemos*, Año 8, N° 14. Buenos Aires: Ed. INTA.
- Huergo, Jorge (2005). *Comunicación, cultura y educación. Una genealogía*. [En línea] <http://jorgehuergo.blogspot.com/2005/12/>
- Inciarte, Alicia (2011). *Seminario Generación de la Teoría Fundamentada. Puerto Ordaz, Venezuela*. [En línea] https://www.academia.edu/4976826/SEMINARIO_GENERACION_DE_TEORIA_FUNDAMENTADA
- Kaplún, Mario (1985). *El comunicador popular*. Buenos Aires: Ed. Lumen-Humanitas.
- Klein, Naomi (2008). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, Ernesto (2006). “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”. *Nueva Sociedad*, N° 205. Buenos Aires. [En línea] http://nuso.org/media/articles/downloads/3381_1.pdf
- Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal ([1985] 2011). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lander, Edgardo (2011). “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”. En Lander (Comp.), *La Colonialidad del Saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Landini, Fernando (2013). “Perfil de los extensionistas rurales argentinos del sistema público”. Revista *Mundo Agrario*, 14. Universidad Nacional de La Plata. [En línea] http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5947/pr.5947.pdf. 2013b
- Lattuada, Mario (2006). *Acción colectiva y corporaciones agrarias en la Argentina. Transformaciones institucionales a fines del siglo XX*. Buenos Aires: Ed. Universidad Nacional de Quilmes.

- Lattuada, Mario; Nogueira, María Elena; Urcola, Marcos (2012). "Rupturas y continuidades en la gestión del desarrollo rural: algunas consideraciones acerca del rol del Estado (1991-2011)". *Revista Avá*, Posadas.
- Lettelier, María Dolores (2010). "Las políticas públicas en el Desarrollo Territorial Rural. Aportes teórico-metodológicos para el trabajo en Extensión Rural, las políticas agrarias y de desarrollo rural". Ponencia presentada en las XV Jornadas Nacionales de Extensión Rural y VII del MERCOSUR. [En línea] http://www.aader.org.ar/XV_Jornada/sitio/trabajos.html
- Long, Norman (2007). *Una sociología del Desarrollo orientada al actor*. México: COLSAN-CIESAS.
- Maeder, Ernesto (2004). *Misiones. Historia de la tierra prometida*. Buenos Aires: Eudeba.
- Martin Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gilli Ediciones.
- Martin Barbero, Jesús (1990). "Comunicación, campo cultural y proyecto mediador". *Dia-logos*, N° 26. Lima.
- Martin Barbero, Jesús (1992). "Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate de la Modernidad". *Dia-logos*, N° 32. Lima.
- Martin Barbero, Jesús (2002). *Oficio de Cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Martin Barbero, Jesús (2011). "Los oficios del comunicador". *Signo y Pensamiento*, N° 59, julio-diciembre. Bogotá, Colombia.
- Massoni, Sandra (2011). *Comunicación estratégica*. Rosario: Ed. Homo Sapiens.
- Mata, María Cristina (2011). "Comunicación popular: continuidades, transformaciones y desafíos". *Revista Oficios Terrestres*, N° 26. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, La Plata.
- Mattelart, Armand (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Buenos Aires: Paidós.
- Mattelart, Armand; Mattelart, Michelle (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.

- Monreal, P. y Gimeno, J. C. (2002). “El poder del desarrollo: antropología de un encuentro colonial”. En *La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología*. Madrid: Los Libros de la Catarata, Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación.
- Montenegro Gómez (2007). *Los límites del consenso: la propuesta del desarrollo territorial en América Latina*. Inédito.
- Otero, Natalia; Rodríguez, Francisco (2008). “Encuentro de saberes técnicos y locales. Etnografía de dos experiencias organizativas en el nordeste de Misiones”. En L. Bartolomé y G. Schiavonni, *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: Ed Ciccus.
- Prieto Castillo, Daniel (2007). “Comunicación para el desarrollo: entre los irrenunciables ideales y los juegos de poder”. En Seminario internacional *Comunicación y Desarrollo: Encuentros en la diversidad*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- ProFeder (2011). *Encuentro Nacional de Profeder. El valor agregado del trabajo conjunto*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Rancière, Jaques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Rancière, Jaques (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.
- Rodrigues Lopes, Gabriel (2013). “Neo-desarrollismo y colonialidad: cuestión agraria actual, desarrollo rural y conflictualidades en Brasil y Argentina”. [En línea] <http://www.madres.org/documentos/doc20130123164134.pdf>
- Rodríguez, Francisco (2007). “Prácticas, saberes y poder”. En Denis Baranger (Coord.), *Tabaco y Agrotóxicos. Un estudio sobre productores de Misiones*. Posadas, Misiones: Ed. UNaM.
- Rogers, Everett ([1962] 1983). *Diffusion of innovations*. Third Edition. New York: The Free Press.
- Sánchez de Puerta, Fernando (1996). *Extensión agraria y desarrollo rural. Sobre la evolución de las teorías y praxis extensionistas*. Madrid, España: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Saur, Daniel (2008). “Categorías intermedias y producción de conocimiento”. En Eva Da Porta y Daniel Saur (Comps.), *Giros teóricos en las Ciencias Sociales y Humanidades*. Córdoba: Ed. Comunicarte.

- Schmucler, Héctor (1984). "Un proyecto de Comunicación/cultura". *Revista Comunicación y Cultura*, N° 12. México: Editorial Galerna.
- Schiavonni, Gabriela (1998). *Colonos y Ocupantes. Parentesco, reciprocidad y diferenciación social en la frontera agraria de Misiones*. Posadas, Misiones: Editorial Universitaria UNaM.
- Schiavonni, Gabriela (2006). "Lecturas para agricultores. Herramientas intelectuales y representaciones de la agricultura familiar en Misiones". *Revista Mundo Agrario*, Año 6, N° 12. Universidad Nacional de La Plata.
- Schiavoni, Gabriela; De Micco, Carla (2008). "Los ingenieros y los técnicos. Producción y circulación de conocimiento agrícola en Misiones". En *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: Ed. Ciccus.
- Servaes, Jan (2000). "Comunicación para el Desarrollo: tres paradigmas, dos modelos". *Revista Temas y problemas de comunicación*, Año 8, Vol. 10. Dpto. Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Sevilla Guzmán (2013). "El despliegue de la Sociología Agraria hacia la Agroecología". *Revista Cuides*, N° 10, abril. Universidad de Córdoba, España.
- Soto Baquero, Fernando; Beduschi Filho, Luiz Carlos; Falconi, César (Eds.) (2007). *Desarrollo Territorial Rural*. Santiago, Chile: Ediciones de la FAO y el BID.
- Strauss, A.; Corbin, J. (2002). *Bases de la Investigación Cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la Teoría Fundamentada*. Colombia: Universidad de Antioquia.
- Thorton, Ricardo Dominic (2006). *Los '90 y el nuevo siglo en los sistemas de Extensión Rural y Transferencia de Tecnología públicas en el MERCOSUR*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Thorton, Ricardo Dominic (2010). "Participación ¿la nueva tiranía en procesos de extensión rural?". En Thorton y Cimadevilla (Eds.), *Usos y abusos del participare* (pp. 35-52). Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Thorton, Ricardo; Cimadevilla, Gustavo (Eds.) (2008). *Grises de la extensión, comunicación y el desarrollo*. Buenos Aires: Ediciones INTA.

- Thorton, Ricardo; Cimadevilla, Gustavo (Eds.) (2010). *Usos y abusos del participar*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Uranga, Washington (2007). “Mirar desde la comunicación. Una manera de analizar las prácticas sociales”. [En línea] www.wuranga.com.ar
- Waisbord, Silvio (2002). “Árbol genealógico de teorías, metodologías y estrategias en la comunicación para el desarrollo”. [En línea] http://www.wuranga.com.ar/images/recomendados/25_waisbord_arbol.pdf

Documentos institucionales del INTA relevados

- Esto es INTA, 1968, Buenos Aires.
- Plan Estratégico Institucional 2005-2015, hacia el INTA que queremos.
- Plan de Tecnología Regional (2006-2008) – Centro Regional Misiones.
- Plan de Tecnología Regional (2009-2011) – Centro Regional Misiones.
- Encuentro Nacional de ProFeder. El Valor Agregado del trabajo conjunto. 2011, Buenos Aires.
- Pro-Huerta, Plan Operativo Anual 2011.
- INTA, un organismo de Vanguardia, 2013, Buenos Aires.
- Cambio Rural II, con los pies en la tierra. 2014, material de divulgación.
- ProFeder. Carpeta Institucional, 2012. Material de divulgación.
- Programa Nacional de Apoyo al Desarrollo de los Territorios. Documento de trabajo N° 1: Desarrollo Territorial.
- Programa Nacional de Apoyo al Desarrollo de los Territorios. Documento de trabajo N° 3: “La comunicación en los procesos de Desarrollo Territorial”.

Documentos de otras instituciones

- Simonetti, Eduardo (2012). “Notas de población”. *Cuadernillo N° 1*. Misiones: Observatorio de Políticas Sociales, la Niñez y Adolescencia. [En línea] <http://www.viceregion.misiones.gov.ar/observatorio/images/Observatorio/Galeria/CuadernilloN1.pdf>

IPEC (Instituto Provincial de Estadísticas y Censos, provincia de Misiones) (2015). *Gran Atlas de Misiones*. Misiones. [Link de descarga]
https://mega.nz/#!oNl3SCxS!ilShTQXrTePcZ8esM_Z_Kb-OtoQla9spwjuibbMO4yE
http://www.ipecmisiones.com/GranAtlasMisiones/Gran_Atlas_de_Misiones-Cap_6_Poblacion.pdf
<http://www.indec.mecon.ar/nuevaweb/cuadros/2/estimaciones-serie34.pdf>

Títulos publicados

Educación y construcción de ciudadanía. Estudio de caso en una escuela de nivel medio de la ciudad de Córdoba, 2007-2008

Georgia E. Blanas

Biocombustibles argentinos: ¿oportunidad o amenaza? La exportación de biocombustibles y sus implicancias políticas, económicas y sociales. El caso argentino

Mónica Buraschi

El foro virtual como recurso integrado a estrategias didácticas para el aprendizaje significativo

María Teresa Garibay

Género y trabajo: Mujeres en el Poder Judicial

María Eugenia Gastiazoro

Luchas, derechos y justicia en clínicas de salud recuperadas

Lucía Gavernet

La colectividad coreana y sus modos de incorporación en el contexto de la ciudad de Córdoba. Un estudio de casos realizado en el año 2005

Carmen Cecilia González

“Me quiere... mucho, poquito, nada...”. Construcciones socioafectivas entre estudiantes de escuela secundaria

Guadalupe Molina

Estrategias discursivas emergentes y organizaciones intersectoriales. Caso Ningún Hogar Pobre en Argentina

Mariana Jesús Ortecho

El par conceptual pueblo - multitud en la teoría política de Thomas Hobbes

Marcela Rosales

Vacilaciones del género. Construcción de identidades en revistas femeninas

María Magdalena Uzín

Literatura / enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina

Alicia Vaggione

El bloquismo en San Juan: Presencia y participación en la transición democrática (1980-1985)

María Mónica Veramendi Pont

“Se vamo’ a la de dios”. Migración y trabajo en la reproducción social de familias bolivianas hortícolas en el Alto Valle del Río Negro

Ana María Ciarallo

La política migratoria colombiana en el período 2002-2010: el programa Colombia Nos Une (CNU)

Janneth Karime Clavijo Padilla

Radios, música de cuarteto y sectores populares. Análisis de casos. Córdoba 2010-2011

Enrique Santiago Martínez Luque

Soberanía popular y derecho. Ontologías del consenso y del conflicto en la construcción de la norma

Santiago José Polop

Cambios en los patrones de segregación residencial socioeconómica en la ciudad de Córdoba.
Años 1991, 2001 y 2008

Florencia Molinatti

Seguridad, violencia y medios. Un estado de la cuestión a partir de la articulación
entre comunicación y ciudadanía

Susana M. Morales

Reproducción alimentaria-nutricional de las familias de Villa La Tela, Córdoba

Juliana Huergo

Witoldo y sus otros yo. Consideraciones acerca del sujeto textual y social en la novelística de
Witold Gombrowicz

Cristian Cardozo

Enseñar Tecnología con TIC: Saberes y formación docente

María Eugenia Danieli

De vida o muerte. Patriarcado, heteronormatividad y el discurso de la vida del activismo "Pro-
Vida" en la Argentina

José Manuel Morán Faúndes

El neoliberalismo cordobés. La trayectoria identitaria del peronismo provincial entre 1987 y
2003

Juan Manuel Reynares

Lógica del riesgo y patrón de desarrollo sustentable en América Latina

Políticas de gestión ambientalmente adecuada de residuos peligrosos en la ciudad de Córdoba
(1991-2011)

Jorge Gabriel Foa Torres

Marxismo y derechos humanos: El planteo clásico y la revisión posmarxista
de Claude Lefort

Matías Cristobo

El software libre y su difusión en la Argentina. Aproximación desde la sociología de los
movimientos sociales

Agustín Zanotti

Democracia radical en Habermas y Mouffe: el pensamiento político entre consenso y con-
flicto

Julián González

Las formas de hacer política en las elecciones municipales 2007 de
Villa del Rosario

Edgardo Julio Rivarola

El Partido Nuevo de Córdoba. Origen e institucionalización (2003-2011)

M. Virginia Tomassini

El turno noche: tensiones y desafíos ante la desigualdad en la escuela secundaria.
Estudio etnográfico en una escuela de la provincia de Córdoba

Adriana Bosio

La integración de la región norte de San Juan y la IV Región de Chile
(La Serena y Coquimbo)

Laura Agüero Balmaceda

“No era solo una campaña de alfabetización”. Las huellas de la CREAM en Córdoba

Mariana A. Tosolini

¿Qué es la escuela secundaria para sus jóvenes? Un estudio sociohermenéutico sobre sentidos situados en disímiles condiciones de vida y escolaridad

Florencia D'Aloisio

Estrategias de organización político-gremial de secundarios/as: prácticas políticas y ciudadanía en la escuela

Gabriela Beatriz Rotondi

Artes de hacer en Encuentros Culturales de la Provincia de Córdoba (2010-2013)

Florencia María Páez

Estados locales y alteridades indígenas. Sentidos sobre la inclusión habitacional en El Impenetrable

Cecilia Quevedo

Oficialismo y oposición en gobiernos posneoliberales en el Cono Sur. Los casos de Kirchner (Argentina) y Tabaré Vázquez (Uruguay)

Iván Tcach

Prácticas de resistencia de los productores familiares en el agro uruguayo

Virginia Rossi Rodríguez

Los lineamientos y estrategias del desarrollo del Banco Interamericano de Desarrollo 1960-2014. Análisis crítico

Guillermo Jorge Inchauspe